



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

Iquique Glorioso
Crónicas de la Tierra de Campeones

Seminario para optar al Título de Periodista

INTEGRANTE
Francisca Palma Arriagada

PROFESORA GUÍA
Faride Zerán Chelech

Santiago, Chile

2013

Índice

I.- Iquique Glorioso: una introducción	3
II.- De la Alameda al norte	9
Iquique Histórico	18
III.- Cuando el norte se hizo sur	19
IV.- Iquique cosmopolita: tierra de migrantes	26
V.- Iquique obrero y la matanza de la Escuela Santa María	33
VI.- La tierra de los campeones	42
Iquique Cotidiano	53
VII.- Caleta Riquelme: entre la historia y la modernidad	54
VIII.- De compras por “el agro”	59
IX.- El Democrático para viejos y jóvenes	66
X.- La Tirana de ayer y hoy	71
XI.- Navidad a la iquiqueña	81
XII.- La llegada de la Zona Franca	85
XIII.- Esperando el tsunami	90
Iquique Político	99
XIV.- La ciudad favorita del dictador	100
XV.- Pisagua: Escuela de represión del dictador	109

XVI.- Los dos mundos de Freddy Taberna	120
XVII.- Freddy al Pelotón	132
XVIII.- De las balas a hoy	143
XIX.- Iquique tierra de Campeones (y de maricones)	150
XX.- Arde la cárcel el 21 de mayo	156
Iquique de Infancia	167
XXI.-Tras las huellas de las niñas	168
XXII.- Una mujer, un barrio y un país loco	176
XXIII.- Familia de puertas abiertas	180
Bibliografía	188

Iquique Glorioso: una introducción

“El que quiere saber sobre Iquique no debe ver los libros de historia, debe encontrarse y hacerse amigo de un iquiqueño”. Así comienza una conversación el investigador y poeta iquiqueño, Guillermo Ross Murray Lay Kim, encargado del Archivo de periódicos, ubicado en el Museo Regional de Tarapacá, una de las personas que más conoce sobre la ciudad, y al que sus amigos llaman “La Enciclopedia Británica con patas” por saberse incluso los nombres de los perros de la Plaza Prat de los años sesenta.

Y vale totalmente la pena seguir su consejo, bajarse del colectivo en la Plaza Condell, en el Muelle de Pasajeros o entrar al bar El Democrático o El Genovés y sentarse a conversar con quienes han vivido más tiempo en estas tierras, quienes pueden atestiguar cómo ha cambiado la ciudad, quienes llenan sus memorias de recuerdos que les sacan suspiros.

Saber sobre Iquique, la tierra de campeones, mi tierra, cargada de episodios épicos y de trascendencias culturales que no me han llegado por herencia natural. Esa es una de las principales motivaciones por la que este trabajo materializa mi memoria de título de Periodista de la Universidad de Chile, animada por el anhelo de conocer un poco más de esta inacabada historia, para darle arraigo a muchos episodios que experimenté desde los tres meses de vida al llegar a Iquique. Este compilado es un ejercicio para comprender las tradiciones, cosmovisiones y sentidos que perduran hasta nuestros días en las acciones más cotidianas. Y qué mejor canal que la crónica para producir relatos en los que se espera situar al lector en los paisajes y momentos relatados en las páginas precedentes, trasladarlos a la lona del boxeo, al cachureo del Terminal Agropecuario o a Pisagua de la dictadura.

“Iquique glorioso”, versa el vals “Iquique, jamás te olvidaré” de Víctor Acosta, y efectivamente así ha sido. Glorioso, y no sólo en lo estatuido por la historia oficial como triunfos nacionales, sino que glorioso por su gente, su entrega y sentido de comunidad, su fuerte apego a lo local, historia que deviene de siglos antes de Cristo con la cultura chinchorro de nuestras costas. Y en Iquique no sólo Cristo es referencia temporal. En la ciudad existe un antes y un después de La Tirana, fiesta religiosa y encuentro capital en nuestra cultura, que moviliza a sus habitantes a la Pampa del Tamarugal, reforzando así el sentido de carnaval, extinguido ya casi a totalidad en Iquique mismo.

Otro consejo de Ross Murray, quien amablemente de entre sus diarios y archivos aparece en el pórtico de su despacho para recibir a sus visitantes: “Parte de la historia de Iquique, la del ciclo del salitre, tienes que aprendértela como un número telefónico: 30 - 55 - 66 - 75. En 1830 se realizó el primer embarque a Europa, sobre el que se posa el mito que esa carga se botó al mar; en 1855, Iquique es declarado Puerto Mayor; en 1866 obtiene calidad de ciudad y en 1875 desplaza al poblado de Tarapacá como cabecera de la zona; y el 79 llegamos nosotros”. De ahí para adelante se ha escrito una historia de chilenización de esta tierra, que por más que algunos lo intenten, no ha perdido esos arraigos culturales peruanos y bolivianos que se sienten tan cerca.

Aunque se haya tratado de imponer una nacionalidad y cultura homogenizante, Iquique es tierra cosmopolita desde sus albores. Si bien inicialmente para muchos extranjeros la primera impresión era de “una ciudad que asemejaba más un lugar de castigo que un sitio de placer”, como señala Bernardo Guerrero, académico y acérrimo investigador de la historia y tradiciones de la ciudad, la configuración de ese pequeño puerto del siglo XIX atrajo a ingleses, italianos, croatas y chinos, entre otros. Estos últimos se pueden desmarcar

de la voluntariedad ya que muchos vinieron obligados en viajes de meses en malas condiciones para trabajar en haciendas del Perú y en las covaderas de guano, en calidad de esclavos, opaca historia que igualmente ha enriquecido la cultura local. Nos han dejado, entre otras cosas, nuestra afición por el té y el arroz y por supuesto, el tradicional chumbeque ovalado con mermelada de tamarindo, que derivó en el producto que hoy caracteriza a este puerto.

Ross Murray insiste en otra forma de plantear la historia de Iquique: “la plata, el guano, el salitre, las pesqueras y las mineras, un ciclo”, lo que confirma lo propuesto por líneas historiográficas sobre el interés en los recursos naturales de la zona. El ejemplo superlativo es la Guerra del Pacífico, con el episodio que desde Arica a Punta Arenas repiten irreflexivamente niños cada 21 de mayo: “¡Al abordaje muchachos!”. Finalmente esa historia dejó el salitre en territorio chileno, pero no sólo en manos de los connacionales, sino que también de las empresas extranjeras, pre escribiendo una tradición de explotación de recursos que parece similar a la de hoy con las empresas mineras.

Balmaceda es el primer presidente de Chile en visitar la ciudad en marzo de 1889, y el primero en subir a las faenas salitreras, instancia en la que con su discurso sobre los recursos, los medios de transporte y las obras públicas, escandaliza a empresarios y a la elite chilena, situación que explota en la Guerra civil de 1891. Dentro del proceso la ciudad cobra protagonismo y es el 12 de abril de ese año cuando se forma en Iquique una junta congresista de gobierno, contraria a los balmacedistas, contando incluso con una constitución provisional.

Pero no sólo de glorias vive Iquique. La historia ha estado marcada por la tragedia, como es el caso de la matanza obrera de la Escuela Santa María, el 21 de diciembre de 1907, cuando desde la pampa bajaron miles de trabajadores para luchar por mejoras laborales, situación que tras las instrucciones de las autoridades, terminó en la masacre más grande de la historia obrera en el país, sangre que regó el centro de la ciudad, como sin exagerar algunos testigos han plasmado en testimonios.

No toda la vida iba a durar el salitre. Luego de la Primera Guerra Mundial y tras el descubrimiento del salitre artificial, comenzaron a morir las industrias, y con ello los empleos para los pampinos que entregaron y formaron sus vidas en campamentos de la pampa, quienes tuvieron que dejar todo para bajar a las ciudades a seguir adelante. Entre 1930 y 1960 la ciudad está sumida en una profunda crisis. Mientras eso pasa en la economía, en el deporte son cientos de jóvenes los que practican box, atletismo, fútbol y básquetbol, llevando a la gloria a Iquique y dándole así el nombre de “Tierra de campeones”.

Pero no todo estaría acabado para Iquique. Es a mediados de los sesenta que otra industria viene a darle un respiro a los iquiqueños: son las pesqueras las que levantarán nuevamente la economía, generando un doble efecto con los años. A finales de los 60 el ex militar Santiago Polanco escribe el himno de Iquique, en el que incluye la frase “A la industria pedimos un cambio, que se acuerde de nuestra ciudad...”, sacada posteriormente de la canción oficial. La industria se acordó de Iquique y la ciudad sobrepasó el centralismo, sólo que a costa del casi exterminio de la fauna marina, dando sustento para ese hoy, y hambre para ese mañana: nuestros días.

Pero no sólo los peces de nuestros mares estaban desprotegidos. Fueron los pueblos del interior, los dueños de la tierra quienes también sufrieron abandono por parte del Estado chileno que desde su llegada se configuraba en otros espacios, ayudando al incremento el fenómeno de la bajada de los jóvenes a la ciudad, dejando, en algunos casos, atrás su cultura, la que igualmente resiste hasta nuestros días.

Desde los años cincuenta y en medio de la crisis diferentes actores sociales comienzan a hablar de la necesidad de darle un impulso a la economía, pidiendo al gobierno central la gestión necesaria para ello. Desde esa época se habla de la creación de almacenes francos, libres de impuestos para incentivar el crecimiento y atraer capitales. Será sólo en 1975, ya en dictadura, que Augusto Pinochet concreta dicho proyecto, el que hoy se ha vuelto un punto característico de nuestro puerto.

Pinochet ya compartía una historia llena de experiencias en la ciudad, iniciada cuando en 1946 es trasladado a Iquique con el grado de capitán; posteriormente, en 1948, queda a cargo del campamento de relegados de Pisagua tras decretarse la llamada Ley Maldita de Gabriel González Videla. En 1969 retorna en condición de Jefe de la VI División de Ejército, ocasión en la que ocupa el cargo de intendente subrogante de Iquique. Es en la ciudad donde en manos de su dictadura caerán muchos iquiqueños, entre ellos el inolvidable Freddy Taberna Gallegos.

Con la dictadura se fueron muchos compañeros, y no sólo a la muerte, sino que también al exilio. Esta fragmentación del tejido social fue uno de los factores que permitió el ingreso de un enemigo, la pasta base cocaína, mal que ataca a jóvenes y viejos en muchas poblaciones de la ciudad hasta hoy, episodios que han sido representados en la obra del

fallecido escritor iquiqueño Patricio Riveros Olavarría, con *El cuento del viejo piojento*, quien también escribiera sobre uno de los inolvidables personajes de Iquique, el cura Domingo Soto, que vivió casado y con hijos en el barrio El Morro.

Si es por hablar de personajes importantes se hace imposible no nombrar a uno de los más destacados: Jorge “Choro” Soria, eterno alcalde de la ciudad y actor político por excelencia, además de pieza clave de los idearios de progreso que muchos han seguido, anhelando mejoras, tal como él, desde que era sólo un adolescente, estudiante del Liceo de Hombres.

Si bien muchos lugares ya no son los de antes, se han ido la Imprenta y Librería Carvajal, el Corner Bar y el Cine Delfico, la historia queda en los iquiqueños, en las bandas de bronce que salen en navidad junto a la repartición de regalos, en las calapurcas del Terminal Agropecuario, en el mango leche del Mercado Centenario, en las tardes bañándose en Cavancha, en el carnaval de El Colorado, en las rivalidades con los ariqueños a quienes llamamos “llamos” y ellos “maricones”, etc.

“Uno no pasa por Iquique, se viene a Iquique. A Iquique se viene llorando y se va llorando”, así nos recuerda Ross Murray una de las frases que suelen versar los iquiqueños a quienes llegan de fuera, a los que instan a comer guayabas de Pica ya que si lo hacen, sin duda volverán.

Estas palabras van para quienes directa o indirectamente pusieron sus voces en estas crónicas.

Francisca Palma Arriagada

2013

De la Alameda al norte

Viajar en avión de Santiago a Iquique toma dos horas, mientras que en bus el tiempo aumenta a 24, un día entero sobre el mismo medio de transporte. Sólo por tierra es posible ver cómo cambian los paisajes y cómo de a poco se extingue lo verde para darle paso a los matices grises y cafés del desierto, hasta dejar emerger la “Tierra de campeones” al final del camino.

El bus con cuarenta personas en su interior bordea la Universidad de Santiago, dejando atrás el hormigueo ferviente de la Estación Central. Se sumerge en la Autopista Central, saliendo de la ruta unos kilómetros más al norte, llegando en unos pocos minutos a Renca, la comuna que “la lleva”. La capital comienza a esfumarse y desconcentrarse hasta volverse peladeros, potreros y terminales del Transantiago donde reposan los buses que en esos mismos momentos hacen falta en las avenidas.

A eso de las cinco de la tarde la ruta al norte es escoltada por algunas industrias, en las que muchos de los productos que ahí se fabrican estarán con el paso de algunos días en las góndolas del comercio iquiqueño, con el cargo por transporte correspondiente. Así comienza el camino a la ciudad de Iquique, la “Tierra de campeones”, ubicada a casi 1800 kilómetros de la capital, distancia que la ha alejado de los beneficios administrativos del país y la ha puesto en algunos episodios de su historia en pie de guerra contra el centralismo.

Veinticuatro horas separan a ambos polos si el viaje es por tierra y dos si es en avión. Llegar por aire, aunque sea más cómodo, parece sólo una teletransportación, ya que pasado el aterrizaje no queda más que encontrarse forzosamente con una antítesis del paisaje que se dejó atrás, con un mundo extraño al anterior.

Ya han pasado dos horas de recorrido y por suerte el bus tiene aire acondicionado. Los pasajeros desconocidos se hablan o se ignoran, dependiendo del ánimo o del sueño, mientras que los pocos niños que se subieron en el terminal San Borja y asustaron un poco por inminentes berrinches y ruidos molestos, hasta el momento van quietos, sumidos en su mundo de juguetes para viaje, celulares o revistas de animación.

Se sube el vendedor de dulces de la Ligua, causando sensación como siempre con sus cachitos y empolvados. Pasada esa zona de dulzor, lo primero que parece más cercano al norte en el paisaje es el avistamiento del mar en Los Vilos, pero este mar es distinto, rodeado de bosques y árboles, ausentes en el paisaje del borde nortino.

Acompañada de películas de acción a todo volumen, cae la noche sobre el bus que de vez en cuando chilla al sobrepasar los 100 k/h, velocidad máxima permitida y monitoreada por un sistema GPS por alguna persona invisible del Ministerio de Transportes y Telecomunicaciones. A las nueve de la noche casi cuarenta personas desconocidas, o conocidas ya a estas alturas, comparten el bus, dormitan y miran forzosamente la tele, casi en un acto de terapia de *shock*, en un espacio que de a poco comenzará a oler a encierro y a ansias de llegar a destino.

Luego de una detención en el camino, llega otro “Carmelita”, perteneciente a la tripulación de esta empresa familiar iquiqueña de propiedad de descendientes italianos que desde hace

más de cincuenta años ha movido pasajeros por ciudades del norte del país a la capital. La misión de este bus hermano es hacer el paso de las viandas de comida calentita que ha recogido en La Serena para alimentar a los que van en sentido contrario. Luego del cambalache de *colemans*, ambos buses se separan como vectores opuestos. “Buses Carmelita” es una de las pocas empresas que da comida de verdad a diferencia de otras cadenas de transporte, que dan esas frías e impersonales “cajitas felices”, embelecados envueltos en empaques institucionales. Lo más aburrido del mundo.

Es media noche y la oscuridad bordea la ruta dejando que la luna sólo de un micro destello, entregándole toda la responsabilidad a los focos del bus. Luego, como un manto de pequeñas luces amarillas en medio de un apagón aparecen Coquimbo y La Serena, primeras detenciones piadosas del “Carmelita” para dejar y recoger nuevos pasajeros. “Diez minutos para estirar las piernas. Todos tienen que bajar para descargar el baño”, dice el auxiliar del bus cada decena de corridas de asientos para no gritar. Él, un hombre de unos treinta años en tenida semi formal, se destaca por su amabilidad, especialmente con las señoras mayores a las que paradójicamente llama “hijas”.

Esto de bajar parece razonable, aunque no tanto para los que ya estaban dormidos en los estrechos asientos semi cama, constituidos por el sistema de intenso pero no total reclinado y un acoplado en la parte de las piernas, una especie de pequeña tabla de planchar que está pegada al respaldo del asiento de adelante y se baja para armarse como un todo, como una cama – silla.

Luego de estar abajo unos momentos y que el baño del bus, diseñado sólo para orinar, ha sido descargado y aseado, todos suben a acomodarse en sus lugares: aún quedan 18 horas de viaje, más películas y comidas calentitas.

La noche transcurre sin que se puedan ver algunos detalles de la mutación del espacio. Los árboles dejados atrás en Santiago, grandes estandartes de la naturaleza, comenzaron a reducirse hasta hacerse pequeños arbustos toscos y algo secos, cada vez más separados unos de los otros. Esta metamorfosis ocurre mientras dentro del bus suena de vez en cuando la bendita chicharra de la velocidad, sin que a nadie parezca importarles el asunto.

La mañana recibe a los viajeros en pleno desierto y los golpea fuertemente en la cara con un intenso sol. Pero no sólo eso los despierta: el auxiliar pone un disco de canciones románticas de los ochentas para dar el desayuno: una taza de té y un paquetito de galletas. Mientras algunos se rehúsan a ser despertados y otros reciben gustosos la tacita con té lavado, distintas y mezcladas tonalidades de cafés y grises se asoman por las ventanas en un camino que por la noche dejó atrás a Copiapó y Chañaral, y a más de algún Romeo sin señal en el teléfono para comunicarse con su Julieta a causa de los remolinos y curvas del camino, en medio de los cerros.

A quien no haya viajado nunca al norte o no haya visto este proceso de cambio le puede parecer horrible en un principio. Algunos no cambiarán su parecer, mientras que otros descubrirán de a poco la belleza de la sequedad. Burdeos, blancos, amarillos y cremas, tonos dictados por los minerales, grietas y juegos de sombras se plasman en peñascos y cerros lejanos, antecidos por líneas de cableado eléctrico que bordan las faldas de las dunas. Al cuadro se suma la posibilidad que da la luz del día de mirar las animitas del

camino, huellas, memoria y perpetuidades de los difuntos víctimas del camino, las que comienzan a proliferar en las cercanías de los asentamientos urbanos, como el próximo: Antofagasta.

La “ciudad dormida” da la bienvenida por el sector de “La Negra”, donde están enclavadas monstruosas industrias, entre ellas, una fábrica de cemento. Las instalaciones lucen matices blancos y amarillentos, con tuberías y grandes silos con enramados metálicos oxidados, instalaciones que lucen como salidas de una película de ciencia ficción. Pasado este lugar sólo quedan unos minutos para llegar a Antofagasta. La ciudad está cerca y uno de los indicios que la hace presente es el tendido eléctrico que se desenrolla entre cerros inconsistentes, más bien las dunas características, las que en junio de 1991 provocaron en diversos sectores aluviones asesinos sobre una parte de la población de la ciudad, tras fusionarse con algunos vientos con lluvias extraordinarias.

Antofagasta se muestra desde el sector sur de su totalidad, lugar donde se asienta la población acomodada, entre ellos, parte de los empleados de las compañías mineras. La ciudad no termina nunca. Hace falta más de media hora para recorrerla bordeándola por la costa hasta llegar el norte, donde se encuentra ubicado su nuevo terminal de buses, construido con una estética de aeropuerto, muy moderno y disímil al antiguo, un peladero de tierra minúsculo con uno que otro negocio y baños a los que había que llenar con un jarrito de agua para descargar.

De nuevo el mismo discurso, vociferado con la misma amabilidad: “bajar para asear el bus y descargar el baño”. Todos para abajo. El terminal, aunque no es tan grande como el de la capital, tiene dos pisos y espacio para comercio y espera de los pasajeros, entre los que es

posible ver a bolivianos y bolivianas, vestidas con sus polleras y trenzas perfectas, las que se peinan cada mañana, donde las pille la vida. Luego de unos quince minutos, todos para arriba: aún quedan seis horas.

Más al norte del terminal continúa la orgánica de las construcciones nuevas, esta vez con lindas villas que colorean algo más el lugar, acompañando con otras tonalidades lo rosado de los lomos de los cerros. Pasado unos minutos los pasajeros que ya conocen la ruta apuntan al norte, hacia la playa, para indicarles a los que por primera vez pasan por este lugar la presencia de “La Portada”, peñón identitario de la ciudad minera, pequeño arco del triunfo, pero natural.

La ruta, pasada la gran ciudad, comienza a volverse ecléctica, por momentos curva y por momentos recta. Otras cosas que mutan son los cerros, que dejan atrás su condición ablandada de dunas, para volverse pedregosos, roqueríos gigantes, lo que es posible notar por las pequeñas espinas rocosas que van dejando al borde del camino, ya sea por el desgaste, el paso de algún gran camión o la presencia de sismos que los desmoronen de a poquito, como quitándole astillas a un gran trozo de madera. La dinámica mutante continúa, cuando de un momento a otro los cerros del camino que estuvieron como acechando al bus, se alejan hasta el fondo, abriendo espacios a pequeñas pampas costeras, lisas como pisos flotantes.

Dos horas después aparecen el mismo tipo de monstruos que aparecían antes que Antofagasta para dar la bienvenida a Tocopilla. La pasada es breve y el bus recorre el centro, una zona constituida por construcciones de estética colonial, evidenciando la vejez

de este asentamiento que se imagina pequeño, pero no lo es tanto. Ya quedan tres horas en la ruta y el tiempo comienza a retardarse, a ser más lento y tedioso.

El camino es igual de cambiante de acá para adelante. Sólo se asoman cada ciertos kilómetros algunas caletas de pescadores, adornadas con banderas chilenas y de clubes deportivos. La región de Antofagasta va quedando atrás: el bus ha llegado al río Loa, frontera natural con la región de Tarapacá y puesto de aduanas. El río es un surco en medio la pampa del lugar, bordeado de pequeñas platas rasas. Por él corre escasamente el agua, pero corre, trayendo el elemento desde las altas cordilleras hasta este mar, que sí luce como el de Iquique. Ya sólo queda una hora y media. El bus parte y se nota por las ansias y en cómo corre el bus, haciendo nuevamente sonar la chicharra, situación que a nadie parece importarle. Lo importante es llegar.

Ya todo comienza a lucir como Iquique. Se hacen presentes intermitentemente las casas y casetas sensibles de las caletas iquiqueñas, en medio de las treguas de los cerros rocosos, acompañadas de sus respectivos arcos de fútbol oxidados en un lugar en el que todo podría ser cancha sin necesidad de delimitar. En el entorno impera el desierto combinado con la humedad y brisa del mar. Por lo mismo, por lo difícil que es el terreno, uno de los asentamientos protege como bienes preciados las pocas plantas que poseen sus habitantes, enrejándolas con mallas y palos blancos, que resaltan a lo lejos.

Otros signos ya indican que el bus va cerca: el puerto Patache, otro monstruo metálico de película; más allá el modesto aeropuerto de la ciudad y la base de la Fuerza Aérea. Queda menos de una hora. El caprichoso camino se envuelve sobre unas curvas grandotas, las que sumadas a los cerros esconden lo que viene más adelante. Una de las curvas más grandes es

la de Playa Blanca, a veinte minutos de la ciudad. Pasada esta vuelta emerge Iquique, a lo lejos, luciendo los grandes edificios que yacen en la costa y en el sector sur. Ya llegamos.

Lo primero son las dependencias de la ex ballenera, más allá las discoteques de la ciudad, junto a colegios, universidades privadas y los nuevos edificios construidos en las dunas, terrenos que hace unas décadas eran negados para la construcción pero que con el paso de los años y de la tecnología, han servido igual para elevar cemento.

El recorrido por la ciudad es por la costa, pasando por la casa central de la Universidad Arturo Prat, ex Universidad de Chile sede Iquique, en la que aparecen consignas políticas, huellas dejadas por el movimiento estudiantil del 2011. Al frente está la Playa Brava y el *skatepark*, lugar de entretenimiento de jóvenes aventureros que recorren caminos complejos en tablas con ruedas o bicis diminutas. Pasado este sector aparece un baluarte de la ciudad: playa Cavancha, con sus tibias aguas y sus arenas llenas de quitasoles y pequeños bañantes que repletan el lugar, ubicado de la Península. Luego de eso aparece la colonial y hermosa calle Baquedano, hoy paseo peatonal. Más allá el casco antiguo, los barrios míticos de Iquique y el camino al puerto, entrada de productos a la Zona Franca de la ciudad que hoy triplica su tamaño, a lo que era en los setentas.

El bus toma un atajo al cerro y entra al terminal de buses, lugar que hoy luce un poco mejor que antes tras darle una manito de gato y de la instalación de la recreación gloriosa Esmeralda en la costa, justo frente a la caleta Riquelme y al puerto. El bus frena llegando con algunos minutos de atraso, pasada las 24 horas anunciadas. Los pasajeros bajan y sacan sus bolsos desde el maletero. El auxiliar verifica, como que no quiere la cosa, la coincidencia de los números que les fueron entregados a los pasajeros al subir en la gran

capital, ellos, que de volver al sur se irán más cargados tras una que otra visita a la Zofri o a los cachureos y ropa americana del terminal agropecuario, y claro, con ganas de volver.

Para el bus y algunos pasajeros el viaje aún no termina. Seguirán por cuatro horas más hasta llegar a Arica, ciudad hermana y enemiga, foco de conflictos por la hegemonía económica y el desarrollo de la región Tarapacá, hoy separada para el beneficio de ambas comunidades.

Iquique se muestra modesto por ahora, es la primera impresión que queda al ver el barrio la Puntilla. Ya llegando más al centro comienza a verse el movimiento de los hijos genuinos y adoptados de la Tierra de Campeones corriendo por el centro, por la calle Tarapacá y Vivar, mientras los que más veces han despertado en Iquique están sentados en la Plaza Prat o en la Plaza Condell, recordando los viejos años, la fiesta de la challa, el carnaval de El Morro, la pelea de Arturo Godoy con Joe Luis, el Corner Bar, el “Parchi parchi”, o simplemente hablando del presente, de la ciudad en la que viven ahora.

Iquique Histórico

Cuando el sur se hizo norte

Tras la Guerra del Pacífico Chile anexó territorios pertenecientes a los vecinos países de Bolivia y Perú, entre ellos la ciudad de Iquique y la región de Tarapacá, en un compleja institucionalización que se debatió diplomática, social y culturalmente en la zona. En el proceso, también llamado como “chilenización”, coexistieron episodios de paz con otros de hostigamientos, en un contexto donde se expandía mundialmente el pensamiento nacionalista.

Las ciudades de Arica e Iquique eran parte de la zona sur del Perú de finales del siglo XIX, así como Antofagasta era boliviana, a pesar que la población que habitaba estas ciudades estaba integrada por ciudadanos de diversas nacionalidades, entre peruanos, bolivianos, chilenos, chinos y europeos llegados tras el apogeo salitrero y la industria guanera. Todo giraba mayormente alrededor del puerto, del que salían toneladas de sacos de salitre utilizados para abonar cosechas de tierras lejanas.

Fue tras la Guerra del Pacífico y sus cruentos resultados que ese sur, el sur de Perú pasaba a ser el nuevo norte de Chile, el que conocemos. Pero para ello hubo de recorrerse un largo camino diplomático, institucional y de fenómenos sociales vinculados a este nuevo escenario.

Uno de los primeros movimientos fue la firma del tratado de Ancón que sella definitivamente el paso del territorio tarapaqueño a Chile en 1883; luego de eso, Chile crea administrativamente la Provincia de Tarapacá en 1884. Más adelante, en 1904 se firma el Tratado de Paz y Amistad que cierra el traspaso de Antofagasta por parte de Bolivia,

perdiendo así definitivamente su salida autónoma al mar. Sólo quedaba abierta la cerradura del conflicto territorial Arica – Tacna, bajo la custodia de Chile hasta la realización de un plebiscito a realizarse en 1894, lo que finalmente no ocurrió en la fecha estipulada.

Teniendo ya la posesión oficial y reconocida de Tarapacá, Chile no tenía nada más que volcar toda su institucionalidad en el territorio, proceso que fue inicialmente, entre 1883 y 1910, según señala el sociólogo e investigador Sergio González, caracterizado “de tolerancia cultural e internacionalismo obrero”, como describe en el artículo *Tarapacá: región en conflicto (1911- 1929)*. Será luego, entre 1911 y 1929 que la situación de tornará “de chilenización violenta y nacionalismo generalizado”. Según el mismo autor se hacía necesaria la paz y el equilibrio social en una zona donde estaban en juego capitales extranjeros a propósito de la extracción de salitre. En definitiva, como agrega en otra obra, “mientras el salitre seguía siendo inglés, el gobierno chileno tomaba posesión soberana del territorio, afincando sus instituciones y socializando a sus habitantes con la nueva ideología”.

Por lo mismo, en el marco de esa primera etapa, el pujante Iquique, declarado Puerto Mayor en 1855 y ciudad en 1866 y habitado desde la época peruana mayoritariamente por chilenos, se vuelve culturalmente Chile a propósito de la inserción de la enseñanza formal dada la relevancia de la producción cultural destinada a reafirmar fronteras y comunidades imaginadas: se configuraba la idea de una nación. Esto, a partir del programa educativo central del Estado chileno y de la superlativa conmemoración de efemérides nacionales que eran repetidas anualmente por niños y celebradas por adultos, veteranos de guerra y autoridades chilenas. Se imponían colores, símbolos patrios e himnos en colegios y actos públicos. Asimismo, otra clave de la chilenización fue el cambio de nombres a algunas

calles, como el caso de la avenida llamada Ramón Castilla, Presidente del Perú, por Obispo Labbé, primer Obispo de Iquique.

Por su parte el académico de la Universidad de Valparaíso, Luis Castro, define tres periodos del proceso: “Primero, dismantelar el aparato burocrático peruano que existía en la zona con el objeto de provocar un rápido cambio de administración política. Segundo, procurar la pronta normalización de la explotación salitrera. Tercero, llevar a cabo una política de modernización amparada en un espíritu misional y civilizador”, destacando al mismo tiempo que estos esfuerzos estuvieron volcados principalmente a la costa y pampa, en desmedro de la zona andina.

Es por eso que en esta etapa de paz, como relata González “la visión de los primeros intendentes de Tarapacá era la de tratar de cautivar, en el sentido de hacer más de convencimiento por el discurso, un discurso atractivo a la población peruana residente, a estar bajo el estado de derecho y la cultura chilena. Era una acción, Lynch lo dice `hacer atractivo a la población peruana nuestra presencia”.

En su obra *El dios cautivo. Las ligas patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá. 1910- 1922*, González describe que “en los primeros años, la labor de los jefes políticos y primeros intendentes fue consolidar la autoridad chilena, especialmente a través de normativas y el nombramiento de autoridades en todas las localidades importantes del territorio. Con un criterio muy amplio, se recurrió en muchos casos a los vecinos más connotados y reconocidos, muchos de ellos de nacionalidad peruana. Por parte del Perú, el Consulado General con sede en Iquique, especialmente estuvo bajo la responsabilidad de don Guillermo Billinghurst, tuvo como principal preocupación la condición legal de los

peruanos residentes. La ley chilena les reconoció sus propiedades y sus derechos consuetudinarios” a partir de la continuidad de clubes sociales, la Sociedad de Socorro Mutuo y logias masónicas peruanas.

Esa paz inicialmente planteada por González se sustenta en la disponibilidad laboral para la mayoría de la población y por la unión de la clase obrera plurinacional, representada en su apogeo máximo en la masacre de la Escuela Santa María de Iquique. Según otro trabajo del profesor González “prevaleció entre chilenos, bolivianos y peruanos una solidaridad de clase que estuvo por sobre las contingencias y diferencias de origen étnico o nacional”.

La población peruana se mantuvo en Iquique, aunque algunos hombres y familias retornaron al Perú. Como relata el libro de González, “posiblemente la primera política de Estado que generó un estado de tensión en la población de origen peruano en Tarapacá fue en 1896 la disposición suprema de organizar la guardia nacional. Esta medida llevó a los peruanos residentes en la provincia a solicitar matricularse en el consulado peruano de Iquique y viseconsulado de Pisagua, puesto que la ley chilena de 31 de octubre de 1884 señala que son `declarados chilenos naturalizados los nacidos en el territorio de Tarapacá y a la sazón residentes en él, salvo aquellos que en el término de un año, después de promulgada dicha ley, manifestaran ante la Municipalidad (también ante el Consulado Peruano) respectiva su deseo de ser considerado como peruanos ”.

Luego, fue en 1910, a propósito del centenario de la independencia de Chile que comienzan a configurarse algunos conflictos de orden nacionalista. En el marco de la gestación de clubes sociales, se fundan las llamadas Ligas Patrióticas, agrupaciones integradas por militares retirados, funcionarios públicos y pequeños empresarios, “que reclamaban, quizás

que Chile no habría desplegado todas su institucionalidad en el territorio, o no como ellos hubiesen querido”. Otro episodio: un rumor se corrió en 1911 sobre un saqueo ocurrido en el consulado chileno en El Callao, situación que produjo manifestaciones, las más violentas que recuerde González.

Recientemente algunos episodios de las Ligas Patrióticas fueron exhibidos en televisión, versión audiovisual que el académico critica. “Fue una caricatura, los mostraban con máscaras, como si fueran el Ku Klux Klan. Estos actuaban a rostro descubierto”. Otro motor de las acciones de las Ligas Patrióticas, que consistían en manifestaciones públicas en contra de la comunidad peruana, en hostigamiento a civiles e incluso en ataques con piedras a locales comerciales de propiedad extranjera, fueron las crisis diplomáticas producidas por mandatarios de ambos países, entre ellas el evidente discurso anti chileno del presidente peruano Augusto B. Leguía que reclamaba el terreno cautivo, como denominaba el territorio anexado. “Todo este discurso comienza a tener terreno fértil en la región en determinados grupos”.

“Las Ligas Patrióticas existieron en forma intermitente desde la década del diez hasta mediado de los años veinte principalmente en las provincias de Tarapacá y Antofagasta, destacando claramente tres periodos de actividad en los años 1911- 1912, 1918-1920 y 1925, fechas que coincidieron con etapas de tensión diplomática con el Perú, incluido el fallido intento de realizar un plebiscito en Tacna y Arica. Hubo grupos organizados, generalmente armados, en Alto de Junín, Antofagasta, Arica, Caleta Buena, Dolores, Huara, Iquique, Pintados, Pisagua, Pozo Almonte y otros lugares menores”, según la investigación de González.

El autor se pregunta “¿cómo las familias -tanto de tarapaqueños expulsados como de quienes se quedaron a pesar del hostigamiento-pudieron vivir con el peso de la discriminación y de una simbología patria permeando hasta el último rincón de su vida cotidiana?. Los miles de tarapaqueños expulsados, partieron con la mente llena de los símbolos levantados por quienes desfilaban con uniformes en las marchas de las Ligas Patrióticas y de los símbolos e insultos de los pasquines editados ad hoc, como “El Corvo”, “El Chileno”, “El Roto Chileno”, “El Eco Patrio”, “El Ajicito”, “La Liga Patriótica”, “El Lucas Gómez”, entre otros”.

Pero a pesar del conflicto, las Ligas Patrióticas comenzaron a generar problemas a las autoridades chilenas de la época, ya que motivaban más comentarios y descalificaciones en la órbita diplomática ya que “la violencia ejercida a través de agencias paraestatales excedieron la legalidad vigente y, si bien en un primer momento pudieron parecer funcionales al Estado, pusieron en riesgo la legitimidad del derecho de anexión del territorio de Tarapacá a Chile frente a los ojos de la comunidad internacional y del árbitro arbitrador (Estados Unidos de América) del conflicto por las provincias de Tacna y Arica”.

Por eso, a pesar que no fueron duramente reprimidas, las autoridades deben detener el accionar de estas agrupaciones. Fueron también personajes de la iglesia, como el cura Ricardo Merino y el Vicario apostólico José María Caro que actuaron en contra de las Ligas Patrióticas. Igualmente la situación era compleja: “Era complicado porque si reprimían al grupo patriótico, podría interpretarse de una forma, pero si no lo hacían...”

Esta situación nos trae a la actualidad. Sergio González reflexiona: “Si hoy un grupo se reúne a propósito de que algo pasó en Perú, alguna declaración contra Chile, ¿qué hace el

gobierno?, ¿los reprime? Es compleja la situación y lo era más en ese entonces en el que había un conflicto más latente, no era un asunto simbólico, era de territorio”. Esto también hace pensar qué podría ocurrir a nivel social cuando se conozca el resultado de la demanda marítima peruana en el tribunal de La Haya.

En esa instancia, en la de la chilenización, todo el conflicto estaba enmarcado además en un discurso nacionalista a nivel internacional que comenzaba a tener cierta importancia especialmente en Europa, desplegándose en América latina.

“La historia de las Ligas Patrióticas la hago terminar el año 1922 porque Tarapacá deja de estar en el discurso peruano, ya no es reclamada y dejan de actuar estos grupos patrioterros en la provincia y se desinfla la tensión”, finaliza González.

Ya han pasado casi cien años de aquellos últimos episodios. A pesar del intenso proceso de culturización e institucionalización vivido en la zona Iquique, culturalmente, sigue siendo chileno, peruano y boliviano.

Iquique cosmopolita: tierra de migrantes

Apellidos croatas, italianos, ingleses y chinos son parte de la cotidianidad de los iquiqueños de hoy, hijos de inmigrantes que han dejado huellas en una historia de desembarcos en el puerto de Iquique a propósito de diferentes motivos que los han traído a las costas de la ciudad.

De pequeña caleta Iquique pasó a ser Puerto Mayor en 1855, comenzando con el primer embarque de salitre a Estados Unidos y Europa el año 1830. Con ese barco que zarpó de este puerto, parte de la ruta marítima frecuentada por embarcaciones comerciales del mundo, se fue un mensaje al viejo continente: las cosas estaban moviéndose en el sur del Perú con la industria salitrera. Y otros barcos llevaron también un mensaje a otras tierras: los campos peruanos estaban requiriendo mano de obra dado que en 1849 el gobierno abolió la esclavitud. Por lo mismo, ese año se promueve la Ley General de Inmigración de Perú, conocida también como “Ley China”, creada para traer de manera legal a ciudadanos de otros países, principalmente chinos, llamados también culíes, a trabajar al territorio peruano en diferentes labores: de servidumbre y recolectores en haciendas, minería, construcción de líneas férreas y extracción de recursos de las covaderas de guano del sur.

Tal como relata Freddy Oviedo, autor del libro *La presencia China en Tarapacá 1850-2000*, existieron dos tipos de migraciones en el caso del país asiático: una espontánea y otra forzada. En el caso de la última en el contexto de la ley del 49, “la forma jurídica empleada fue la del colono dentro del marco de la inmigración China para el Perú”, matizando así una

historia de engaño y esclavismo por la que muchos chinos llegaron desde principios del siglo XIX. Según su obra, “alrededor de 400 trabajadores chinos fueron contratados para el cultivo del té en Brasil en 1810, a través de negociaciones de los jesuitas portugueses, quienes los reclutaron en Macao. (...) Casi cuarenta años después en 1849, fueron recibidos en el Perú y posteriormente se esparcieron por todo el territorio peruano en las grandes haciendas y en las costas”.

Entre las motivaciones y razones que explican el interés de los habitantes de esa zona del sur de China, se encontraban los problemas sociales y económicos que los afectaban, los que “fueron aprovechados por países emergentes como Perú que necesitaba mano de obra barata, en forma especial para la agricultura y extracción de guanos en los territorios”, relata Oviedo. Entre estos problemas estuvieron las llamadas Guerras del Opio entre China e Inglaterra, que entre 1839 y 1842, y entre 1856 y 1860 afectaron a la población, que vio una oportunidad de paz y beneficios económicos al poder salir de su China natal.

Oviedo habla de aprovechamiento no sólo por el oportunismo de traer “colonos” por la falta de mano de obra y por la situación en la que los chinos se encontraban, sino también porque quienes iban en busca de chinos, los llamados “agentes intermediarios”, “una vez en Macao, ya fuera intermedio del capitán del barco contratado para la operación contactaban a su vez a enganchadores o corredores chinos, estos como conocedores de la situación de pobreza que afectaba a la población china comenzaban la contrata de culíes en las diferentes regiones próximas a los puertos de embarque”. Para hacerlos firmar para venir a América se utilizaron métodos como el engaño y la aplicación de narcóticos.

Cuando ya estaba todo listo, los culíes eran subidos a los barcos, donde en condiciones infrahumanas viajaban meses hasta arribar a los puertos peruanos. Como rescata Oviedo, “según cifras oficiales peruanas entre 1849 –inicio de la Ley China- y 1874 llegaron a las costas peruanas alrededor de 80 mil chinos”.

En medio del proceso se encontraba un humillante ritual para los culíes que sobrevivían: la tasación. Como recrea Oviedo, se estilaba “apretar los bíceps del culí, pellizcarlo una o dos veces en las costillas y hacerlo girar como un trompo para tener una idea general de su figura”. Y no sólo eso. En algunos casos eran ofrecidos en los periódicos.

Algunos de los llegados fueron recibidos por los enormes farellones y roqueríos de las costas de la región de Tarapacá, los que están hasta hoy cargados de un material blancuzco que se posa sobre sus lomas expeliendo un particular olor a distancia, para trabajar con un noble producto: el guano. Como señala el libro *Los Croatas, el salitre y Tarapacá*, de Vjera Zlatar Montan, “El guano tiene dos elementos fertilizantes: el nitrógeno y el ácido fosfórico; el abono extraído de Pabellón de Pica era de calidad superior, tenía la mejor ley de ácido fosfórico. Sirvió para fertilizar las tierras agrícolas de Europa, siendo el mejor mercado el de Gran Bretaña”. Los chinos venían a sacar guano para alimentar los campos británicos, los mismos que daban cuna a quienes le hacían la guerra.

Como titula el libro, son también los croatas otro grupo de inmigrantes que han marcado la historia de la ciudad. Llegaron, tal como relata la obra, inicialmente de manera esporádica bajo pasaportes del imperio Austro- Húngaro, “al cual pertenecía el territorio de Croacia sin distinguir, obviamente, que su nacionalidad era la croata y solamente la ciudadanía era la austro-húngara”. Los primeros croatas que llegaron a eso de 1830, como indica el libro,

eran “en general jóvenes marinos que desertaban o eran desembarcados de barcos austriacos en sus viajes hacia los países del norte (...). Estos primeros inmigrantes que posiblemente se dedicaron a la pesca, a la navegación o se emplearon en las salitreras, deben haberse instalado en los puertos y en los pueblos del interior”. Muchos de ellos llegaron a ser dueños y co-propietarios de oficinas salitreras, como es el caso de José Devescovi, co-dueño de la Oficina Mercedes.

Durante su estadía fundaron instituciones de socorro mutuo y estaciones de bomberos como la Bomba Dalmacia N° 5. Fue sólo en el siglo XX donde llegaron nuevos croatas a la región donde se desarrollaron principalmente en comercio y en las salitreras. De ahí para adelante. Basta consultar a cualquier iquiqueño si conoce a alguien de apellido croata. La respuesta encuentra a viejos compañeros de colegio, actuales colegas de trabajo, hasta los mismos consultados.

Asimismo, y dado que el volumen de tráfico del puerto había traído más población de otras zonas cercanas a Tarapacá, se expandía el mercado de productos y servicios, por lo que llegaron también italianos, ingleses, españoles y alemanes, quienes, alentados por el rápido crecimiento de la industria salitrera, vinieron a cumplir el rol de comerciantes, y en otros casos al igual que Devescovi, a dirigir empresas de extracción de salitre, a concesión de los estados peruano y chileno. Ellos heredaron también costumbres, formaron agrupaciones y se vincularon con la historia a través de sucesos que pasaron en la ciudad, como la guerra civil de 1891 en donde Iquique fue bombardeado el 19 de febrero por parte de los congresistas, quienes atacaron a los balmacedistas que se encontraban en el edificio de la Aduana ubicado al costado del Muelle de Pasajeros y la Caleta Riquelme. Pero esa es otra historia, la que igualmente no deja de estar vinculada a la de los inmigrantes, como es el

caso de John North, conocido como el “rey del salitre”. Poderoso e influyente, North fue uno de los personajes la guerra civil del 91, a partir de sus intereses en el salitre.

Aunque como señala el profesor de historia Marcos Calle Recabarren, numéricamente los inmigrantes europeos y de otras procedencias no fueron muchos, “nuestro país sin haber sido afectado por ninguna inmigración masiva, recibió un contingente que tuvo un papel importante en su desenvolvimiento social y económico”. Y a esta última sentencia no se escapa Iquique, en donde integrantes de las colonias anteriormente mencionadas disfrutaron de prestigio y reconocido desenvolvimiento.

Pero no fue igual en el caso de la mayoría de la colonia china del territorio peruano en su totalidad y posterior fracción. La historia del recién anexado territorio nacional se vincula a esta población china desde su comienzo. Los que desembarcaban en Perú para ser llevados a las covaderas de guano, se encontraban con un territorio que, como relata Oviedo, contiene hasta nuestros días algunos grilletes que quedaron en los puntos de castigos para quienes intentaron sublevarse en las labores, reprimidos de manera inmediata por capataces de la industria del guano y/o por guarniciones del ejército, instaladas en las covaderas para reprender y cuidar los cañones del lugar, tras la reciente Guerra del Pacífico.

La explotación del guano de la actual región de Tarapacá estaba en manos de consignatarios, que a cuesta del trabajo de chinos, polinésicos y negros hicieron su fortuna. Fue una experiencia de trabajos forzados, de mala alimentación y de humillaciones. Recibían “dos libras de arroz y media de carne a las diez de la mañana, cuando ya han trabajado seis horas”, cargando toneladas de sacos de guano sobre sus hombros.

“En esta región las condiciones desérticas hicieron mucho más arduo el trabajo y difícil la adaptación de esta población y muchos optaron por el suicidio digno”, como señala Oviedo, opción que incluso fue anulada por los dueños. Se les señalaba a los chinos que quemarían sus cuerpos para que no pudieran transmigrar a su tierra natal, Cantón, cómo ellos creían que ocurriría, “y el alma del suicida quedaba condenada a vagar por las sombras del espacio”. Para quienes murieron en las costas del Pacífico, mismo mar de su país, muchos fueron enterrados en las zonas de extracción, posteriores playas en donde niños del siglo siguiente y subsiguiente disfrutaron al encontrar sus cuerpos momificados por la sal.

Llegada las tropas chilenas a territorio peruano luego del inicio de la Guerra del Pacífico, los chinos fueron siendo liberados de covaderas y haciendas. Algunos de ellos siguieron al ejército para unirse incluso en escuadrones. Como relata Eduardo Galeano, “hay muchos chinos, chinos del Perú, peleando del lado chileno. Son chinos de latifundios, que entran en Lima cantando gratitudes al general invasor, Patricio Lynch, el Príncipe Rojo, el Salvador”, quien ya tenía experiencia en China años antes de esta guerra.

Para la mayor parte de los chinos en Iquique las cosas han cambiado rotundamente. Hoy llegan en condiciones totalmente opuestas: muchos son importadores de productos que venden en la Zona Franca y otros son empresarios de la gastronomía en el barrio chino, ubicado en pleno corazón del casco antiguo, siguiendo los pasos de sus coterráneos, quienes después de la Guerra del Pacífico comenzaron a arribar para trabajar en comercio u otras labores.

Aunque Iquique se reconozca como ciudad cosmopolita, y que dicha afirmación sea cierta dada la importante cantidad de inmigrantes que llegaron a sus costas desde localidades

alejadas, Calle Recabarren señala que las migraciones más importantes fueron las más cercanas. “El caso de Tarapacá presenta algunos aspectos singulares, pues según algunos autores la región de Tarapacá, en tiempos del salitre, fue un espacio multinacional, donde predominaron tres nacionalidades: la chilena, peruana, y boliviana. En menor cuantía, se deben agregar a la conformación social: argentinos, chinos, ingleses, alemanes, italianos, españoles, croatas, y otras nacionalidades. Todos, unos más otros menos, construyeron una nueva sociedad: la pampina”. Y esta identidad es conjugación de costumbres que hacen que no muera la filiación iquiqueña por la hora del té y el irremplazable consumo de arroz, insertados definitivamente en la cultura local.

Iquique obrero y pampino y la matanza de la Escuela Santa María

Una ciudad teñida de sangre luego de las 15:45 horas del 7 de diciembre de 1907 y una historia imborrable. Más de cien años después, en febrero de 2011, un enorme agujero suple a la edificación, transformada ya en espacio de reunión política de los actuales movimientos sociales. El agujero ocupa el espacio hasta nuestros días, acompañado solamente de un pequeño memorial.

El 2011 un gesto político explotó de significaciones. El edificio correspondiente a las dependencias de la Escuela Santa María de Iquique, ubicada en el centro de la ciudad y recordada por ser escenario de los cruentos episodios de la matanza obrera más grande de la historia del país, era demolido por orden del Ministerio de Educación y su encargado, Joaquín Lavín. Las retroexcavadoras terminaron por destruir lo que el terremoto del 2005 había comenzado a hacer, y que años antes estaba ocurriendo calladito, de a poco, con las murallas del coloso lugar, hasta hacerlo inhabitable e inseguro para su objetivo.

Si bien el edificio celeste de las calles Latorre con Amunategui no era el original en donde el 21 de diciembre de 1907 retumbaron las ametralladoras Maxim de 200 tiros por minuto, estaba cargado de significación, especialmente en sus últimos años, donde fue ocupado como espacio de reunión y encuentro político de sindicatos y agrupaciones, pintado entero de murales y consignas, especialmente el año 2007, para el centenario de la matanza. Del edificio de principios de siglo sólo quedan imágenes y una maqueta que reposa sobre las dependencias de la Municipalidad de Iquique, ya que en 1928 un enorme incendio destruyó

gran parte de la escuela de 1907, llamada hasta 1889 Escuela Taller y creada previamente para la educación de personas adultas, para pasar a ser “Escuela Santa María”, establecimiento público para niños.

El objetivo de la demolición: sustituir un viejo espacio para reemplazarlo por otro, un nuevo edificio destinado a ser uno de los 50 liceos de excelencia, proyecto impulsado por el gobierno de Sebastián Piñera. Dicha iniciativa debía estar terminada en marzo del 2012. Aún en el terreno sólo está un enorme agujero y no así un memorial para las víctimas del Estado chileno, propuesto de diversos sectores. Y es que el homenaje material que existe actualmente, levantado en 1992, -una piedra tallada con las siluetas de pampinos de una escasa magnitud- es ocupado como escondite para meones nocturnos, más que como un lugar para el recuerdo.

Proporcionalmente dicho memorial parece pequeño ante la magnitud del acto que trata de recordar, y como espacio de conmemoración y duelo ante lo que resultó de aquella osada acción, la que comenzó a principios de ese diciembre, cuando “se paralizaron todas las actividades del salitre en la región norte de Tarapacá. La gran huelga se gestó en el Alto San Antonio, en la oficina salitrera San Lorenzo, expandiéndose por todos los distritos salitreros de Tarapacá”, según señala la investigación de Carlos Graña, publicada por la Municipalidad de Iquique. Entre los puntos del petitorio de la huelga se encontraban la supresión del sistema de fichas como medio de pago, el libre comercio en las oficinas salitreras -donde los productos de las pulperías eran monopolizados por sus dueños-, la existencia de balanzas en los negocios de las oficinas para ratificar el peso de lo comprado y medidas de seguridad mínimas para el trabajo en los cachuchos, donde en enormes

recipientes hirviendo se separaba la sal del salitre y donde muchos pampinos perdieron trágicamente la vida a causa de accidentes.

Lo solicitado afectaba sin duda los intereses de los empresarios, entre los que se encontraban extranjeros, principalmente ingleses, quienes cuando vieron que la huelga desbordaba toda magnitud previa, alertaron a las autoridades británicas, además de las chilenas. Las primeras enviaron incluso, por instrucción del rey Eduardo VII y el ministro británico Henry Campbell, el barco de guerra Sapho, que ancló en Iquique el 7 de enero de 1908 proveniente de Montevideo. Las autoridades europeas, como explica Graña, “habían aceptado la petición de los salitreros británicos de Iquique y despacharon un barco de guerra con instrucciones de intervenir, en caso que las autoridades chilenas no fueran capaces de proteger la vida y propiedades de súbditos británicos”.

Pero estos últimos ya tenían todo resuelto antes del anclaje del mes siguiente. Y más bien, mucho antes de que los trabajadores y sus familias bajaran a pie y en tren desde las pampas cercanas y lejanas para unirse a la huelga, para llegar a una ciudad fuertemente custodiada por militares, quienes previamente a su llegada habían recibido refuerzos bélico-represores de otras ciudades del país. Según lo investigado por Graña, otro personaje que cursó como observador de lo acontecido, el doctor Nicolás Palacio Navarrete –médico que trabajó en las oficinas salitreras-, habla del desinterés de las autoridades y dueños de buscar una solución: “Los patrones, especialmente británicos, se negaron a aceptar el petitorio que condujo a la masacre, éstos no acudieron a las reuniones de avenimiento, se negaron a oír proposiciones inmediatas de arreglo y dar contestación alguna a la solicitud de sus operantes”. Con este gesto ya estaban pre escribiendo la historia.

En la misma línea iban llegando las instrucciones desde Santiago, primero al intendente subrogante de Iquique, Julio Guzmán García, y luego, desde el 19 de diciembre al titular, Carlos Eastman, por parte del Ministro del Interior del gobierno de Pedro Montt, Rafael Sotomayor. El 16 de diciembre enviaba mediante telégrafo: “Si huelga originase desórdenes proceda sin pérdida de tiempo contra los promotores (...)”. Entre estos se encontraban José Brigg, ciudadano norteamericano, como presidente de la directiva de la huelga, Manuel Altamirano y Luis Olea, como vicepresidentes, José Santos Morales, como tesorero, Nicanor Rodríguez como secretario y Ladislao Córdova como pro secretario. Asimismo fue parte de la dirigencia el artista Sixto Rojas, quien luego de la masacre pudo huir y llegar a Perú, donde estuvo un año antes de volver y coordinar ritos conmemorativos para los caídos, siendo el primero el del 21 de diciembre de 1908.

Dos días antes de ese telegrama se había iniciado la marcha a Iquique de obreros de nacionalidad chilena, boliviana y peruana, principalmente. Según la compilación del historiador Senén Durán Gutiérrez, cinco mil trabajadores se encontraban reunidos en el pueblo de Alto San Antonio, a los que se pliegan pampinos “de las oficinas Vigo, San Pedro, La Peruana. San Enrique, La Noria, Paposo, Cholita, Yungay, Sebastopol llegando a Central a las 13 horas”.

En el camino los manifestantes son detenidos y allanados por parte de militares en las cercanías de Iquique. Finalmente son llevados al Hipódromo de la ciudad. Para esa altura mancomunales iquiqueñas ya se han plegado a la huelga. Los obreros elevan sus demandas, organizándose con un representante por oficina salitrera para ordenar un petitorio. El intendente suplente se acerca al lugar donde estaban retenidos los trabajadores, proponiendo que volvieran a las faenas mientras sus representantes dialogaban y

negociaban en la ciudad. Responden que no, que no se irán mientras no haya solución, y que por el contrario, seguirán llegando miles de obreros más. Cada día que no trabajan es un costo muy alto para los empresarios y para el Estado. Los primeros se acercarán el lunes 16 de diciembre a La Moneda para amenazar con el cierre de las industrias si no se detiene lo acontecido. Los trabajadores son trasladados posteriormente a la Escuela Santa María, ubicada al frente de la Plaza Manuel Montt. Pero son muchos, el lugar no da abasto, por lo que el empresario Juan Zobarán manda el 17 de diciembre a instalar la carpa del Circo Océano en la plaza Montt para alojar a los huelguistas.

Los llegados se fueron instalando en las dependencias, la que denominaron posteriormente “Cuartel General”. Al mismo tiempo las autoridades, ya advertidas por el empresariado, comienzan a presionar desde la capital. Los siguientes telegramas apuntalan más y más a la Intendencia. “Para adoptar medidas preventivas, proceda como en estado de sitio”, enviaba Sotomayor, aunque según la Constitución de 1833 no se podía dictaminar dicha condición sin la aprobación del Congreso. Serán posteriormente, el 27 de diciembre de 1907, los diputados Bonifacio Veas de Valparaíso, Malaquías Concha de Concepción y Arturo Alessandri Rodríguez de Curicó, quienes denuncien oficialmente la masacre. Para los días posteriores a la matanza la opinión pública nacional y extranjera tendrá acceso cerrado a lo acontecido por orden del gobierno: censura de cables del telégrafo y de medios de comunicación.

El 17 de diciembre continúan llegando pampinos de a pie y tren. Llegan mil provenientes de Carmen Bajo, Buen Retiro, Cala Cala, La Palma, Peña Chica, Kerima y San José. Más tarde, mil doscientos de la zona de Lagunas. El 18 llegan doscientos más de la oficina La Pampa, y otros tantos de distintas zonas. Mientras eso ocurre la ciudad continúa recibiendo

refuerzos militares. El 19 llegan dos mil trabajadores en tren desde Huará y otros mil del mismo lugar que habían dormido en otro punto de la pampa. Tras la llegada del intendente Eastman, este se comunica con los trabajadores y con los empresarios. Los salitreros se niegan a negociar con la presión de los huelguistas en la ciudad, que para esas alturas ya suman más de diez mil. Por su parte, según contabiliza Durán, ya se encuentran en Iquique el Regimiento de Artillería de Costa de Valparaíso, Regimiento O'Higgins de Copiapó, Regimiento Rancagua de Tacna, Tropa de Carabineros del Regimiento Yungay, Marinería de los buques de guerra, Regimiento Granaderos y Parte del Regimiento Carampangue, los dos últimos de Iquique.

Las autoridades insisten en el regreso de los trabajadores a oficinas salitreras, los obreros se niegan. Siguen llegando: tres mil de Negreiros y Zapiga, otros a pie, otros de Alto Caleta Buena, en tren rápido y en lanchas. Eastman se reúne con los empresarios sin acuerdo alguno.

Ya es 20 de diciembre y un acontecimiento preludia lo que vendrá. En el sector de Buenaventura hay 10 muertos a manos de militares del Regimiento Carampangue que se encuentra desplegado en la pampa. A ese día, según el trabajo de Durán, “se estiman 20 mil obreros pampinos en Iquique”. La cosa es seria, está en juego la vitalidad de la economía nacional de ese momento y su proyección: los empresarios están impacientes y perdiendo dinero. Las presiones aumentan y finalmente el intendente decreta Estado de sitio en toda la provincia, de modo inconstitucional.

Ha llegado el día. La jornada comienza con un telegrama del presidente Montt: “Adopte toda medida para cesación inmediata de huelga”. Algunos extranjeros, temerosos ante el

escenario bélico dispuesto se han ido a refugiar a los buques del puerto. El gobierno hace un intento: ofrece a los salitreros aportar durante un mes la mitad de los aumentos salariales solicitados. Los empresarios rechazan y continúan exigiendo el retorno de los trabajadores a las faenas. Del crucero Esmeralda son bajadas las dos ametralladoras Maxim. La Intendencia continúa tratando hacer volver a los trabajadores a la pampa. Nuevamente recibe una negativa. El intendente ordena al General Roberto Silva Renard llevar otra vez a los trabajadores al Hipódromo de la ciudad. Los pampinos, ubicados en la escuela y alrededores se niegan a salir. Las tropas rodean el sector. Los obreros mantienen la postura de no salir de la Santa María sin las soluciones por las que han venido luchando. Los cónsules de Bolivia y Perú ingresan a tratar de sacar a sus conciudadanos, los que se niegan. Los militares hacen un último llamado y convocan a “personas pacíficas” salir a calle Barros Arana, fuera de la línea de fuego. Algunos lo hacen, siendo repudiados por los que se quedan en el lugar. Las ametralladoras ya están puestas apuntando la azotea del edificio, donde se reúnen los dirigentes de la huelga, mientras dos piquetes de fusileros apuntan a la entrada.

Volvemos a las 15:45 del 7 de diciembre de 1907. Por cerca de un minuto y medio las balas de las ametralladoras atraviesan carnes y carnes. Según el relato temporal de Senén Durán, una “estampida humana se abre camino desde la escuela, la tropa dispara sobre ellos”. Las ametralladoras que inicialmente apuntaban a la azotea lo hacen al final al frontis de la Santa María, a su interior. Muchos de los que lograron huir fueron alcanzados con lanzas de los fusileros.

Los sobrevivientes son llevados en pequeños grupos custodiados al Hipódromo. Sobre las cifras de fallecidos existen discrepancias. Según las autoridades, habían perdido la vida sólo

140 ciudadanos. Según el trabajo de Julio César Jobet, hijo de Armando Jobet, suboficial del Regimiento Carampangue en 1907, el padre contabiliza que “las bajas alcanzaron a 2.000 pues a él le correspondió el primer turno de entrega de cadáveres contando 900”. Por su parte, como recoge Carlos Graña, el doctor Nicolás Palacios señala que “Desde 1.400 a 300 fluctúan las cifras que se han dado al público. Parece que el número de bajas quedará para siempre en el misterio”. Los destinos de la mayor parte de los cuerpos fueron las fosas comunes.

Se terminan las balas, pero no los telegramas. Eastman recibe un mensaje en el que le señala el ministro Sotomayor que se contacta “tan pronto como se tuvo conocimiento del desenlace de la huelga o mejor dicho motín, aprobando a nombre del Gobierno su procedimiento y la actitud del Señor General Silva Renard y demás jefes que concurrieron al objeto. Opinión pública comprende doloroso extremo fue necesidad ineludible para cumplir deber primordial de afianzar el orden y la seguridad pública. Hágalo así presente al Señor General a nombre del Gobierno”. Será siete años después que en Santiago el General Silva Renard morirá a manos del hermano de Manuel Vaca, víctima de la matanza.

Al día siguiente casi la totalidad de los trabajadores sobrevivientes son enviados en tren a la pampa. Con ellos se fueron imágenes de terror de Estado, una parte de la que éste mostraría a lo largo de la historia del siglo XX.

Cuatro años después se levanta en el Cementerio N°2 de Iquique, que ya no existe, un mausoleo para las víctimas identificadas de la matanza. En 1971 se demuele dicho mausoleo, incinerando a los 287 cuerpos presentes en el lugar en una fosa común del

Cementerio N°3, hoyo, al igual que el que hoy se encuentra en el terreno de la vieja Escuela Santa María, hoyo en la memoria y la responsabilidad el Estado.

La Tierra de los campeones

Una de las primeras cosas que se asocian a Iquique luego del 21 de mayo es la frase vinculada a los triunfos deportivos de los hijos de esta tierra, concentrados mayoritariamente en la primer mitad del siglo XX, en medio de una crisis económica que sumía a la ciudad, triunfos que tratan de revivirse hasta la actualidad a través de diferentes disciplinas, todo para mantener y resignificar el epíteto de campeones.

Hoy es noche de pelea y se ha venido anunciando hace algunos días en afiches y carteles ubicados en lugares estratégicos del centro de la ciudad. Es en Thompson 737, en el Heriberto Rojas, uno de los pocos clubes de box que quedan del viejo puerto boxeril. La pelea de fondo será entre el iquiqueño José García y el peruano Jack Flores, ambos de la categoría mediano.

La noche anterior, ambos púgiles llegan al club para el pesaje y breves entrevistas con la prensa local. Es Javier Rivera, Vicepresidente de la Asociación de Box, quien está fuera del portón esperando. Está esperanzado en la jornada del día siguiente, ya que no es como antes, “cuesta, pero la gente se ha vuelto a entusiasmar”. Y es que en la zona el boxeo fue desplazado, desde su apogeo y rol primordial en el quehacer local hasta su escasa práctica y la ausencia de recursos para su realización. “El fútbol va ganando el espacio que tenía el boxeo. Los jóvenes en vez de practicar boxeo, practican futbol, sumado a la crisis de los barrios populares, los viejos y tradicionales clubes quedan vacíos”, agrega Bernardo Guerrero, académico e investigador de la temática.

El peruano Flores viene a pelear con José García, el que tiene sobre sus hombros no sólo el deseo de un triunfo, sino que toda una historia de box iquiqueño, capítulo crucial de la ciudad. Hace más de cien años atrás que llega a Iquique Alejandro Mc Donald, púgil irlandés que instala un gimnasio para la práctica de este emergente deporte en el barrio El Colorado en 1880. La atracción que produce es inmediata dado los valores que conjuga, los que comulgan con trabajadores, inmigrantes y barrios populares. Desde esta, la primera semilla, es que llega a institucionalizarse el boxeo, hasta la creación de nuevos clubes de box y la profesionalización de la práctica dejando en parte atrás los espectáculos de golpes sin técnica, que se daban en circos y en centros clandestinos.

Como explica Bernardo Guerrero, la zona del puerto de Iquique era tierra fértil para este y otros deportes. “Tienes un proletariado que trabaja en condiciones muy duras, y que por ende tiene que desarrollar un cuerpo muy duro, por eso que los nortinos hacemos boxeo y no ajedrez. O sea el trabajo duro, que es un trabajo masculino, te crea las condiciones para los deportes de fricción: basquetbol, fútbol, boxeo. Tiene que ver también con la relación puerto – pampa salitrera”, espacio en el que “entre 1907 al 1940, hubo en esta zona entre 110 mil a 120 mil habitantes” permitiendo “la realización de muchas actividades, en las que el deporte acaparó la atención de sus mayorías”.

Es así como el boxeo y el fútbol principalmente se insertan en la realidad nortina, en paralelo a otros puertos de Chile, disciplinas en las que Iquique brillará también, y en el caso del fútbol será particularmente en 1980, cuando con un año en el campeonato profesional de primera división los Dragones Celestes salen campeones de la Copa Polla Gol, consagrando una vieja historia de fútbol barrial y amateur cargada de triunfos en todo Chile.

Pero volvamos al ring. Es en el año 1917 cuando se funda “El Tarapacá”, el primer club para practicar box profesionalmente, donde se forma uno de sus fundadores y de los principales boxeadores de Iquique, Santiago Mosca, quien enfrentó a diversos contendores que venían a retar al púgil. La dinámica se integra y estabiliza en la zona, atrayendo a esos cuerpos duros para este deporte de destreza e inteligencia. Siguiendo esta historia, en 1923 se constituye la Asociación de Centros y tres años más tarde la Asociación de Box de Iquique.

Cabe preguntarse “(...) cómo Iquique pudo producir tantos campeones en una época especial como aquella que va entre principios de la crisis de los 30 y que termina con la década del 60. Época signada por la crisis económica (...)”, generada por la paulatina muerte de la industria salitrera.

Esta noche del siglo XXI el Heriberto Rojas está listo. Los asistentes van pagando sus entradas y ubicándose en el galpón en las gradas azules y en las sillas plásticas que están alrededor del ring, escuchando cumbias para calentar el ambiente. Entre los espectadores se encuentran viejos iquiqueños, pero también muchos jóvenes que vienen a apoyar a sus compañeros que pelearán en los dos primeros combates, antes del de fondo.

Se trata de jóvenes que practican en los clubes que aún existen en la ciudad, algunos de ellos entrenados por una estrella, por Eduardo “maravilla” Prieto, llamado así por quienes lo vieron pelear, los que cuentan que ver “sus manos y su cuerpo en movimiento era una verdadera metáfora sobre el ring. (...) El respetable – el público- se extasiaba con tanta belleza”, según recuerda Guerrero en *El Libro de los Campeones*, publicación que reúne gran parte de las hazañas deportivas que dieron motivo a la frase que identifica a la ciudad.

Maravilla Prieto, un hombre delgado, de aspecto ágil y con cara de niño, sonrío amablemente a sus chicos, a los jóvenes iquiqueños que entrena. Comenzó triunfando en Iquique en el Campeonato de los Barrios de 1970, y luego, 1976 se tituló campeón de Chile en la Casa del Deportista de Iquique, hasta que en 1977 fue campeón latinoamericano de los pesos pluma. Fue una lesión ocular la que le impidió disputar el campeonato mundial.

En la vida de Prieto coinciden varios aspectos de la historia del box en Iquique. Uno de ellos es el Campeonato de los Barrios, que junto al Campeonato Militar –que dejó de celebrarse luego del golpe de Estado- y el Campeonato Pesquero, celebrado hasta los noventa, eran instancias donde este deporte encontraba espacio fácilmente, vinculando a la sociedad con distintos sectores, como los militares, que eran apoyados por los vecinos de donde se ubicaban sus respectivos regimientos. De eso ya nada queda. Otro aspecto es la locación, la Casa del deportista, ubicada antiguamente donde está hoy la casa comercial Ripley. Era en ese lugar donde se celebraban los grandes encuentros con la infaltable compañía de la banda del litro, integrada por viejos músicos.

Luego de pifias que apuran el inicio de la jornada por fin se escucha “Buenas noches respetable público...”, en un mal sistema de amplificación. Para partir esta noche suben al ring dos jóvenes boxeadores, Luis Aracena y Mauricio Gallardo, el primero del Club Manuel Sánchez y el segundo del Club Heriberto Rojas. El juez les lee la cartilla, chocan los guantes y se inicia la pelea. El público empieza a gritar y echar barra a los diferentes púgiles, uno de ellos entrenado por Prieto, quien lo espera luciendo una chaqueta que versa “NO DROGAS. NO ALCOHOL”.

Para esto, según cuenta, se ha capacitado con mucha dedicación, para enseñarles a los chicos que “tienen que ser preparados para lo que sea, distintos a los boxeadores de antes, como yo, que no estudié. Quiero que sean niños pensadores, que aprendan el box con personalidad”. Es que el boxeo no es sólo dar combos, “la técnica consiste en pegar y no recibir”.

La pelea continúa y desde uno de las esquinas un animado y saltarín Maravilla aconseja y acompaña a su pupilo que está en el ring, mientras que en las gradas, otros jóvenes en entrenamiento cuentan que “es un privilegio entrenar con él”, que es un muy buen profe.

Aunque como comenta Prieto, cuesta generar instancia de peleas entre los boxeadores iquiqueños ya que ahora son pocos, si estos siguen preparándose profesionalmente, podrían llegar a ser como los grandes y más destacados púgiles de Iquique. Uno de ellos fue Estalisnao Loayza, conocido como “Tani”, quien luego de destacar en el club Ramón Montoya y en diversas peleas locales, es llevado directamente por Luis Bouey a Estados Unidos en 1924 a pelear contra diversos oponentes, hasta que el 13 de julio de 1925 se enfrenta por el título mundial contra Jimmy Goodrich. En la pelea, en la que fue presentado como “Stanley Loayza”, perdió por una lesión en el pie provocada por el mismo árbitro que lo pisó fuertemente, haciendo suponer la alevosía de la acción. Luego de eso el Tani continuó peleando hasta regresar a Chile en 1936, donde fue recibido por el presidente de turno.

Cuatro años más tarde de ese retorno sería otro iquiqueño que llegaría al Madison Square Garden de Nueva York. Niño pescador de Caleta Buena, al gozar de buen puño es llevado a Santiago por el mismo Bouey, teniendo una de sus primeras peleas en el edificio que estaba

donde hoy se encuentra la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Luego de destacar va a pelear a La Habana, Barcelona y Miami. Es en Buenos Aires, en el Luna Park, donde le gana por K O a Luis Ángel Firpo, el “toro salvaje”. De ahí muchas puertas se abrieron para Godoy, que no sólo era conocido por destacarse en el ring, sino que también en la pista de baile.

Godoy, al igual que el “Tani” parte en barco Estados Unidos, al que llegó, según relata Roberto Castillo en la novela *Muriendo por la dulce patria*, “a la entrada del invierno del hemisferio norte, meses antes de la primera pelea con Joe Louis”, campeón mundial de los medio pesados 1936 - 1949. Va en el vapor acompañado de Bouey, quien muere al llegar a puerto. Según concita la biografía novelada de Godoy, fue para este “una de las noches más tristes de mi vida”. Se instala en la ciudad y pelea unos *rounds* concertados preparando la gran pelea. Es el 9 de febrero de 1940 cuando acompañado por el *manager* All Weill se enfrenta a Louis, en un local que ni siquiera llega a la mitad de su capacidad.

Lo dio todo, asombrando a un campeón con su forma de pelear, en la que se agachaba sorprendentemente para esquivar los combos, guiado por un inmortal grito de las gradas: “¡Agáchate Godoy!”. Finalizado el encuentro un eufórico Arturo Godoy salta en el ring y abraza y besa a Louis en medio del desconcierto provocado por esa actitud. La transmisión radial relata la decisión de los jueces, como señala Castillo. “George Lecron: 10 rounds a 4, con uno empatado, ... a favor de ¡Joe Louis!... (aplausos y abucheos)... Tommy Shortel. 10 rounds a 2 y 3 empatados, a favor de ¡Arturo Godoy!... (el rugido del público llega a su máximo y el locutor tiene que esperar para leer el veredicto que va a romper el empate)... el referee Arthur Donovan: 10 rounds contra 4, uno empatado a favor del... todavía... campeón del mundo... ¡Joe Louuuuuuisssss!”. Arturo Godoy, como puede verse en el

video que está disponible en *youtube* levanta el puño y salta feliz. Momentos más tarde, al ser entrevistado, dice “-Gracias mis amigos. He estado 15 rounds con Joe Louis y espero que me de otra segunda chance, muchas gracias”.

Y efectivamente le fue concedida esa segunda instancia. Pelea que se celebró el 20 de junio de 1940, la que, al igual que la de febrero, había congregado en diferentes puntos del país a los aficionados a escuchar la transmisión por radio, en parlantes dispuestos en algunas plazas. Pero pierde esa segunda pelea. Rodeado de experiencias, entre las que se encuentran haber actuado en el Teatro Paramount de Los Ángeles y otros enfrentamientos, Godoy continúa en Estados Unidos para luego retornar. El campeón muere en Chile en 1986, pero no así la gesta boxeril.

En el Heriberto Rojas, a diferencia del Madison Square Garden del 40, la primera pelea es cerrada con un empate. Los chicos se abrazan y maravilla recibe a su pupilo con una toalla. Todos bajan para preparar el ring para la segunda pelea que será entre dos púgiles del club local, Ariel Santos y Gabriel Ampuero, que se enfrentarán y calentarán antes de la de fondo a la barra, que a esas alturas ya ha sacado una que otra lata de chela o abierto su cartón de vinito camuflado en una bolsa negra.

Terminado ese apasionado segundo combate, ya son casi las once de la noche. Suena un fragmento del himno de Iquique y el público grita uno que otro “C, H, I”. Nuevamente habla la voz del micrófono, presentando, “en esta esquina, al peruano Jack Flores... y en esta esquina, el iquiqueño... José García”. El preparador de Flores es un señor canoso de buzo en el que está inscrito “Tacna”. El impecable árbitro reúne a ambos boxeadores en el centro. Chocan los guantes y se inicia la pelea.

Flores se arranca y gira saltando con ambos puños reunidos en posición en torno al ring, como un reloj cuyo eje fuera el peleador local. En la barra los más pelusones recrean cantando la música de la banda del litro, imitando trompetas que acompañan al grito de “I-qui-que, I-qui-que”.

Por la constante persuasiva del boxeador Flores, sólo en el tercer round García logra darle dos combos certeros y el cuarto es aún más favorable para el iquiqueño. Mientras van a sus esquinas al terminar los episodios, el preparador físico peruano extiende una toalla y la eleva cerca de Flores para secarle la transpiración con una micro corriente de aire que genera sobre él.

Vuelven al ring. Flores continúa con su estrategia de agotar al oponente, pero olvida que esta pelea es de sólo siete rounds. Para provocarlo, García se pega en el pecho con los guantes, señalando que está esperando su ataque. En el penúltimo y último round el oponente arriesga un poco más acercándose al chileno. Suena la campana. La pelea ha terminado. Vuelven a las esquinas pero al momento aparecen nuevamente en el centro del ring, con las manos agarradas por el hombre de la humita, quien alza el brazo de García. La barra grita, más que antes y emociona al Heriberto Rojas, el club de box más antiguo de Chile que sigue funcionando.

Si bien el boxeo viene reconquistando a los iquiqueños en los últimos años, Bernardo Guerrero relata que “hoy día hay un nuevo fenómeno: están apareciendo nuevos deportes, más individuales como el *bobyboard* y el *surf*”. Asimismo, el parapente es otra actividad atractiva para los locales y los turistas, que suben al mirador de Alto Hospicio para arrojarse al vacío.

A pesar de eso “los jóvenes cuando cantan el himno de Iquique minutos antes de que se termine un partido en el estadio, quizás no saben esta historia pero siguen apegados a la frase ‘Iquique, tierra de campeones’, que se reconfigura”.

Terminada la pelea los más apurados se van, mientras que los dirigentes se acercan al despacho del Heriberto Rojas, salón que parece más el living de una casa que pertenecientes a un club de box. Los púgiles se retiran a camarines, se comienzan a arrumar las sillas plásticas y pasado varios minutos el galpón queda solo.

Se cierra el club pero no así el libro de la historia de los triunfos de este y otros deportes. Hace pocos meses fue inaugurado en la calle Baquedano el Museo del Deporte, gestado por el Círculo cultural – deportivo “Tierra de Campeones”, el que acompañará al ya existente Museo del Box. Y esta apertura es relevante dado que, como analiza Guerrero, “el deporte para los iquiqueños, con todas sus glorias y frustraciones, es parte de su identidad como pueblo”.

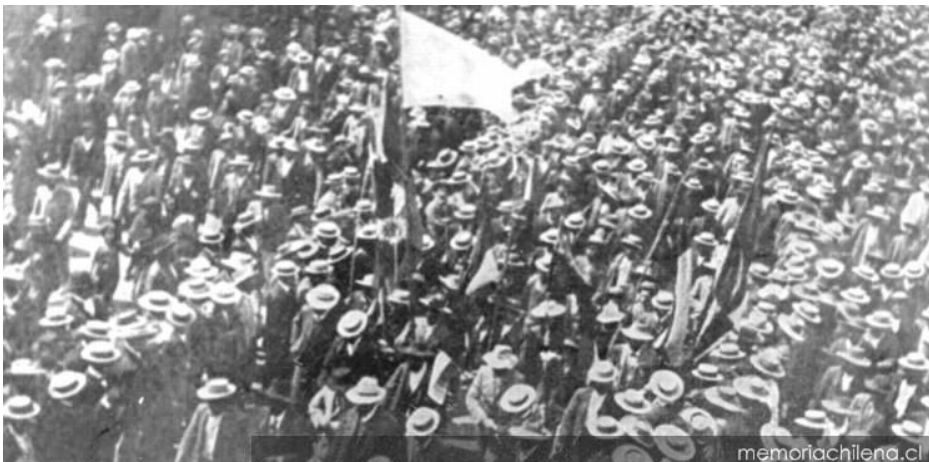


Iquique en sus albores bajo dependencia del Estado peruano.

"Iquique, ca.. 1850". Colección Biblioteca Nacional.

Reunión de integrantes de la colonia Yugoslava en Iquique, 1941.

En: Los croatas, el salitre y Tarapacá, de Vjera ZlatarMontan



Grupo de obreros dirigiéndose a la Escuela Santa María

En Archivo fotográfico, Museo Histórico.

Centro Boxeril Heriberto Rojas en una noche de pelea



Uno de los asaltos de la pelea de fondo de la noche.

Público asistente Centro Boxeril Heriberto Rojas



Iquique Cotidiano

Caleta Riquelme: entre la historia y la modernidad

Hombres y lobos de mar son dueños de las memorias de este lugar, que data de principios del siglo pasado. Hoy, cuando los peces escasean, los viejos recuerdan un pasado abundante y se esperan en el presente, todo esto, bajo la atenta mirada de la Esmeralda, traída desde el fondo del mar a la superficie.

A diferencia de los otros puntos de la ciudad, en la Caleta Guardamarina Riquelme la mezcla entre la brisa del mar y la sombra de su techado provocan una temperatura fresca para la estación, de esas que hielan los brazos y ponen la piel de gallina, además de salar la piel.

En ella reposan viejos y jóvenes de mar, niños y turistas paseantes que circulan por las roídas maderas de pino oregón que han resistido desde 1901. Todo el lugar es pura historia y memoria desde su génesis como el Muelle de Pasajeros de Iquique, por el que pasaban quienes requerían acercarse y subir a otros navíos en la época del apogeo salitrero. De ahí hasta ahora, que es Monumento Nacional, declarado bajo ese estatus en 1987.

En el lugar no sólo aparecen turistas y personas que trabajan allí. En el muelle se hacen presente personajes excéntricos, como la señora de los gatos, anciana de turbante y poncho que se ubica junto a un carro y una cantidad importante de felinos que amarra a las

barandas de los miradores, sometiéndolos a un impresionante amansamiento; y los pedigüeños en busca de una moneda para la pasta base, otros vicios y necesidades varias.

El muelle tiene a su lado norte al puerto de la ciudad y al Club de yates; y al sur el edificio de la Gobernación Marítima y las nuevas dependencias de la Caleta, recientemente hermoseada; más allá, la ex aduana -hoy Museo Naval y edificio provisorio del Municipio de Iquique-, donde yacen fragmentos rescatados de la genuina corbeta Esmeralda. Luego está el paseo Patricio Lynch, donde se ubica el clásico restaurante “Mamatila”, que ofrece pescados y mariscos -además de “la rompecatres”-, sopa mariscal afrodisíaca, promocionada constantemente en los noventa con el tono picarón de los locutores de las radios locales, como “Chin chin”, el de la clásica Radio Dinámica, escuchada por micreros y dueñas de casa.

Retornando desde la “Mamatila” al muelle, se encuentra un remozado borde costero, antes abandonada transición entre el centro de la ciudad, las instalaciones pesqueras y de la Zona Franca, lugares que por su constante expansión se han ido comiendo parte importante del barrio “El Colorado”, en el casco antiguo, cuna de iquiqueños que hoy se cuestionan hasta dónde llegó el ansiado progreso. –“Antes El Colorado tenía su propia playa, no había necesidad de ir a Cavancha. Igual teníamos un muelle, donde nos bañábamos piluchos cuando lolos, por eso le decían ‘el muelle calato’”-, recuerda Esteban Torres, hijo de este lugar, hoy residente de la comuna de Alto Hospicio y eterno trabajador de la caleta.

Este paseo cuenta hoy con puntos turísticos instalados por el municipio y con una joyita: una réplica de la corbeta Esmeralda “tal como lucía antes del combate”, como dice la

referencia histórica, instalada por la Compañía Minera Collahuasi, mecenas de ésta y otras obras en la ciudad y la región de Tarapacá.

El barco está posado sobre tierra firme, en medio de una especie de piscina que debe hacerlo parecer navegar, aunque ahora, después de más de cien años, sea sobre agua dulce. Esta Esmeralda posee siete barcos de emergencia, ocho cañones por lado y tres palos que sostienen las velas de la embarcación, telas que nunca se inflarán para dejar partir a esta corbeta.

Volviendo al Muelle de Pasajeros, aparece la nueva edificación de la Caleta Riquelme, que antes era un breve pasillo con mesones en los que se ofrecía la pesca del día. Hoy es un gran edificio de dos pisos donde hay restaurantes y puestos separados para cada grupo de trabajo, lo que la hace lucir más acorde con los nuevos edificios que se están instalando en la zona, encima, muy encima de las edificaciones patrimoniales, produciendo un paisaje del siglo pasado con matices de modernidad.

Mientras los puestos ofrecen sus productos al interior de la Caleta, desde la Zona Franca al Puerto y viceversa enrolan camiones vacíos y cargados en sus rampas, los que van y vienen llevando harina de pescado o productos que pronto estarán en las vitrinas de la Zofri, entre ellos, los emblemáticos calzoncillos y calzones Asatex (la marca del delfín), y las mochilas Yomax. La caravana consta además de uno que otro auto con el volante al lado derecho, los que van a los puntos de venta y posteriormente al cambio del lugar del manubrio, para quedar de la forma en como se conduce en este hemisferio: por el lado izquierdo.

En este contexto se sitúa el Muelle de Pasajeros, que ya en el lado del mar, más lejos de la calle, está bordeado por embarcaciones de pescadores artesanales, pintadas de anaranjados

y azules y catamaranes de paseos, los que zarpan mar adentro para recorridos a la zona del hundimiento de la Esmeralda. Por goteo caen los turistas, quienes por tres mil pesos suben al barco con sus colorientos chalecos salvavidas, los que saldrán en las fotos de sus cámaras digitales y serán próximamente publicadas en facebook y regadas por la web, para las amigas y los amigos.

-“Ya no van a venir más, oh. Vamos no más”-, reclama el lancharo desde la última esquina del muelle, siendo ratificado por la mujer que realizó los cobros a los paseantes. El socio apelado agacha el moño y camina al barco, se sube y agarra el micrófono del megáfono que justo al momento de partida comienza a vociferar su discurso histórico sobre la Guerra del Pacifico, relato que por algo más de media hora aliñará con anécdotas los conocimientos que ya poseen los paseantes desde la infancia sobre el mitificado Arturo Prat y su abordaje, y que se ha repetido -y por supuesto desvirtuado- casi desde el hundimiento mismo, cuando Manuel Concha, sobreviviente a la batalla, realizaba la misma travesía para los viejos iquiqueños.

Mientras ellos se van, es posible abrir el plano y ver las otras embarcaciones de diverso calibre y nacionalidad que reposan en la rada, sobre el agua verdosa y turbia que de pronto se ve corrompida por un inmenso piquero. El agua salta desde la circunferencia que deja como estela un obeso lobo marino, coloso animal ronco que en grupos toman sol, lucen sus brillantes pieles y echan la bronca a los que pasan cerca de ellos.

Por el Muelle entran y salen los viejos de mar, quienes miran las grandes diferencias de ayer y hoy, conversan de motores y de la logística de su quehacer.

-“Acá en el Muelle mismo habían peces antes. Hace unos treinta años anchovetas, jureles y anguilas andaban por acá y bastaba pegarles un palo para capturarlos. Ahora no hay nada y es culpa de la depredación, es culpa de todos”-, reconoce Rolando “pepino” Rivera, hermano del periodista y escritor iquiqueño que dedicó parte de sus vida a las memorias de la ciudad.

Era tal la calidad de la materia prima que incluso, según concita la *Game Fish Association* (Asociación Internacional de Pesca Deportiva), IGFA, el 7 de mayo de 1953 en la ciudad de Iquique se rompe el record mundial en la captura de la especie *Xiphias Glandius*, o pez espada, conocido en la ciudad como “albacora”, cuando Louis Marron capturó un ejemplar de unos impresionantes 536.15 kilos.

-“Teníamos también hace unos treinta años una cancha de waterpolo acá al costado derecho del Muelle. Nosotros aprendíamos desde chicos a jugar, era algo innato”-, rememora Pepino, mirando la bahía, mientras otros pescadores, que se conocen entre ellos por sus apodos, agregan recuerdos de esos años, de la ciudad de los setenta, de las discoteques a las que iban, de los campeonatos de box militares y de los barrios a los que asistían, de los bares a los que pasaban y que hoy no existen, y del Iquique que se fue. Pero de eso algo queda.

Para ellos la actualidad es una paradoja. -“Hoy lo más distinto de antes es que hay más modernidad para la labor pesquera. Tenemos casi los mismos cargos y los mismos problemas, pero ahora que hay más cosas para la pesca, ya no quedan peces”-, reflexiona Pepino.

De compras por “el Agro”

Sólo unos pocos lugares de la ciudad congregan a tantas personas todos los días de la semana. Uno de ellos es el Terminal Agropecuario, polo de comercio donde convergen desde los productos de agricultores de los pueblos del interior hasta la ropa nueva y usada traída del otro lado del mundo. Este es un recorrido por sus rincones.

Son las siete de la mañana y el sol ya se encuentra sobre gran parte de Iquique, ocultando sólo sus últimos fragmentos tras los cerros de la cordillera de la costa. Puede que por ese mismo proceso de cambio y del aumento de temperatura el ambiente, comience a fusionar un sin fin de olores de procedencia vegetal, animal y textil, provocando un aroma complejo, pero característico e identificable para cualquier nariz iquiqueña.

Ubicado en el sector alto de Iquique, en las faldas de enormes cerros que lo delimitan, el Terminal Agropecuario, o simplemente “el agro”, recibe a personajes pululantes que a pie, en micro o en auto se dejan caer en busca de los productos para su mesa y de una que otra cosa para el hogar y la familia. Con bolsas de rafia multicolor en mano o con carros plásticos de dos ruedas, transportes que desde hace pocos años se han insertado en la ciudad, los iquiqueños se acercan al agro para comprar o simplemente pasear y cachurear.

Uno de los recorridos más frecuentes es pasar por la entrada de Avenida Progreso. El recinto enrejado y hegemoníamente metálico aloja a verduleros, carniceros, negocios de abarrotes, distribuidoras de confites y más, comerciantes que desde agosto de 1979 dejaron atrás su condición de ambulantes para adjudicarse estos terrenos en el sector conocido como “las quintas”, y luego, en 1981, constituirse como comunidad y finalmente en 1991, ser la Sociedad Terminal Agropecuario Iquique S.A. Pero antes del agro, era el Mercado

Centenario –ubicado frente a la vieja Escuela Santa María y construido en 1930- el que cumplía ese rol, abasteciendo a la población que se concentraba mayormente en el casco antiguo. Pero ya poco queda de eso en el Mercado. Ahora lo que predomina ahí son las pescaderías, cocinerías y las juguerías del delicioso mango leche.

Pero volvamos al agro. Esta parte de la gran feria está ubicada hacia el cerro por lo que el camino es en subida. Estando ya arriba, la cuesta comienza hacia abajo con los galpones de venta de verduras a mayoristas, quienes llegan en camionetas fleteras a buscar los productos que revenderán durante la jornada en negocios de las poblaciones que se extienden por el mapa, o cocinarán en recetas sincréticas de los restaurantes iquiqueños. Luego, más abajo, en el sector de los estacionamientos de esta parte del agro, se posan en horario restringido algunos vendedores independientes a ofrecer sus productos que han traído desde diferentes zonas y pequeñas localidades, cercanas -o no tanto-, a Iquique, estacionamiento que deberán abandonar a más tardar a las nueve de la mañana, cuando el agro ya esté prendido y necesite de ese espacio para funcionar.

-“Estas granadas son de Miñimiñi”, explica una vendedora de cabellera blanca y largas polleras. -“¿Y dónde queda eso?”, le consultan. -“Entre Arica e Iquique, por el camino que va a Pisagua. Allá tenemos bonita fruta, pero la gente conoce sólo la de Pica”. -“Mejor que no sea tan conocido como Pica”, agrega a la conversación un joven que la acompaña. “No nos promocionamos mucho porque sino van a ir muchas personas y van a tener que cercar todo. En Miñimiñi no hay cercas, las personas que van sacan su frutita para comer”, termina de explicar a un cliente que satisfecho arrastra su carro con la primera compra: nueve granadas por mil pesos.

Ya son las ocho de la mañana y más abajo, desde el pórtico del galpón de frutas y verduras al detalle, sólo se escucha el ajetreo de sacos y las radios cumbiancheras que sintonizan indistintamente los locatarios, canciones que en la cumbia han mezclado los huainos de los Andes con el sabor y los instrumentos electrónicos.

Nadie grita la verdura, a lo más le hablan directamente a quienes se acercan a su mercadería. Este sector luce como un túnel en medio de una autopista: su oscuridad contrasta con la luminosidad de esta mañana de verano y por ello las dos hileras de locales que se enfrentan tienen sus luces prendidas, pequeñas ampolletas colgantes acompañadas de bolsas plásticas rellenas de agua, utilizadas para espantar las moscas, aunque con escaso efecto.

Acá los productos están al alcance de la mano, frutas y verduras depositadas en cajones de madera, listos para ser escogidos. En cada puesto cuelgan además los rollos y paquetes de bolsas plásticas, las que son ofrecidas gentilmente a sus “caseritas y caseritos”, como se llaman mutuamente compradores y vendedores, construyendo desde esa nominación una realidad donde a pesar de que cada una de las partes cumple un rol, son iguales.

Entre los mangos de Pica, los tomates de Arica, las aceitunas de Azapa y los limones sureños circulan otros personajes de esta pequeña ciudad comercial: los cargadores. Armados de sus carruajes metálicos, todos perfectamente numerados e identificados, estos hombres ofrecen sus servicios a quienes no pueden llevar solos todas sus cosas. Por una propina trasladan las bolsas y cajas a los estacionamientos o a los taxis colectivos que pasan por la avenida. Pero su labor se ha visto afectada por la llegada de los carros plásticos que, como gran parte de los productos que se venden en Iquique, han llegado de China,

mermando en su caso parte importante de la clientela, pero siguen, pues este sector del agro poco sería sin ellos.

Llegando al final de este pabellón para bajar al siguiente, aparecen puestos que lucen como tiendas de campaña de las que cuelgan prendas de dos tipos inmediatamente identificables: las ya mencionadas chinas que llegan por Zofri y las peruanas que vienen de Tacna. Las primeras lucen modelos con algo de extravagancia pero que cada vez se asemejan más a las tendencias masivas que llegan a la ciudad por las grandes tiendas y supermercados; en cambio la ropa peruana flamea de otro modo: se constituye de buen algodón estampado con marcas, diseños de artistas y dibujos animados de la temporada, con una gráfica que a leguas evidencia su piratería. Pero calidad es calidad.

El pasillo inferior es el de los abarrotes, la comida de animales y las carnicerías. En él la abundancia es ley: en cada local las estanterías lucen repletas de alimentos, tarros, botellas y muchos colores que parecen un rompecabezas alimentario. Tras los mesones de cada negocio mujeres y jovencitas vestidas de delantales con marcas auspiciadoras o bordados con el nombre del local están atentas a los pedidos de los caseros. Ellas buscan los productos solicitados y los van dejando en montones que finalmente empaquetan en cajas o en bolsas. Ahí entran los cargadores que muchas veces ayudan a llevar estas compras a destino. Todo este proceso es atentamente vigilado por gatos que están acostados floja o sensualmente sobre los mesones, presentándose como un buen signo, como los prevencionistas de un riesgo más importante: la presencia de ratones. Así, caseritos y caseritas compran huevos en la huevoteca o un *display* de arroz en “El quemadito”, del comerciante Manuel Tirado, donde, como dice su eslogan, “donde hubo fuego, ofertas quedan”, o puchero en las carnicerías para preparar la deliciosa calapurca.

Este sector del agro termina con un pabellón que concentra a baluartes del mercado iquiqueño: los gigantes distribuidores de abarrotes y confites “Chiwanko” y “Comercial Cáceres”. Ambos locales ocupan casi la totalidad del espacio, repartiéndose la clientela que de seguro elegirá el mismo puesto que tradicionalmente ha preferido para sus compras del mes o para el reabastecimiento en la quincena desde hace ya varios años.

Frente a estos colosos que se publicitan además por las radioemisoras locales, se encuentra el otro sector importante del agro, cruzando la ya mencionada Avenida Progreso. De allí hacia abajo el lugar es misceláneo, comenzando por las pescaderías asentadas en blancas instalaciones de cerámica al costado derecho, donde el piure y el ceviche listo para el consumo son los regalones. Luego, hacia el sur, comienzan nuevas galerías que se podrían definir como feria integral, ya que ofrece indistintamente, sin separación temática ni tópica, verduras, frutas, hierbas medicinales, abarrotes, ropa americana, insumos de cumpleaños, peluquerías, carnicerías, mueblerías y cocinerías, entre ellas la clásica “La Pochita”, que ofrece los preciados y baratos menú: sopa, ensalada y plato de fondo, por dos mil pesos.

Todavía es temprano, el reloj no ha pasado las diez de la mañana. El agro comienza recién a prenderse, a meter más bulla. Los vendedores inician sus propagandas a las caseritas ofreciendo sus productos y las máquinas de monedas, recientemente llegadas pero bien instaladas en importantes espacios de esta gran manzana, comienzan a chillar con sus monótonos sonos electrónicos. Aunque el ritmo no es muy atractivo, ya tiene a varios paseantes probando suerte para mermar parte del capital de las compras o agrandarlos y llevar una que otra cosa que no estaba planeada.

Este lugar del agro conecta con otra galería de rejas color naranja, en la que venden materiales y herramientas de construcción, piezas de sanitarios y accesorios para mascotas. Aquí aparecen los compradores especializados, quienes vienen en busca de esa pieza o fragmento que le falta. La siguiente sección es la de los repuestos de celulares y electrónica. Ahí el público es más joven y taquillero y anda en busca de piezas, adornos o desbloques de celulares.

El coloso del comercio comienza a acabarse y para terminar deja la parte de los cachureos, ubicados en pasillos sobre un terreno sin pavimentar donde se elevan pequeños puestos de madera, cholguán y en los mejores casos, metales livianos. Aquí aparecen las personas que vienen en busca del buen vestir, de la prenda útil, de la economía o de la exclusividad. La ropa americana es comprada en fardos en la Zona Franca, a la que llega en grandes contenedores sin distinción alguna; luego es separada y seleccionada en los galpones de la Zofri, hasta ser envuelta en grandes sacos amarrados con metal. Los fardos pueden ser de primera, segunda o tercera selección; ahí el precio que costará después. Antes los cachureos del agro se extralimitaban a lo que estaba construido y los vendedores se posaban en las calles aledañas donde principalmente los vecinos de las poblaciones “Gómez Carreño” y “Las quintas”, salían a vender sus pertenencias. Las cosas han cambiado y ya no está permitido, por ello ahora sólo hay vendedores estables y se ha mermado parte de la magia del agro.

A pesar de ello la cosa sigue. La ropa americana, principal producto a disposición en esta parte final del agro se dispone de diferentes formas: en montones caóticos en el piso o mesones de madera, agrupada en montones de manera ordenada ya sea por tipo de prenda o talla, colgada, colgada y planchada (“ahí ya cuesta más, ve que cansa el planchado”, explica

una vendedora), y lavada y colgada. Dependiendo de eso también cambia el valor. Otros productos de este sector son los zapatos, nuevos y usados, los juguetes y los insumos deportivos, pero siempre es más la ropa, especialmente la de mujer y niños.

Pero cachurear tiene su ciencia, su método. En el caso de los fardos en montones, entre el tierral y la ropa los brazos de las buscadoras cachureras parecen palas mecánicas que revuelven y persiguen sus objetivos, al son de conversaciones y copuchas en el caso de las que son clientes frecuentes o las que ya se conocen. En ese procedimiento pueden aparecer prendas de grandes marcas a un precio miserable, o ropajes de exclusiva confección que nunca nadie en la vida va a tener ni podrá repetir. Este es el juego, saber seleccionar, mirar si el fardo está ya muy rebuscado, o ver las telas que gustan y tirar la prenda para sorprenderse por un hallazgo impresionante, o decepcionarse por no ser la prenda deseada. Pero siempre se puede encontrar algo, de eso no cabe duda.

El Terminal Agropecuario ya está totalmente con vida a eso de las once de la mañana, y con justa razón. Ahora, la música sí que suena y en la voz de un vals peruano en el último pasillo, como un indicio de una melancolía identitaria de esta tierra. Ya quedan pocos metros de feria, pero el agro parece inacabado. En las zonas aledañas, cuando ya se ha abandonado el lugar, aún queda el ambiente de feria, continúa y crece el tránsito de personas y de automóviles que de seguro van en busca de algo en un contexto que es sabido como difícil, donde en el día es mejor no ir con joyas o cosas de valor y en las noches, como en otros sectores de Iquique, la pasta base entra en acción.

El Democrático para viejos y jóvenes

Ubicado en la intersección de las calles Obispo Labbé con Serrano, es el bar tradicional de Iquique, espacio en el que día a día convergen los viejos parroquianos de siempre con los jóvenes que cada vez se sienten más cómodos junto a ellos, todo, acompañado de un vinito o una de a litro y de buenas historias iquiqueñas.

Son pasadas las diez de la noche y la puerta amarilla de vitrales está cerrada. Al costado sólo se deja ver una luz menor: es el otro acceso. Su reja también está cerrada, pero no del todo. Es sábado y es noche de tocata.

En el bar El Democrático ya se escuchan los acordes del ensayo previo de la banda tributo a un grupo funk y el local se empieza a llenar, a llenar en serio. La gente comienza a acumularse afuera y adentro el calor se vuelve exponencial.

Todos están estrechos, panorama muy distinto al de hace algunas horas, cuando el cariñosamente llamado “Demo” tenía en sus mesas mayoritariamente a los viejos *cracks* y conocidos parroquianos, fieles peregrinos que diariamente -para algunos, sin excepción- llegan a su pórtico en busca de compañía, recuerdos, una partida de dominó, un partido de fútbol o una cañita. Uno de ellos es el “pericote”, asistente diario y cliente fiel del Demo, quien la mayoría de las veces luce clásica polera roja de bordes de líneas amarillas que

utilizan los devotos de San Lorenzo de Tarapacá, además de sus mejillas notoriamente coloradas, a pesar de la morenidad de su piel.

El bar tiene más de sesenta años de historia y abre cada día del año, sin importar feriados o festivos. El Democrático es parte de la cultura de la ciudad y gestor de ésta a partir de relatos orales que se transmiten en sus mesas, el mismo lugar donde se reunieron opositores a la dictadura y posteriormente activistas del plebiscito de 1988. Es parte del casco antiguo de Iquique, donde se ubica además a pocas cuadras la catedral de la ciudad.

El Demo cuenta con un salón central que empieza desde el fondo hasta la puerta con la barra sobre la que yace un televisor plasma donde de vez en cuando se proyectan partidos de fútbol; continúa con mesas de marcas auspiciadoras y sillas plásticas, hasta llegar a la puerta y al escenario del local. Sobre los muros cuelgan animales marinos disecados, insignias de Deportes Iquique y una gran fotografía: un registro de Freddy Taberna junto a Fidel Castro y Alejandro Soria Varas, el papá del "choro", en el contexto de la visita del líder cubano que llegó a la ciudad el 15 de noviembre de 1971, imagen que muchos iquiqueños han podido conocer por tan privilegiado lugar en el que se encuentra.

Otro importante ornamento es la gigantografía escrita en un panel de madera de una poesía titulada, “Entrad a esta casa”, firmado por el poeta Mayo Muñoz, obra que versa:

“¡Entrad a esta casa! ¡Qué importa si no es tuya ni mía! Aquí como en la última morada no cabe adiós ni pertenencias. Entrad, aquí podéis guareceros de la mano que os persigue, del hambre que os aprieta, de la pena que os aflige. Bebed de este vino. Entrad por esta

arteria al río interminable que como cascada no herida por el tiempo, nos recorre y crece, levantando las banderas, desatando jubiloso el canto, desbordando combates. ¡Entrad, aquí como en la última morada no cabe adiós ni pertenencias! ¡Bebed! ¡Bebed y alegraos por otro día más de vida!”

Sin duda este relato representa el espíritu del lugar y las vivencias del poeta nortino, compilador del libro *Poetas en dictadura. Antología I Región de Chile 1973-1990*, considerando que el Demo fue casa de algunos de ellos.

Un último detalle es el recientemente pintado mural de cuatro dragones en distintas posiciones, todos luciendo sus enorme dentadura y escamas, en actitudes defensivas.

La dinámica del lugar es espontánea, sin protocolos. Cada personaje va en busca de su cerveza al mesón o, en caso de sentarse primero, es atendido por los antiguos meseros, vestidos con shorts, camisetas o guayaberas y chalas con calcetines, abrigándose las patitas, quienes llevan las chelas o los terremotos a los jubilados, universitarios, viejos de mar o ex deportistas que frecuentan El Democrático, quienes pueden levantarse de sus asientos para acercarse a la *rockola* y programar diversos temas musicales.

Algo así es durante la semana, pero desde hace algunos años la noche de los fines de semana el Demo es de los jóvenes, una nueva propuesta del bar adquirido por un nuevo propietario, Néstor Muñoz, iquiqueño de toda la vida, quien compró la casona antigua donde reside el bar, que data de los tiempos de la Guerra del Pacífico, época donde el edificio albergaba al Banco Alemán y luego el Banco Social, del que sólo queda su bóveda,

parte del pintoresco contexto. Fue posteriormente además sede del Partido Radical, para ser finalmente el bar que hoy es.

El edificio es antiguo y se nota. Hace algunos meses fue demolida la casa de al lado, que daba a la esquina, dejando provisionalmente en dicha posición al Demo. A partir de ese momento y hasta la realización de la construcción sólida que hoy está nuevamente en esa arista, fue posible ver las añosas tablas, las que como los árboles y los anillos de su tronco, parecían delatar los años de la casona granate, donde cada mediodía se asoman sus residentes desde un alzado segundo piso y donde suena el himno de Iquique, entonado de pie por quienes llegan apenas abre el local: *“Si supimos vencer el olvido, soportando un ocaso tenaz, evitemos en estos instantes que el progreso nos pueda segar. Iquiqueños arriba la frente...”*.

Esta noche el rock comienza a sonar, dejando atrás musicalidad de la mañana y la tarde, los boleros y las cumbias, acompañadas de las risas y partidas de dominó de los asistentes. Esta noche es de potentes agitaciones y gritos coléricos de los jóvenes que empiezan a apoderarse del lugar, o más bien, a convivir con los que más han visto amanecer a Iquique. Entre ellos, entre el tumulto circula uno de los dependientes del Demo, haciéndose el lindo con las chiquillas que cordialmente lo llaman “tío”. -“No se preocupen, que soy gay”, dice pestañando velozmente para seguir la conversa y sacar risitas.

La noche termina para el Demo, pero lo único seguro es que si o sí abre mañana, a diferencia de los desaparecidos bares “Cinco esquinas” y “Corner bar”, ya que, como señala su dueño, “el Democrático tiene una mística que no puede morir”.

La Tirana de ayer y hoy

Fervor popular y fiesta pagana, todo se conjuga en un pequeño pueblo del interior de Iquique donde llegan miles de peregrinos cada año para inundar a la localidad que gira en torno a la Reina del Tamarugal, la venerada chinita. Hoy la fiesta es muy diferente a la que celebraban en tres fechas distintas los pastores y agricultores del altiplano y la cordillera.

Ella mira para abajo con una expresión de paz, como si no supiera que todos están ahí por ella y por el niño que tiene en sus brazos, que luce en su rostro la misma actitud de la madre. Está vestida de un atuendo café y sobre su cabeza está posada una corona. Está en un lugar fresco que contrarresta totalmente con el abrasador sol que afuera calcina pieles y hace brillar hasta el encandilamiento los instrumentos de bronce que se desparraman por el pueblo. Está dentro del santuario, su santuario, el de la Virgen del Carmen de La Tirana, “la chinita” como le dicen afectuosamente los devotos, al que han llegado fieles de diversos puntos y países para encontrarse con ella en un ritual que cada año se repite con la misma fuerza cada 16 de julio y los días previos y posteriores.

Vienen de lejos y se han preparado hace mucho para esto. Con meses de antelación y con una inmensa constancia, los bailarines que mueven sus cuerpos afuera del templo han venido ensayando desde el mismo momento en que finalizó la fiesta el año anterior, tomándose calles y multicanchas al menos una vez por semana para preparar coreografías y enseñarle a quienes se integran a los distintos bailes religiosos los pasos, los que como

interpreta Guillermo Ross Murray, “son en cierta forma un rezo. Más que la palabra es el cuerpo el que sirve de alguna manera de plegaria, de oración”.

Oración y religiosidad que se vive desde hace siglos, cuando la festividad era muy distinta a este evento que se celebra hoy. Para cuando comenzaba 1900, la fiesta de La Tirana se realizaba en distintas fechas según la nacionalidad de la conmemoración: el 28 de julio en el caso de la comunidad peruana, el 6 de agosto para los bolivianos y el 16 de julio para los chilenos, fecha que finalmente se estatuyó como una manera más de culturizar para el proceso de chilenización de la zona, ya que esa fecha es la de la Virgen del Carmen, patrona adjunta del Ejército chileno. Por ello la imagen luce también una cinta tricolor enlazada en su pecho y en el curso de la festividad se canta el himno nacional y de Yungay.

A principios de julio la fiesta está cerca y se nota, cuando en Iquique se comienzan a ver los preparativos de las familias que se trasladan por completo al pueblo de La Tirana, echando ropa, alimentos, colchonetas, agua y frazadas a sus vehículos, los que subirán para instalarse hasta finales de ese mes, sobreponiéndose al frío de la noche y el intenso calor del día. Ya cerca del 10 de julio a la salida de Iquique se estacionan buses y taxis que hacen guardia a quienes necesiten transporte al pueblo.

Los primeros días de julio la ciudad de Iquique se ve distinta, con menos gente en sus calles y menos ajeteo en el comercio, situación que hasta la época salitrera no ocurría. Según cuenta Guillermo Ross Murray, “esta religiosidad de la chinita no fue cuajada en la ciudad. Iquique era ajeno a la fiesta; era solamente de las salitreras y de los pueblos del interior”. Continúa recordando que “cuando yo era chico no era tanta la participación; incluso la iglesia decía que era una fiesta pagana. Cuando se cierran las salitreras y la gente se viene a

Iquique y a Arica, se traen esta costumbre”. Ya han pasado más de cincuenta años de eso y puede que esta explosión de pampinos haya regado la veneración a la chinita a otras zonas del Chile y los países andinos.

Y no sólo han llegado los feligreses y bailes religiosos al pueblo. Con ellos han venido comerciantes de todo Chile, los que con sus puestos y ferias han rodeado el pueblo por completo, ofreciendo velas y cirios, réplicas de la imagen de la Virgen y de los santos, ropa, comida, música, artículos para el hogar y chucherías, mayoritariamente. Aprovechándose de la masiva presencia de gente, muchas personas con olfato comercial se instalan a vender incluso productos electrónicos, como decodificadores satelitales, entre ellos vendedores de origen oriental. Este espacio de venta de productos ha reforzado la doble condición de esta fiesta, religiosa, popular y pagana al mismo tiempo.

El comercio ha absorbido gran parte de la atención de quienes visitan La Tirana, ya que si bien algunos feligreses primero hacen la enorme fila que se extiende por cuadras y horas para entrar a bendecir cosas y saludar a la chinita, se acercan igual a quemar los pesos en cachureos que venden las ferias. Incluso algunos son partícipes de la fiesta sólo por costumbre y se dedican a pasear, comprar y comer pululos, maíces inflados y confitados. Pero antes era otra la lógica comercial que acompañaba a la festividad.

“Las comunidades de los valles, que son agricultoras, y de la cordillera, que son ganaderas, se reunían en La Tirana, que es en invierno y en el carnaval de Isluga en el verano. Allí hacían lo propio de esta comunidad: el trueque de productos, los compadrazgos, bautizos, cosas que ahora están afuera de nuestra sociedad”, analiza Ross Murray desde su experiencia estudiando la historia de Iquique.

Tras la llegada de los primeros feligreses que alojarán en La Tirana, aún la cosa no se ha modificado mayormente. Es entre el 11 y 15 de julio que llegan los bailes religiosos para cumplir el primer ritual: la entrada que se realiza en el Calvario, ubicado a pocas cuadras de la iglesia. Ahí hacen su saludo: cantan la primera entrada que consiste en oraciones entonadas que leen desde pequeñas libretitas, todo, acompañado de la música del tambor e instrumentos de bronce que aún no están a todo dar.

Después de este ritual, morenos, chinos, kullacas, pieles rojas, diabladas, sambos caporales, promeseros, gitanos, entre otros, pueden pasar a ver a la chinita en el templo, donde corean cantos de saludo. Las bandas aún no suenan fuerte. Será después de esta importante instancia que los bailes saldrán a la calle a danzar acompañados de sus bandas que a todo volumen harán literalmente retumbar el corazón y el cuerpo de quienes se acercan a verlos, al son de vieja música andina o de adaptaciones de cumbias y canciones que están de moda en la temporada, como Américo o La Noche. De día bailan a pleno sol, bajo esculturales trajes de piel, de gruesas telas, lentejuelas, demonios y santos dibujados, hilos dorados y plateados, pantis rojas, telas andinas y pesadas indumentarias, y de noche con el intenso frío, todos, hombres, mujeres y niños, pequeños danzantes que siguen la tradición de bailar arraigada en algunas familias nortinas.

Luego de las danzas las agrupaciones se retiran a grandes casas dentro del pueblo donde alojan en conjunto, o a campamentos ubicados en los bordes de La Tirana, atrás de las ferias, donde en carpas pasan días y noches, acompañados de la inconfundible “chuca” o llamada masivamente como “chusca”, densa pero delgada tierra que se acumula en la pampa donde las personas pueden enterrarse hasta más allá de los tobillos, levantando un

delgado polvo que obstruye la visión y la respiración, además de ensuciar hasta dejar enterrados a quienes pasan por ella.

Para los días previos al 16 de julio ya han llegado muchos fieles, quienes como mandas y demostración de veneración entran caminando al pueblo desde la carretera, recorriendo unos 10 kilómetros, para llegar a la Ermita a la entrada de La Tirana, desde donde los promeseros más fervientes pagan mandas de una particular manera: arrastrándose de rodillas o de guata por el camino de tierra y piedras hasta entrar al templo y llegar a la chinita. En el recorrido son acompañados por familiares quienes con cartones y agua tratan de limpiar el camino de procesión, mientras los asistentes los miran sorprendidos cuando algunos de ellos empiezan a sangrar y hacer barro en su piel, golpeada también por el fuerte sol.

El 15 de julio el pueblo ya está repleto. Los bailes se acercan a la iglesia a saludar nuevamente a la Virgen y luego danzan programadamente por las calles ya que son más de cien sociedades de bailes religiosos las que llegan a la pampa. Cada baile posee su estandarte y su propia imagen de la Virgen, la que transportan en carros o en hombros, adornada de flores y lindas prendas, carruaje que iluminan en las noches gracias a motores a petróleo. Y es esa misma noche, la de 15 de julio cuando se concentra la mayor cantidad de personas, las que llegan para la víspera, una de las instancias más importantes de la fiesta.

El camino a La Tirana se llena de autos, micros, taxis y buses y los tacos hacen que cueste tres a cuatro horas llegar arriba, cuando normalmente el viaje es de sólo una hora. Caminos repletos traen a quienes quieren ser parte de esta ceremonia, cargada de emoción y de

expresiones máximas de fervor religioso. Quienes van exclusivamente a la víspera llegan a eso de las siete u ocho de la noche, recorren el pueblo, miran los bailes y compran sopaipillas gigantes que fríen en enormes sartenes mujeres andinas que bajan con su clásica receta.

Las personas a eso de las nueve de la noche comienzan a concentrarse en la plaza. Llegan abrigados, anticipándose a la temperatura que habrá más tarde y que ya comienza a sentirse. Llevan pañuelos blancos. Algunos están dispuestos a estar de pie hasta pasada la media noche, mientras otros se acercan con banquitos plegables, especialmente los adultos mayores. La misa ceremonial comienza presidida por el Obispo de turno. En ella se entonan las canciones a la chinita: *“madre y reina del Carmelo, este norte grande te suplica que le muestres al señor”*.

Poco a poco se comienza a aglomerar la gente en la explanada de la plaza y en las calles aledañas. A eso de las once de la noche es imposible encontrar un buen lugar para ver la misa. Siguen los cantos y los saludos a la chinita con pañuelos, matracas, bombos y otros instrumentos.

Ya son casi las doce de la noche y los gritos de vivas continúan y la emoción se puede respirar en el aire. Ya llegará el 16 de julio y con él el día de la conmemoración. Cuando ya es la hora, en el cielo estallan fuegos artificiales y bengalas y de los ojos de los más fieles salen lágrimas de pura emoción. El sacerdote que preside la misa comienza a entonar: *“¡Viva la Virgen del Carmen!”*, *“¡Viva!”*; *“¡Viva la reina del Tamarugal!”*, *“¡Viva!”*, *“¡Viva la patrona de Chile!”*, *“¡Viva!”*.

Para quienes no pudieron subir a La Tirana, la televisión local ha realizado una transmisión de toda la ceremonia, pero es difícil comunicar las sensaciones que han aflorado en la pampa, enormes muestras de devoción y alegría que continuará por varios días más y con otros rituales. La fiesta no acaba.

Pasado varios minutos la situación se pone difícil. Todos quieren salir para distintos lados y los accesos están totalmente llenos de personas e instrumentos que los bloquean. Se vive una compleja situación que cuesta resolver cuando entre empujones y ahogos se logra disipar. Dispersada la gente y ya pasado el intenso episodio anterior, son los bailes los que se toman la plaza. Algunos peregrinos caminan a la zona de los buses para regresar a Iquique, mientras que otros parten a la feria, quedando todos ahumados por las incontables parrillas encendidas en el camino, las que ofrecen anticuchos o alitas de pollo para paliar el hambre. Los que ya estaban en La Tirana vuelven a sus campamentos y casas y los jóvenes recorren el pueblo para encontrarse con amigos para carretear y tomar, a pesar de que la zona esté regida por ley seca, la que es infringida igualmente por gente mayor, en pequeña o gran medida.

Las familias que poseen casa en La Tirana observan todo desde sus pórticos donde han dispuesto bancas para compartir con vecinos, ver los bailes o vender bebidas, té y café o cobrar por el baño, servicio que escasea para quienes van sólo de pasada. Los más afortunados se acomodan bajo de los tamarugos que quedan en el pueblo, y es que aunque esta se llame la Pampa del Tamarugal ya son pocos los árboles que quedan dada la indiscriminada extracción que la industria salitrera realizó para sus faenas, mermando el bosque y con ello la flora y fauna de la zona.

A las afueras de La Tirana se pueden ver pequeñas luces. Son las fogatas, las más necesarias para capear el frío que cala los huesos, ese frío pampino que para muchos es casi insoportable. Alrededor de estas fogatas están sentados grupos de personas que carretean. Algunos han ido ya a dar una vuelta al pueblo para saludar a la chinita, mientras que otros han hecho a lo que han ido: solo pasarla bien.

La noche continúa, pero la música no ha dejado de sonar en ningún momento. La Tirana amanece con algunas personas en las calles, las que más tarde recibirán a un nuevo grupo de feligreses que llegarán para lo que todavía queda.

En la mañana, a eso de las diez, comienza otra misa en la que se oficia la tradicional repartición de cintas. De la antigua imagen de la Virgen de La Tirana, mucho más pequeña, cuelgan rollos de cintas de raso y tricolor las que son alcanzadas por las personas quienes las tiran y las hacen llegar hasta la explanada para repartirlas cortando fragmentos del preciado recuerdo, bendecido por supuesto. Al finalizar este rito desde el templo lanzan incontables globos al aire, los que se elevan en un cielo celeste, completamente despejado.

Siguen los bailes, entre ellos, las kullacas o pastorcitas, quienes realizan su coreográfico baile. Con cintas colgadas de un alto mástil y tomadas de sus manos, hacen una trenza con un circular movimiento coordinado, armando y desarmando hermosas figuras multicolores, como sus trajes decorados. Mientras pasa eso es posible entrar al templo. Hasta hace una década estaba prohibido entrar con short y minifalda. Ahora los voluntarios de la iglesia sólo solicitan que los acalorados visitantes no entren comiendo y que se saquen los gorros como muestra de respeto. Ya adentro es posible ver a algunos bailes que están iniciando otro rito, la despedida. Y es que al ser tantos bailes y algunos al venir de tan lejos deben

despedirse anticipadamente de la chinita. En el cielo del santuario se encuentran infinitas estrellas doradas de yeso de distintos tamaños que fueron instaladas gracias a la donación de los devotos. Estas estrellas observan cómo los bailarines hacen su despedida, entonando cantos similares a los de la entrada y del saludo, palabras que leen con profunda emoción, hasta las lágrimas. Terminado el rito, caminan lentamente, bailando en un lento vaivén sin nunca darle la espalda a la Virgen. Salen del templo. Será hasta el otro año, chinita.

En el altar de la Virgen quienes han hecho la cola para entrar a verla, ingresan por una puerta lateral. Estando frente a ella le depositan velas, le cuelgan billetes en el traje, tocan su pie y se persignan. Le entregan algún objeto a los voluntarios, quienes arriba del altar, al lado de la Virgen, acercan lo que hay que bendecir, haciendo sobre su pecho la señal de la cruz. Incluso bebés y niños hacen ese recorrido para ser bendecidos ellos mismos. La gran imagen coexiste con otros santos e imágenes de Jesús, además de un altar andino adornado de espejos y ofrendas de la tierra.

Cerca de las cuatro de la tarde se inicia otra importante instancia. Es la procesión en la que la imagen antigua de la Virgen sale a recorrer todo el pueblo cargada en hombros por los feligreses, los centinelas. Delante de ella sale San José y más atrás la imagen de Jesús Nazareno. La comitiva sale escoltada por quienes siguen esta caravana con parasoles, botellas de agua, aguas de coco que toman desde la misma fruta y helados para acompañar a la chinita, en un recorrido que durará toda la tarde, hasta el anochecer, donde será recibida con arcos de globos, ofrendas, challas de colores y por supuesto, emoción.

La Virgen ya ha recorrido las tierras que le han dado sentido a esta fiesta y a esta historia, que data de la leyenda de amor entre una princesa inca que se enamoró de un portugués que

trabajaba en la zona de las minas de plata de Huantajaya, el que la convirtió al cristianismo, acción ajusticiada para ambos por los creyentes del dios sol. Ambos fueron enterrados con una cruz, lugar que fue hallado por evangelizadores que construyeron un templo en el lugar, convirtiéndolo en centro de peregrinación de los habitantes de los Andes, transformados al catolicismo.

Los bailes continúan la triste despedida y ya muchos han comenzado a retornar a Iquique. Algunos volverán meses o semanas después, cuando el pueblo esté vacío, en una costumbre que tienen muchas familias de asistir a misas dominicales en el pueblo o pasar a saludar a la chinita antes de ir a Pica u otros lugares.

Pero aunque parezca increíble y como sin no bastara el festejo, la fiesta no termina ahí. Y es que como no todos han podido subir a La Tirana, dos semanas después se realiza en Iquique “La Tirana chica”, donde en la plaza Arica se reviven algunos fragmentos de la gran festividad y donde los bailes de la ciudad continúan moviéndose para la Reina del Tamarugal, aunque ya a varios kilómetros de distancia.

Con su fervor y contradicciones, La Tirana es una fiesta que sin duda va *in crescendo*, dado que se ha vuelto punto de turismo folclórico para personas que viajan desde otros puntos dada la coincidencia de las vacaciones de invierno. Y es que ha pasado diversas barreras, entre ellas estallidos del cólera y más recientemente la gripe porcina, ocasión en la que para evitar el contagio masivo, la fiesta se hizo en Iquique, en distintos puntos de la ciudad.

Aunque la fiesta ya no sea igual que antes, sigue cautivando y atrayendo a feligreses y ciudadanos en una tradición que parece ya infinita.

Navidad a la Iquiqueña

Muchos viejos pascueros llegan cada diciembre a un país sin nieve, mientras que en Iquique los hombres de rojo llegan a las casas de los entusiasmados niños en procesiones motorizadas, sudando la gota gorda debajo de las barbas postizas, todo al son de villancicos andinos y bandas de bronce.

Desde al menos cuatro meses antes de la navidad, las vitrinas de la Zona Franca de Iquique ya lucen las novedades que llegan del otro lado del mundo para la celebración, insumos que en diciembre estarán en las fachadas e interiores de las casas de los hijos de la Tierra de Campeones,; campeones para usar demasiada electricidad con las luces y figuras luminosas que encienden cada noche para iluminar la ciudad en una competencia performática sobre que morada es más navideña.

Con un mínimo de una semana antes del 25 de diciembre y días después de la noche buena, Iquique se da un vuelco y cambia su normalidad. Es la celebración tradicional de la navidad en la ciudad, única en el país, en la que vehículos multicolores y temáticos -que generalmente tienen que ver con los dibujos animados de moda de cada año- salen en multitud a recorrer las calles en carros alegóricos preparados por las empresas para que muchos viejos pascueros iquiqueños salgan a repartir los regalos que han pedido los hijos de los funcionarios a papá Noel, o más bien al bolsillo de sus propios papás.

Los carros salen con grandes parlantes acompañados de una caravana de vehículos pintados que lo siguen en la ruta planeada. Mientras recorren Iquique, los diferentes viejos pascueros, gordos y flacos, chicos y altos, con barba genuina o de algodón, lanzan dulces a los niños que salen a las calles a mirarlos y a perseguirlos.

Pero antes, con meses o semanas de anticipación, dependiendo de la magnitud del carro, las empresas deben confeccionarlo y luego notificar a las familias el día en que será la visita. Éstas ya avisadas, se esmeran en preparar un buen recibimiento para la comitiva. Canapés de huevo, papitas, pan de pascua, cola de mono y cerveza, en bandejitas con carpetas decorativas para agradar al Papá Noel pampino y su comitiva. En las casas se reúne además toda la familia de los niños que serán visitados, para fotografiar el encuentro y para compartir esta tradicional actividad junto a los vecinos de avenidas y pasajes, que se aglomerarán en el pórtico e inmediaciones de la casa visitada.

El pascuero se baja mientras en el carro sigue la música a todo chanco, o en el mejor de los casos, la banda de bronce o la banda laquita sigue tocando los villancicos andinos y las canciones de moda para animar la jornada. Todo, a pleno sol y a todo dar. Los niños reciben al viejito, la familia los hace pasar y les sirven de todo un poco. Casa a casa el pascuero se tomará al menos una *chela* por vivienda. Es que hace mucho calor y tienen mínimo hasta la medianoche para repartir más regalitos.

Terminada la repartición, el pascuero se sube, le pasan el micrófono y sigue con sus *jojadas* animando a los observadores que lo han escuchado llegar por el estruendo que ha venido metiendo desde hace varias cuadras. El camión parte y tras él no sólo va la caravana. Son

los niños, algunos ya sin polera de tanto correr y acalorarse, que los siguen, a veces hasta alcanzarlos peligrosamente, agarrando fuertemente su bolsita en la que llevan la recolección del día. Aún así no se cansan y de cuadra en cuadra le gritan al querido hombre de rojo “tira pastillas, pascuero *cagao*”.

Pero no siempre la navidad en Iquique fue así. Hoy se ha convertido en pulso de la economía local, ya que dependiendo de la magnitud de los carros navideños se puede conocer parcialmente cómo anduvieron las cosas ese año. Pero antes, cuando nada pasaba para navidad, o más bien, sólo se celebraba en la intimidad del hogar, fue un grupo de funcionarios de Servicio de Correos y Telegráfos, hoy Correo de Chile, que a finales del cincuenta pensaron que algo había que hacer.

“En El Democrático, a donde iban los niñitos buenos, ahí estaban conversando sobre la cuestión de la navidad y a alguien se le ocurrió, no sé quien... ‘y por qué no sacan pal próximo año un viejito pascuero para que salga a repartir los juguetes a la casa de cada funcionario”, cuestionamiento recordado en el documental “Navidad a la Iquiqueña”, de Cristian Sanhueza.

De ahí hasta hoy. Posteriormente fueron las empresas pesqueras las que expandieron el fenómeno a partir de esta idea, por lo que se ha pensado que fueron ellos quienes iniciaron esta tradición. En los años noventa el apogeo pesquero hizo que los iquiqueños vivieran en las calles grandes navidades, caracterizadas por las competencias por cuál tenía el carro más grande y cuál repartía los regalos más onerosos, entre los que se encontraban desde bicicletas hasta autos de paseo en miniatura a batería. Uno de estos carros fue una ballena

casi tamaño real que recorrió las calles de Iquique para no borrarse de las memorias de los pequeños de esos años.

Pasada la navidad quedan pocos carros circulando por la ciudad, en la que la música como la canción de Burrito Sabanero se ha apagado hasta el año próximo. Pero aún queda algo por hacer. Ha llegado el año nuevo y los vecinos deben quemar el mono, otra tradición que continúa en algunos sectores, donde los niños y adultos confeccionan con prendas viejas una figura humana que a las 12 de la noche quemarán, simbolizando así el año que se va para darle la bienvenida al que ha llegado.

Hoy, aunque para las navidades iquiqueñas no se vean ya carros así y en vez de ser grandes camiones algunos sólo son camionetas fleteras, la tradición se ha mantenido y parece inacabable. Lo que probablemente sí se ha repetido desde los sesentas, es la recepción que las familias le dan al viejo pascuero en sus casas, que a eso de unas cuantas visitas ya dejan a los de rojo algo más sueltos, para al final de la jornada, cuando ya tienen que entregar los últimos regalos y tirar las últimas pastillas, tenerlos hartos entonados, causando gracia más que repudio. Y es que la navidad a la iquiqueña es el resurgimiento del carnaval, es el uso de la calle, es volcar la celebración íntima a la sociedad, es encontrarse.

La llegada de la Zona Franca

Sin duda la excepcionalidad tributaria materializada en la Zona Franca de Iquique es una de las características principales de la ciudad, y no sólo eso: es una de las fuentes de ingreso más importantes de la región, que la hace interactuar con personas y productos de diferentes ciudades y países, de este y otros continentes. Pero, más allá de los beneficios económicos, ¿qué otros cambios ha provocado?

Al finalizar el ciclo salitrero en los años treinta, la región, que para ese entonces reunía territorialmente a Arica a Iquique, perdía una parte fundamental de su estructura, y al mismo tiempo, se alejaba de la importancia que había tenido para el país ya que los ingresos de la industria fueron parte capital de las arcas fiscales del Chile del siglo XIX.

La ciudad se sume en una enorme crisis, acompañada de la llegada de viejos pampinos que deben iniciar una nueva historia en las ciudades.

Según lo estudiado por el sociólogo Bernardo Guerrero, la historia de la Zona Franca en Iquique comienza a escribirse décadas antes de su fundación, acontecida en 1975 tras la aprobación del Decreto con Fuerza de Ley N° 341, en el que Pinochet bajo el Ministerio de Hacienda aprueba que tanto Iquique como Punta Arenas gocen de eximición tributaria.

Es en los años cincuenta cuando se escucha sobre “la idea de los Almacenes Francos, impulsada por los comandos para el progreso, que eran sectores de la sociedad civil que al ver una crisis tan grande en la ciudad, no les quedaba más que pedir al Estado central que instale fábricas, quintaleras, entre otras iniciativas”.

En la década de los sesentas comienza a instalarse la industria pesquera, normalizando la situación económica de la ciudad. Pero es sólo con la instalación de la Zona Franca que los cambios cuantitativos se evidencian superlativamente. Según el trabajo del sociólogo Juan Podestá, “desde el punto de vista demográfico la ciudad conoce un crecimiento explosivo albergando en su seno corrientes migratorias de otras regiones del país y del mundo. Entre 1970 y 1998 Iquique ha crecido por sobre el 200%”. Como continúa Guerrero, en Iquique “el año 73 había 70 mil habitantes, el 80 ya hay casi 120 mil, y hoy hay cerca de 300 mil habitantes”. Iquique casi duplicó su población en una sola década, sin duda, por la llegada de foráneos que buscaron en la ciudad las posibilidades de mejorías económicas, y en el caso de los extranjeros comerciantes, un nuevo, creciente y fértil mercado. Como agrega detallísticamente el profesor Guerrero, “Si miras un plano de la ciudad, en los 60, 70 llegaba sólo hasta Cavancha, de hecho el himno de Iquique dice cantemos desde el Puerto hasta Cavancha”. Hoy la ciudad llega hasta el sector de Bajo Molle, al sur, prometiendo extralimitarse de dicha frontera.

Con la llegada de la Zofri aparecen productos de vanguardia para la época. Desde la caleta Riquelme, el pescador Eduardo Rivera recuerda juguetonamente que su “primer artículo de Zona Franca fue una radio con forma de lata de bebida Pepsi cola marca Hamilton Beach, el 76, y una polera con un corta viento”.

Los primeros productos francos fue posible adquirirlos en incipientes instalaciones cercanas a la caleta Riquelme. Luego ,en el mismo barrio, en la calle Loreto se construyeron los primeros módulos, creciendo posteriormente hacia el norte, a los terrenos que actualmente ocupa la pesquera La Marco chilena, en paralelo a las tiendas de cristal elevadas en la Plaza Condell. Es sólo en la década de los ochenta que se comienza a construir el sector conocido

actualmente como Mall Zofri, el que cuenta hoy con más de tres mil módulos, luciendo un coloso edificio siempre en expansión, donde iquiqueños, turistas y comerciantes, gozan horas enteras paseando y comprando novedades.

Pero Eduardo Rivera no sólo rememora la anécdota de su primera compra: “antes de la Zofri había más deporte, vecindad, unión de barrio”. Con la excepcionalidad tributaria no sólo llegaron nuevos productos, sino que también vino el “exitismo, llegó más gente de afuera, individualismo y egoísmo. La gente empezó a encerrarse en sus casas”. Lo anterior contrasta con una de las características más relevantes de los viejos barrios de Iquique: la confianza entre vecinos, que dejaban puertas y ventanas abiertas, compartiendo así su intimidad, forjando una identidad comunitaria.

“Iquique cambió de pueblo chico de 70 mil habitantes a uno de 120 mil, donde las cercanías y el cara a cara se pierden. Claro, se van distanciando, entonces la ciudad se vuelve más impersonal y más segmentada, de *gueto*, donde la gente ya no se encuentra”, señala Guerrero, y en la misma línea que las conclusiones de Eduardo Rivera, las instancias que hacían coincidir a la sociedad iquiqueña se fueron apagando. “Cuál era el vehículo que permitía que la gente se reuniera en los 60: el deporte, donde jugaban los pobres contra los ricos; y a la escuela y al liceo llegaban los pobres y los ricos. Ahora los ricos van a colegios particulares y juegan entre ellos”.

Más académicamente, Podestá analiza este tipo de consecuencias: “En el aspecto social se genera un nuevo patrón de estratificación, esta vez segmentado territorialmente, y articulado con una alta demanda habitacional y escasos terrenos para equipamiento comunitario. La pobreza adquiere otras características. Fuerte aumento del narcotráfico y

drogadicción; aumento de la delincuencia y la prostitución; problemas medio ambientales; erosión de la identidad cultural; cambios en el patrón habitacional; segmentación educacional; nueva estructura de consumo; el perfil epidemiológico se afecta fuertemente, Entre otros nuevos y emergentes problemas”. Sin duda, Iquique cambió mucho.

“El fenómeno de la Zofri gatilló ese tipo de cosas. Por un lado, a nivel del consumo, simbólicamente uniformó a la gente. Todos tienen vehículos, pero hay autos y autos; entonces es una ciudad segmentada, con muchas inequidades internas y externas, y mucha violencia simbólica”, analiza Guerrero. La Zona Franca trajo calma a los bolsillos locales y a los que venían a serlo desde fuera, pero vino también con la presentación de una posibilidad, creó un imaginario sobre el consumo y el acceso.

“Primero, hubo una materialización del consumo, es decir, la gente tiene la posibilidad de tener un auto y eso va a crear un problema de ordenamiento territorial, ese es un problema hoy en la ciudad, colapsada en términos viales, contaminada absolutamente. Luego, a nivel de los imaginarios populares, está la idea de que se puede acceder a todo, siendo el auto el símbolo más potente”, analiza el académico, siendo posible ratificarlo en cualquier momento, en una simple caminata por la ciudad o por Alto Hospicio donde el número de vehículos es estratosférico y no discrimina clase social.

Otra clave: “hay un sentido de la abundancia y del confort, a veces falso, pero que está en ese tipo de cosas, como el acceso a una modernidad del consumo que ha significado, por ejemplo, en el caso de la fiesta de La Tirana que como todo el mundo tiene auto, todo el mundo va a en auto; en el caso de las salidas al aire libre, todo el mundo acampa con sacos de dormir, *colemans* y ese tipo de cosas; lo jóvenes y la música: todos graban porque los

instrumentos musicales son muy baratos y se arman en sus casa sellos grabadores, o sea ha habido un fenómeno de masificación del consumo”.

Esperando el tsunami

Una ciudad sísmica, en un país igual, en la que al menos una vez a la semana la tierra se mueve. Los iquiqueños han tenido que aprender a vivir con la constante amenaza que históricamente se ha posado sobre esta tierra ante un eventual maremoto, como ya ha pasado antes en la historia sísmica de la región.

2007. Los televisores encendidos en horario *prime*. Las imágenes exponen a todo Chile la ciudad de Iquique en un día normal. Las recreaciones del programa de televisión muestran a diferentes personajes viviendo su cotidianidad, cuando a eso del mediodía al interior de las casas y departamentos las estructuras comienzan a mecerse al son de la energía de la tierra y un ruido natural que retumba acompañando la quebradera de vidrios y objetos. Luego de la sacudida que no tendría nada de anormal salvo la magnitud, la población entra en alerta, verifica que todos los seres queridos estén a salvo y comienzan a salir de sus casas rumbo al cerro, a las áreas seguras ante una emergencia de este tipo. La recreación muestra a una población alterada, pero con claridad sobre el protocolo de acción ante una emergencia como esa.

El panorama es desolador. La ciudad comienza a vaciarse mientras el mar que ha bañado y entregado brisa a los rostros de los iquiqueños, retrocede lentamente, como queriendo arrancar, para luego volver a su lugar y extralimitarse de éste e introducirse en las calles,

sin piedad por casas coloniales y el patrimonio ni por las industrias y el puerto ni menos por las personas.

La recreación del tsunami muestra la calle Playa Blanca con la costanera donde dos grandes edificios son impactados por las descomunales olas que alcanzan una impresionante altura, encumbrándose hasta los pisos finales. Luego, el plano cambia mostrando de costado una corrida de casas del paseo Baquedano, baluarte de la arquitectura y el turismo, a las que la ola llega haciendo reventar y volar los palos de pino oregón antes de sumergirlos en una furiosa corriente que llega hasta el Teatro Municipal, azotado ya por la marejada.

"¿Cuándo se va a producir? Puede ser mañana, puede ser en seis meses, en cinco años o quince años pero no mucho más allá de eso porque no ha habido terremoto entretanto que haya podido eliminar esa deformación", señala uno de los especialistas citados en este reportaje del programa Último Minuto de TVN, refiriéndose a una falla en la placa continental sobre la que están las ciudades y localidades del norte grande y recordando a Iquique una sentencia firmada: un terremoto en las costas y posterior tsunami, como ocurrió ya hace más de cien años, exactamente el 13 de agosto de 1868, cuando frente a las costas de Tacna un megaterremoto sacudió la zona dejando devastación por el actual sur del Perú y el norte de Chile.

Según consigna información de la época, "en Iquique, en cambio, la destrucción causada por el terremoto fue menor, no pasando de deterioros en el interior de las viviendas y escasos en las estructuras. A menos de quince minutos de ocurrido el terremoto, y sin que la población tuviese tiempo para reaccionar, una gigantesca ola de dirección noroeste, de una

altura de entre veinte y treinta pies [de seis a diez metros] arrasó con más de cien construcciones. La inundación ingresó violentamente por la calles de la Puntilla y del Comercio, y en menor medida por la zona sur, causando incluso “remolinos y choques furiosos en el centro mismo de la población”. Los sectores populares, ubicados en El Morro, se verían menos afectados, fundamentalmente porque la isla Serrano sirvió como obstáculo, limitando la fuerza de la embestida”, según cuenta el trabajo del investigador Carlos Donoso, quien agrega que “En total, 153 personas morirían aquella tarde, aunque la cifra pudo ser mayor considerando la numerosa población flotante”.

Asimismo, el 9 de mayo de 1877 se escribe la historia de otro maremoto, el que afectó principalmente a la actual región de Antofagasta, llegando sus repercusiones a Hawai, México y California. Igualmente sale el mar en Iquique esta vez.

Y la historia debería repetirse, quizás no en un contexto de fatalidad como el que enmarcó lo ocurrido en el siglo XVII, cuando otras amenazas llegaron al puerto, como la fiebre amarilla que se llevó a muchos iquiqueños y migrantes en los años posteriores al maremoto de 1868; luego, en 1867 una curiosa tormenta eléctrica azotó las costas del norte causando asombro más que destrucción; y en 1906 la peste bubónica encalló en Iquique.

Volviendo al siglo XXI, una de las repercusiones de la emisión de este programa fue el temor y malestar de autoridades y vecinos de Iquique, quienes señalaron que el material no causaría más que distancia y recelo a los turistas para visitar la ciudad, en contraposición a los objetivos planteados por los realizadores: crear conciencia sobre el peligro inminente de que esto ocurra, igual o similar a la representación televisada.

Pero, ¿será acaso que esa conciencia ya no existe desde hace años? De ocurrir, ¿será de la misma forma como se muestra en ese reportaje? ¿Estarán las autoridades y los iquiqueños preparados y realmente en alerta ante esto?

La ciencia se ha pronunciado sobre la magnitud del esperado sismo. Según publicó un grupo de investigadores en el Journal of Geophysical Research Solid Earth, la catástrofe del norte grande será de entre 8.5 y 8.8 grados Richter, y no 9 como ya se había señalado anteriormente en el mundo científico, lo que como explicó a la prensa el director del Centro de Ingeniería de Mitigación de Catástrofes de la Universidad de Antofagasta, Jorge Ramírez Fernández, es de suma relevancia. "A este nivel de movimientos telúricos un movimiento de magnitud 8.8 representa la mitad de uno de 9. Hay que juntar seis terremotos 8,5 para uno de 9, hay que juntar 3 terremotos 8,7 para hacer la fuerza del 9 y dos 8.8 para sumar un nueve esto quiere decir que un 8,8 es la mitad de fuerza que un nueve en fuerza y en energía", señaló.

Pero si de predicciones se trata, Carlos Graña Sarmiento, funcionario municipal y viejo iquiqueño recuerda que en su infancia ya se hablaba del tsunami y no sólo en la ciudad. El tema de los desastres naturales era constantemente comunicado a partir de personas como Carlos Muñoz Ferrada, astrólogo que decía predecir los eventos sísmicos con una particular metodología. Desde su guarida en Villa Alemana, logró impactar a la sociedad cuando en 1938 señaló que el 24 de enero del año siguiente ocurriría un terremoto. Y así fue en la ciudad de Chillán.

Sea como sea, hoy en los turísticos y rústicos rincones de Iquique se izan carteles con indicaciones sobre las vías de evacuación y direcciones para correr a las zonas seguras, y en los negocios y reparticiones públicas se cuelgan planos en los que se demarcan las calles hasta dónde llegará la esperada ola, el esperado tsunami que desbordará las costas en las que se encuentran incomprensiblemente edificios de instituciones vitales para la coordinación en caso de que esto ocurra, como la ONEMI y la Intendencia de la Región de Tarapacá y en donde se construirá el edificio definitivo de la Municipalidad de Iquique.

Si de preparación se trata, pasada las diez de la noche del 22 de agosto, el Servicio Hidrográfico y Oceanográfico de la Armada, el SHOA, activó las alarmas para la realización de un nuevo simulacro ante un sismo. En él participaron los iquiqueños y los habitantes de las zonas costeras de la región, instancia que fue evaluada positivamente.

En paralelo a la preparación que se ha venido realizando desde los últimos años, los especialistas hablaban y hablan ya superados por el pasar de las décadas, la incredulidad de las personas y el temor de otras, de un ciclo de cien años por el que ya debería haber ocurrido el tsunami, en una tierra donde desde hace ya unos quinquenios se han aplicado simulacros de evacuación. Antes, en los noventa se recomendaba a la población estar preparados con artículos de primera necesidad, cosa de salir y arrancar sin perder tiempo, ¿pero por dónde?

Ya en marzo del 2011, teniendo como antecedente lo ocurrido un año antes en la zona centro sur del país, los mecanismos de emergencia del Estado decretaron alerta preventiva de tsunami cuando Japón sufrió su propio cataclismo. Nada pasó después de eso. Cuando se

suponía que la ola venía a cierta hora y distancia, llegó sólo como pequeñas marejadas, dejando con los crespos hechos a las autoridades que incluso sacaron a los militares a la calle para que la gente no se acercara a la costa, y a los que subieron a Alto Hospicio, comuna de la que se dice, burlonamente, quedará con playa después del tsunami.

¿Qué será de la ciudad después que algo como esto pase? ¿Cómo será sobrevivir a este evento y levantar la ciudad como ocurrió ya hace más de 140 años en la que el mar derrumbó las fundacionales viviendas? De ocurrir este desastre con epicentro en Iquique se perderá no sólo la majestuosidad del paseo Baquedano, la arquitectura de la época peruana, la costanera, la modernidad de la Zofri, desde la que saldrán sus miles de productos disparados para quedar regados por la ciudad, sino que también las casas alzadas en los cerros, sostenidas azarosamente, y los grandes edificios parados en las movedizas dunas. No sólo será el agua sino que la tierra misma la que digan finalmente lo que va a suceder.

De venir algo grande, más de lo que ocurrió el 13 de junio del 2005, cuando el terremoto de 7,9 con epicentro en el interior asustó a la población, fracturó viviendas y botó pueblos enteros, es de esperar que la planificación de las autoridades funcione y que la amenaza constante que cubre la ciudad y la conciencia de los nortinos desde siempre hagan que el evento sea más fácil de sobrellevar.



Vista desde el Muelle de Pasajeros de Iquique a la Caleta Riquelme y Paseo Patricio Lynch.



Réplica de la Esmeralda, ubicada en Paseo Lynch, frente a la Caleta Riquelme.



Estacionamiento del ala de Avenida Progreso del Terminal Agropecuario, ocupado por vendedores independientes.



Fachada del Bar El Democrático.



Parroquianos de distintas generaciones al interior del Bar El Democrático.



Bailarines de diablada afuera de la iglesia de la Virgen del Carmen de La Tirana.



Viejo Pascuero melenudo y parte de la comitiva que reparte regalos en los carros alegóricos.



Instalaciones del Mall Zofri, parte de la Zona Franca de Iquique.

www.zofri.cl



Señalética de vías de evacuación presentes en toda la ciudad. Fotografía de Pablo C. M. (http://www.flickr.com/photos/metropolis_pcm)

Iquique Político

La ciudad favorita del dictador

La historia vivida por Pinochet en Iquique comienza a escribirse en 1946, cuando al ascender al grado de capitán pide su traslado al norte del país. Luego continúa en la década del setenta, cuando antes de convertirse en un actor importante de la historia política del país es jefe de la VI División de Ejército, quedando a cargo de todos los regimientos de la Región de Tarapacá, llegando incluso por las vueltas de la vida a ocupar el cargo de intendente, forjando así un estrecho y mitificado vínculo con Iquique

5 de octubre de 1988. En La Moneda Pinochet va apuradamente a la oficina del subsecretario Alberto Cardemil. Cierra la puerta y se sienta frente a él en su escritorio esperando el resultado. -“Presidente, perdimos el plebiscito”-, le dice Cardemil a un preocupado Pinochet, que inmediatamente responde con una pregunta: “¿y en Iquique?”, a lo que el actual parlamentario RN responde con un inesperado resultado para el dictador: “Perdimos por el mismo margen que en Santiago”, desfigurando el ya por entonces arrugado rostro del dictador.

La historia en común entre el general y la ciudad tiene su origen cuatro décadas atrás, cuando un 22 de marzo de 1946 fue publicado su ascenso al grado de capitán. Antes de esto, Pinochet ya había pedido su destinación a la guarnición de Iquique, al Regimiento N°5 Carampangue, ubicado en el casco antiguo, fundando de esta manera casi un mito

sobre su vínculo y predilección por la Tierra de Campeones, a la que se le ha dado diversas explicaciones.

Camino recorrido. Memorias de un soldado, es el libro en el que Pinochet escribe sus memorias. En el texto titula el apartado que dedica a su primera estadía en la ciudad con el nombre “Uno de los grados más hermosos”, destacando la importancia de esta etapa para su formación, la que está marcada por una serie de eventos inesperados. Así, un día de abril, el joven militar de 31 años parte con sus cosas al puerto de Valparaíso, su ciudad natal, para embarcarse en un largo viaje en el buque Toltén, “que caleteaba en todos los puertos hacia el norte y demoraba ocho días”, eso sí, sin su familia.

Augusto, para entonces, según la biografía oficial del historiador Gonzalo Vial, “es alto, delgado, recto como un huso, físicamente muy bien tenido, pelo negro, leves ondas y peinado hacia atrás, ojos marcados, breve bigote, penetrantes ojos azules”. Así de buenmozo llega a Iquique, que coincidentemente celebra su aniversario los 25 de noviembre, el mismo día de su cumpleaños.

Ya en el puerto con sus cosas y todo listo para partir al norte, Pinochet cuenta que padeció bastante “sin mostrar amargura, cuando tuve que dejar a mi querida esposa aún niña, y a mis dos hijos, pues debimos tomar la resolución de que yo viajara solo a Iquique por ser necesario buscar casa donde instalar a la familia antes de su llegada”, hogar que se demoró meses en encontrar por diversos impases.

Al llegar al puerto de Iquique un día domingo, la primera impresión de Pinochet era que la ciudad “estaba en decadencia, pero no por ello dejaba de ser muy pintoresca”. A pesar de esta condición, Iquique lo recibiría muy bien por al menos dos años.

Tras el desembarco es recibido por sus pares y superiores y llevado a almorzar y pasear por la ciudad. Horas más tarde vuelve al puerto para buscar otra cosa de su equipaje: su caballo Rex, animal con el que excéntricamente pasarían a buscarlo meses más tarde en las madrugadas para que cabalgara desde su casa al regimiento.

Pinochet llega solo a Iquique pero ya tiene tierra sembrada. Su suegro Osvaldo Hiriart había sido parlamentario por las regiones de Tarapacá y Antofagasta desde 1937 hasta un año antes de su arribo, dejando una serie de amistades con las que el militar se encuentra a su llegada. Pero no sólo halla amigos de su suegro: se reencuentra con los propios como el capitán Humberto Aguirre, su compañero en la Escuela de Infantería y “el crespo”, compañero del colegio de Quillota, lo que vuelve mucho más ameno este primer periodo del militar en Iquique.

Ha llegado su primer día en el regimiento. Pinochet Ugarte se presenta ante la máxima autoridad del Carampangue quien lo recibe entregándole un cargo dentro del establecimiento: es designado comandante de la 6° compañía de Fusileros y encargado de la comisión pesca, que antes dejaba déficit en vez de alimentos para los funcionarios, situación que, según sus memorias, él orgullosamente revierte.

Los primeros meses pasan y Pinochet debe salir de Iquique para ir a los pueblos del interior a campañas de entrenamiento. Conoce en estos ejercicios las localidades de Ollague, Pica, Pintados, entre otras, las que recorrerá dos años más tarde pero en otra condición. Ahí se familiariza con la geografía de la zona y las temperaturas nocturnas de la pampa, muy disímiles a las del día.

Terminan estos ejercicios y los instruidos militares vuelven a Iquique a principios de diciembre de 1946. Comienzan al fin a disfrutar la ciudad. “Tuvimos algunos días de descanso, que aprovechamos para ir a la playa, la que sin duda es una de las más hermosas de Chile por su arena blanca, su poca inclinación y las aguas templadas”. Pinochet recuerda que en esas jornadas de relajo se quema el lomo por el sol de Cavancha, padeciendo las consecuencias.

Ya han pasado casi nueve meses y Pinochet sigue solo en el norte por lo que busca distracciones. Cuenta que “los días domingo en la mañana salíamos a cabalgar por la playa y nos reuníamos en una casa pequeña que denominábamos ‘Club Paperchase’, donde nos vendían empanadas y algún aperitivo. Allí se reunían oficiales de diferentes instituciones para charlas con civiles que también asistían a esa hora de cóctel”.

Después de todo este tiempo ya está ambientándose a la ciudad, donde el 4 de diciembre del 46 los militares custodian el proceso electoral por el que Gabriel González Videla es elegido presidente, hecho que marcaría la experiencia represiva de Augusto Pinochet dos años más tarde. Pero mientras, todavía en el 46, el militar extraña a su familia, “lo que me impulsaba a buscar intensamente casa para tenerlos cuanto antes junto a mí”, por ello vuelve a Santiago a buscarlos para ubicarlos en una morada que le sería entregada en enero por un colega trasladado al sur. Toma el ferrocarril longitudinal, conocido popularmente como “El Longuino” y en tres días ya está en la capital abrazando a Lucía y su prole.

“Preparamos nuestros enseres de la casa para llevarlos al norte. Con cuidado encajonamos nuestras cristalería y la loza, la ropa la pusimos en baúles y embalamos los muebles y los despachamos en un camión al puerto de Valparaíso”, cuenta. Ya a mediados de enero los

Pinochet Hiriart se encuentran listos para partir al norte. Llegan a la pintoresca ciudad del general, pero el panorama no es tan bueno como pensaban: la casa aún no está desocupada. Buscan sin resultado hostales donde quedarse, pero no son recibidos por venir con dos inquietos niños. Deben entonces aceptar la recepción de un Mayor que les ofrece su casa. Están ahí ocho días hasta que Lucía encuentra un arriendo en el barrio La Puntilla. Las cosas no cambian mucho. En el lugar los ruidos de los generadores eléctricos no los dejan dormir por cerca de un mes. Finalmente en febrero habitan la vivienda definitiva, entregada por el militar saliente.

Pinochet retoma sus labores en el Regimiento Carampangue, pero quiere seguir ascendiendo, por lo que se pone a estudiar para el examen de la Academia de Guerra para optar al grado de Oficial de Estado Mayor. Para marzo del 47 Pinochet estudia desde las 19:00 horas a la medianoche para rendir esta prueba, lo que le provoca problemas de salud, ya que además le encargan nuevas misiones: su superior “en el mes de marzo me ordenó tomar el mando de la Octava Compañía de Ametralladoras y, además, dejó a mi cargo la responsabilidad de varias comisiones administrativas”, entre ellas el casino de oficiales.

La vida transcurre en un Iquique con problemas de abastecimiento donde ya la bonanza económica salitrera parece cosa del pasado. Los militares tienen asegurado, eso sí, su derecho a pan y otros alimentos ya que para Pinochet “buen cuidado tenían los comunistas en evitar cualquier problema que los llevara a enfrentarse con el Ejército, o con las otras instituciones militares o de policía”. En este escenario, Lucía, que espera su tercer hijo, debe ingeniárselas para obtener algunas cosas, haciendo truco con amigas para conseguir huevos de criadero. La situación al parecer es incómoda para ella ya que al enterarse de que su marido es aceptado para dar el examen, la esposa vende todos los muebles de la casa,

como queriendo urgentemente no volver a Iquique, ciudad fatigosa para una mujer acostumbrada a la buena vida.

El militar rinde la prueba, le va bien pero no queda entre los de primera antigüedad del grupo. Antes de comenzar el curso debe volver al norte, encontrándolo en Iquique el 23 de octubre de 1947, fecha en la que se decreta Zona de Emergencia. Luego de recoger y apresar comunistas y montar un campamento de relegación, en enero es nombrado Jefe de Fuerzas Militares en Pisagua, donde comienza a escribirse su prontuario represivo.

Pinochet se aleja de Iquique más de veinte años, cuando en 1969 es ascendido al grado de General de Brigada. “Iba a mandar la VI División de Ejército de la provincia de Tarapacá. Como aún yo no era General de Brigada, mi mando inicial era en calidad de interino, por ser aún Coronel”. El 23 de enero del 69 Pinochet viaja por tierra a reencontrarse con Iquique junto a su hijo Marco Antonio, en ese año Oficial de Ejército, ya no un niño enfermizo como cuando llegó a la ciudad en los cuarenta.

Pinochet al volver ya tiene en su cuerpo muchas más experiencias y es un personaje de peso en la institución. Llega a la ciudad sin alumbrar su cargo asignado y recorre los regimientos tanto en Iquique como en Arica para conocer sus principales problemas a resolver durante su gestión. Desde el 28 de enero del 69 es amo y señor del Ejército en el norte, frontera con Perú y Bolivia, y por ello, posiciones estratégicas en las que siempre tuvo el ojo. En esta etapa, según el libro *Pinochet. Epitafio para un tirano* del periodista Pablo Azócar, el militar “supo que era la oportunidad que estaba esperando: desde joven había tenido la idea de escribir sobre algunos episodios de ese conflicto (La Guerra del Pacífico). En 1972 por fin publicó *La Guerra del Pacífico: campaña de Tarapacá.*” En su

compilado de crónicas, Azócar concita la experiencia de oficiales que se encontraban a su mando. Uno de ellos aseguró que el militar no escribió la obra: “Pinochet tenía a su cargo a toda la oficialidad de Iquique, entre los que me incluía yo. Nos pidió a varios de nosotros que hiciéramos una investigación. La hicimos y la entregamos. Pinochet la ordenó, le puso su nombre y se la pasó al Departamento de Publicaciones del Ejército para que la editara. Esto lo saben todos los oficiales que entonces estaban en Iquique”, pero, ¿quién iba a decirle algo?.

Al igual que en los cuarenta, Pinochet va a buscar a Lucía Hiriart y viajan al norte en barco hasta Arica para llegar así a un destino ya conocido pero en otras condiciones. Iquique está más grande, la ciudad es otra y ellos también. Poseen otro status, nivel de ingresos y sus hijos ya están grandes, algunos independientes.

Durante esta segunda estadía estuvo a cargo de organizar a las fuerzas militares que estarían a cargo de tutelar las elecciones parlamentarias del 69. Asimismo, fue suplente en la Intendencia de Tarapacá desde el 2 de abril a octubre de 1969, periodo en el que “pude adquirir un cabal conocimiento de la provincia en sus aspectos sociales, económicos y políticos”. Esto porque le tocó frenar huelgas estudiantiles, resolver problemas habitacionales y negociar con sindicatos, además de codearse con personalidades de la ciudad, entre ellos Jorge “choro” Soria, “marxista disfrazado de socialista”, según Pinochet.

Luego de esta importante experiencia, Pinochet vuelve a los cuarteles y es confirmado en su cargo para el año siguiente. Comienza con vacaciones por tierras peruanas. Es recibido por delegaciones militares del país vecino y recorre la zona Arequipa, Cusco y Machu Picchu. En julio del 70 es nombrado nuevamente Jefe de Fuerza de la Provincia para las

elecciones, este caso, las presidenciales. Luego de la ratificación de Allende en la presidencia se muestra preocupado ante la situación que enfrentará el país gobernado por el marxismo. Esa misma jornada llamó a los oficiales de la Jefatura a su oficina y les dijo “Estoy al final de mi carrera. El problema de salvar a Chile quedará en vuestras manos. Que Dios ayude el destino de nuestra Patria”. Pero no sería así: le quedarían muchos años más como militar y actor de la historia del país, cuando llamado por el General Carlos Prat a Santiago es informado de su ascenso al grado de General de División, volviendo definitivamente a la capital en 1971, iniciando lo que llamó “el periodo político militar de su vida”.

Entonces Iquique fue para Pinochet tierra nutrida de experiencias. Es la ciudad en la que según el historiador Gonzalo Vial, adquiere “el interés por escribir que, como el de leer, le acompañaría hasta la ancianidad”, y en la que, según Pepino Rivera, iquiqueño de toda la vida y pescador de la caleta Riquelme, Pinochet “no sólo hizo su carrera militar sino que también hizo su vida social sin distinciones”, éstas últimas económicas, por las diferencias entre él y su esposa, la que comentó que cuando lo vio por primera vez “le había encontrado cara de pobre. Y era verdad. Ya pololiando con él, Augusto me confesó que ese día andaba sin un cinco”, según recoge Azócar en su libro.

Siguiendo esta línea, como comenta el sociólogo y académico Bernardo Guerrero, Iquique era por entonces “una ciudad pequeña que tenía solamente 60 mil habitantes. El general rápidamente se inserta en la vida social. Una prueba de ello, es que una población de la ciudad llevó su nombre, al igual que un club deportivo. La derecha local no tarda en ofrecerle hospitalidad. No es exagerado afirmar, que el general, en la ciudad donde nació el

movimiento obrero, se haya hecho anti-comunista. Su amistad con descendientes españoles como Tomás Tuset, entre otros, todos franquistas, permiten elaborar esa hipótesis”.

Asimismo, la militaridad en el norte es un elemento más de la cultura, los regimientos y militares son abundantes en la zona fronteriza. Y aunque a “algunos no les gusten las instituciones, al iquiqueño igual le gustan los desfiles y las bandas de guerra, no hay caso”, comenta Guillermo Ross Murray.

Pinochet es entonces validado, aceptado y reconocido, como en enero de 1971, cuando el alcalde interino lo declara ciudadano ilustre por el rol cumplido en la intendencia.

Sea como sea, Iquique, ciudad fronteriza, ha estado acostumbrada desde siempre a la convivencia con la vida militar, pero esta relación con Pinochet es sin duda especial y un constante recuerdo que aparece, por ejemplo, al caminar por fuera del Regimiento Granaderos o pasar por fuera de la casa de Pinochet en Cavanca.

Pisagua: Escuela de represión del dictador

En 1948 un capitán es delegado Jefe de Fuerzas Militares en el centro de reclusión de Pisagua tras la aplicación de la Ley Maldita. Ahí adquiere experiencias represoras que repetirá en el mismo periodo y años más tarde, en este y otros puntos del país. El personaje no es otro que Augusto Pinochet Ugarte.

La historia es paradójica, la memoria olvidadiza y muchas veces ignorante. Está llena de episodios que supuestamente no deberían repetirse, pero que no se detienen, sino que por el contrario: se asoman nuevamente, de otras formas, bajo otros contextos.

En 1946 un joven capitán llamado Augusto Pinochet es trasladado a Iquique, mismo año en el que es elegido el segundo presidente Radical. Estando él en la ciudad, un 23 de octubre de 1947, se decreta Zona de Emergencia por las potestades entregadas por la Ley de Facultades Extraordinarias de Gabriel González Videla, la ley maldita.

No es un día normal. A las 21:00 horas, el militar no se ha ido aún a casa, sino que se presenta junto a otros funcionarios de alto mando ante el comandante del Regimiento Carampangue. El superior quiere saber el estado de los grupos de operación y entregar unas instrucciones: hay una misión por cumplir. Transcurren las horas, se extienden las órdenes, se organizan las cosas, se pasa lista y se elijen a los subalternos que saldrán esta noche. A las tres de la mañana ya está todo listo. Botas puestas, fusiles en mano y equipaje y enseres

para lo que viene. Media hora más tarde caravanas motorizadas parten en dirección al cerro para subir en grupos a las oficinas salitreras todavía existentes y a los pueblos del interior a cazar comunistas y disidentes políticos. Estos últimos ya están identificados desde hace tiempo. La Policía de Investigaciones les ha proporcionado una nómina de los personajes a capturar.

Los camiones con hombres con tenidas verdes y mimetizadas ya van en camino, dejando abajo eso sí a quienes tienen parientes o conocidos en los puntos por donde marcará sus ruedas la comitiva.

Pasadas ya varias décadas, el militar recuerda en sus memorias este hecho: “Hoy, cuando han pasado tantos años de aquel acontecimiento, puedo apreciar con la rapidez que cambió el rumbo que llevaba la República. Fue una noche que actualmente la ciudadanía debería recordar como una fecha significativa para Chile”. Sí, una fecha, o más bien, un antecedente que se debiese conocer como parte del prontuario de experiencias de alguien que años después encabezaría una dictadura.

La misión avanza al mismo tiempo en que baja la temperatura de la pampa hasta los bajo cero. Pinochet pasa con su Unidad de Infantería por Humberstone, Huara, Negreiros y Zapiga deteniendo comunistas, los “que nosotros bien conocíamos (...). Yo recordaba cómo en numerosas ocasiones muchos de estos individuos habían demostrado su prepotencia ante el Ejército”.

En medio de la noche irrumpen en viviendas tomando a los hombres, despertando mujeres y niños, tachando de la nómina a los ya capturados. La operación se hace veloz y los camiones se llenan muy rápidamente, por lo que muchos de los presos, “los más dóciles”,

son dejados en las comisarías de sus localidades, retenidos para ser recogidos y llevados a la meta.

Muchos de los presos tienen miedo, la incertidumbre siempre atemoriza y la violencia también. Pinochet recuerda nuevamente: “muchos de esos mismos agitadores prepotentes, violentos y groseros, que se dedicaban a sembrar el odio entre los chilenos, en esos instantes eran otros, pues no decían palabra, estaban asustadísimos y algunos hubo que calmarlos”.

Pasada esta etapa, los captores y los capturados se enfrentan a las luces del día que se asoman y cambian el color de la noche desde los cerros. Ya está amaneciendo y aún la temperatura es bajísima y lo será hasta al menos las ocho de la mañana. La caravana llega a Pisagua, pero esto pudo no haber pasado con Pinochet en esta primera recogida. Pocos días antes éste se encontraba en Santiago dando su examen para el ascenso en la Academia de Guerra. Debía volver al norte en barco, el que estuvo a punto de perder. “Había tomado un pasaje fiscal, que me dieron por venir a Santiago, en un buque que salía un viernes en la tarde. El día jueves se me ocurrió pasar a confirmar la hora de salida de éste y cuál no sería mi sorpresa cuando me dijeron que el buque salía ese día a las 17:00 horas y eran las 12:30. Es decir, tenía cuatro horas para preparar las maletas, viajar a Valparaíso y embarcarme, lo cual era prácticamente imposible. Sin embargo, en un paradero cerca de la casa traté con un taxista para que me llevara a Valparaíso, lo que aceptó de inmediato a un valor razonable. Me despedí de mi mujer y de mis hijos y tomé el automóvil. Cuando llegamos en el vehículo al puerto eran las 18:30 horas. Desde lo alto de los cerros vi con estupor, rabia e impotencia que el barco iba saliendo del puerto en dirección al norte”.

Pero no se rindió. Le pidió a un cuñado que lo llevara a Quintero, donde un avión partiría al norte. En el camino el auto se quedó en *panne*, se le reventó un neumático, pero llegó igual a embarcarlo. Logró encontrarse con el navío en Coquimbo, llegando a Iquique luego de días de viaje hasta ser llamado a la operación de persecución política del gobierno Radical.

Pudo nuevamente no ser él. Un adolescente y porrón Pinochet estudiaba en Valparaíso reprobando sus cursos, repitiendo años de enseñanza. En plena dictadura de Ibáñez, el muchacho se interesa por la milicia, apoyado principalmente por su madre, otra de las mujeres copiloto en la vida del dictador. En 1931 postula a la Escuela y no es aceptado por su rendimiento académico, lo que él justifica por su “poca edad”. Pinochet insiste al año siguiente, quedando fuera por sus condiciones físicas, pero es tozudo y la tercera es la vencida: en 1933 integra las filas iniciando este “camino recorrido”.

Esa mañana al llegar a Pisagua Pinochet se impresiona de la moribunda condición del pueblo, extrañándole fuertemente que muchas de las casas coloniales que están erguidas desde el periodo peruano sólo tienen sus fachadas y el resto de la estructura demolida, lo que según él hacía parecer que el lugar era un set de película, una de la trilogía que se ha realizado en materia represiva en el puerto, ubicado a 161 kilómetros de Iquique, por sus impecables condiciones de cárcel natural: mar y farellones que hacen imposible la escapatoria.

En este escenario y “como todo se había desarrollado muy rápidamente, el lugar no estaba preparado para recibir a más de 500 personas. Fue necesario entonces instalar un campamento para relegados y luego estudiar cómo darles apoyo logístico para que vivieran

allí”. Esa jornada, según cuenta Pinochet en sus memorias, en tres días edifican la génesis del campamento para ubicar a los comunistas que llegaron y los que llegarían.

Y llegaron desde diversos puntos, entre ellos los que viajaron “en una barcaza que venía desde Talcahuano recogiendo presos desde Concepción al norte, en todos los puertos, Los Vilos, Coquimbo, Caldera, Taltal y Antofagasta (...), éramos aproximadamente 500 personas, fuimos los primeros en llegar a esa campo de concentración”, como recuerda un detenido en Chuquicamata. Al igual que Pinochet, el preso señala que el lugar “parecía un puerto fantasma, no había nadie en las calles, después supimos que a los habitantes les habían recomendado que no salieran de sus casas, los atemorizaron diciéndoles que no se juntaran con nosotros porque éramos elementos peligrosos”.

La primera noche fue difícil. “Los soldados nos tiraron una frazada a cada uno y se nos hizo dormir hacinados en diferentes casas deshabitadas”. A los pocos días los primeros prisioneros sufrían infecciones y plagas como piojos, en un lugar donde antes para los cerca de noventa residentes ya escaseaba el agua para beber y asearse.

Luego de cortos pero intensos –y seguramente agresivos- tres días, Pinochet vuelve a Iquique para en el mes de enero ser nombrado Jefe de Fuerzas Militares en Pisagua, lo que le “había causado cierto sinsabor, porque yo estaba aceptado por la Academia de Guerra y listo para viajar a Santiago a reunirme con mi esposa, que esperaba nuestro tercer hijo”, pero las decisiones de los superiores son ordenes por cumplir. Pinochet llega a Pisagua nuevamente, esta vez, con 60 hombres y dos oficiales más, los que ubica en el antiguo hospital del lugar, utilizándolo como cuartel y enfermería.

“El puerto presentaba una fisonomía diferente de la que había conocido cuando se trasladó a los relegados. Me encontré con barracas, comedores, cocinas y baños. Además muchos relegados habían arreglado las casas y vivían allí con la esposa, si ésta había aceptado acompañarlos”. Así se configuró una ciudadela, la que Pinochet no tardó en denominar como “una verdadera universidad marxista leninista”, donde sorprendió a “líderes comunistas desarrollando verdaderas cátedras de marxismo”. Pinochet temía que con ese “adoctrinamiento y una intensa dedicación iban a quedar en óptimas condiciones para futuras acciones en los centros laborales”, por lo que avisó de esta situación a sus funcionario para que retiraran toda la literatura “marxista que se encontrara en poder de los relegados (...) para evitar que continuara esa academia”.

Como bien relata Pinochet, los presos se reunían para compartir enseñanzas mutuas y pasar el tiempo para sobrellevar las malas condiciones en las que vivían hombres, mujeres y niños en el viejo puerto. Como continúa el detenido, “organizamos conjuntos culturales que estuvo a cargo de Carlos Jorquera (...). Semana a semana nos presentaba obras de carácter instructivo y también de acuerdo con el momento en que vivíamos y con esto empezamos a interesar a la población de Pisagua que comenzó a participar”.

A pesar de esos buenos momentos, las condiciones generales eran realmente adversas. Según lo relatado en una carta a la directiva del Movimiento pro Emancipación de las Mujeres de Chile por parte de algunas mujeres relegadas con sus maridos, pasado unos meses ya habían más de 130 niños viviendo en el campamento, y que en algunos periodos “el comando militar suspendió el racionamiento de leche”. El contexto era inhumano para todos por lo que en septiembre y noviembre del 48 llegaron a sostener huelgas de hambre para presionar, para, como señalan en un comunicado, “defender la poca vida que nos

queda y terminar con la tortura diaria a que nos someten nuestros verdugos”, entre la que se encontraba el racionamiento del agua para beber.

Desde las ciudades, el Comité de Esposas y Familiares de Relegados juntaba víveres para el campamento y publicaba comunicados para informar a la comunidad sobre los horrores de Pisagua. Respecto a la comida, relatan que “la ración diaria, además de escasa, consiste en alimentos mal cocinados: carne podrida, fideos agrios con polilla, porotos duros incocinables. Ni los cerdos podrían comer tal inmundicia”.

Pero volvamos a Pinochet y otro guiño al pasado de ese presente de 1948. Entre los reclusos el militar encuentra, o más bien, se reencuentra con personajes conocidos. Uno de ellos es el ex alcalde de Calama, Ernesto Meza Jeria, quien en 1946 lo asistiera en una difícil situación en las cercanías de Ojos de San Pedro, destino de un ejercicio de guerra en el desierto, ayudándolo a él y a sus hombres con comida y alojamiento. La columna con la que viajaba Pinochet “tuvo una noche desperfectos en dos camiones lo que nos obligó a pernoctar en Calama. Sólo podíamos alojar en la guardia del regimiento, pues el resto de las instalaciones estaba cerrado debido a las maniobras y no teníamos nada que comer, y era la una y media de la mañana, con frío de dos grados bajo cero”. Pinochet no podía tener en esas condiciones a su gente. Tuvo la fortuna de encontrarse con Meza Jeria, quien le ofreció hospedaje y alimentación, recursos que al tratar de ser pagados por Pinochet, fueron señalados como cortesía de la ciudad, en la que le dijeron que él era “un líder comunista y le gustaba atender a los militares”.

El escenario del reencuentro es extraño, pero Pinochet, en sus códigos, le devuelve la mano al ex alcalde comunista. “Al encontrarme con él en una situación totalmente diferente, lo

saludé y le ofrecí algunas comodidades para su vida diaria dentro de los escasos medios que existían en esos momentos en el puerto, lo que aceptó gustoso y quedó permanentemente como comensal del casino de oficiales, con la condición de no hablar de política”, según su versión.

Pero no sólo se encuentra con él. Otro personaje de la cotidianidad de Pinochet en Iquique era el sastre Pinto, quien tenía su local en las cercanías de la Plaza Prat, del que Augusto sabía que “en 1946 ya se había escuchado muchos comentarios (...) como el hecho de que a mediados de 1945 había desaparecido de la ciudad por el lapso de un año sin que nadie supiera de él. Se comentaba que durante ese periodo había estado realizando un curso de instrucción de guerrillas y perfeccionamiento de doctrinas comunistas en algún lugar de la República Argentina”. Pinto fue invitado a esa mesa del casino de oficiales, igual que el ex intendente de Tarapacá, Ángel Veas, quien le salvaría el pellejo a Pinochet un día cualquiera.

El militar está recorriendo el casino de prisioneros a la hora del almuerzo cuando al unísono los presos botan la comida al piso y comienzan a golpear la mesa con los cubiertos, “lo que me obligó a ordenar ‘Alto’ y llamar duramente la atención de los relegados”. Pinochet, asombrado, va a la cocina a probar el rancho para ver si es justificada la protesta, cuando es sigilosamente rodeado por los presos en un acto de ataque directo. El Jefe de Fuerzas Militares no tiene escapatoria y utilizar el arma que lleva en su cinto sólo apresuraría el desenlace. Sus subalternos no se encuentran para ayudarlo ya que están a “más de 200 metros, y, por su ubicación, no existía ningún enlace visual debido a que había una pequeña hondonada en el terreno”.

En ese complicado momento Pinochet se pasa una gran película, mal que mal, según él Pisagua parecía un gran set cinematográfico: “en mi mente vi como una posibilidad saltar sobre la cocina y llamar a la tropa, pero estaba tan rodeado que todo ello era muy difícil o más aún, imposible”. En medio de este tenso momento es la ex máxima autoridad regional quien salva la situación. Pinochet señala que Ángel Veas ex intendente –cargo que Pinochet ocuparía después en los setenta de manera provisoria- “actuando en forma rápida, increpó a la multitud con palabras bastante duras y les ordenó que se fueran a ocupar sus respectivos puestos en el comedor”. Según él, las palabras de Veas calmaron a los exaltados agresores, quienes, “todos sin excepción, obedecieron”.

Para Veas, ex Intendente nombrado por el mismo González Videla, a pesar de las mejores condiciones ofrecidas supuestamente por Pinochet, el deceso fue inevitable. Como relatan publicaciones de los presos, “permaneció doce horas sin atención médica hasta que falleció”. Igual suerte vivieron otros tres prisioneros: Félix Morales, trabajador e intelectual de la prensa obrera, Isaías Guerrero, ex gobernador de Coronel, y José Bello Oliva, a quien “los médicos diagnosticaron la misma enfermedad que afectaba a los encarcelados de los campos de concentración hitlerianos” y que falleció en Rancagua tras haber sido trasladado moribundo a esa zona. Y no sólo ellos. La nota informa el fallecimiento por desnutrición de algunos niños.

Desde lo ocurrido en el casino Pinochet no concita que haya sucedido algo así nuevamente, sino que los acontecimientos a los que este se oponían en cuanto a la normalidad del campamento pasaban silenciosa pero sistemáticamente en el campo de relegados. Encuentros y clases eran imposibles de detener “pues los comunistas cambiaban muy ágilmente los lugares de reunión, reducían los grupos, simulaban juegos y recurrían a mil

otras artimañas para eludir el control o burlar cualquier medida”. Las cosas se le iban de las manos de Augusto.

Al escribir sus memorias, Pinochet recurre a sus anotaciones de la época, las que dan sentido a un libro (sólo el primer tomo) de 304 páginas de recuerdos y versiones que cuentan sólo la propia, las que esconden lo acontecido al otro, el capítulo de la contraparte.

Es en este escenario donde Pinochet se encuentra en la historia de Chile –quizás por primera vez- con Salvador Allende, quien integraba un grupo de parlamentarios que querían conocer la situación de los presos en Pisagua. “Estos señores, sin previo aviso, aparecieron en el retén de Alto Hospicio” –ubicado esto a la entrada del puerto -, “donde fueron retenidos por los Carabineros”, lugar donde “se suscitó una seria discusión entre el personal policial y los señores congresales, entre los que venía el señor Salvador Allende”. Pinochet, como oficial más antiguo, da la orden de que no hay permiso para que pasen. “Como insistieron en que pasarían, aun sin permiso, les hice informar que, si hacían tal cosa, se atuvieran a las consecuencias”. El dictador se extraña que años más tarde “Nunca Allende aludió a este hecho. Tal vez lo atribuía al otro General Pinochet”. ¿Habría sido que Allende no vinculó esta historia al perfil de Pinochet para cuando lo nombra Comandante en Jefe del Ejército? Sea como sea, esta es una de las paradojas de la historia. El militar, ya en condición de poder, 1973 vuelve a habilitar Pisagua como campo de prisioneros.

Pinochet regresa a Santiago para comenzar su curso en la Academia de Guerra. Un día libre, en una salida al Sporting Club con su esposa y Osvaldo Hiriart, se encuentran con Gabriel González Videla, amigo de su suegro, quien le preguntó al ex ministro de dónde venía su nuero. “Al contestarle que desde Iquique y que había llegado hacía poco por haber

estado a cargo de la tropa que vigilaba a los `comunistas´ relegados en este lugar, el Presidente le hizo repetir mi nombre y posteriormente todos nos despedimos”.

Cuatro días después sus superiores le ordenan partir al Regimiento de Infantería N 9 de Chillán, “a una misión a las minas de carbón de Schwager”, lo que Lucía acepta a regañadientes. Con su hija recién nacida y sus otros dos niños parten al sur, postergando así sus estudios con la promesa de retomarlos al año siguiente. El proto dictador de ese entonces es nombrado “delegado del Jefe de la zona en estado de emergencia en la ciudad de Coronel”, quedando como representante del Comandante en Jefe de la III División. Pasó cerca de un año en el lugar rompiendo huelgas y deteniendo la repartición de propaganda marxista, entre otros quehaceres, hasta que volvió a terminar su famoso curso y continuar preparándose para ser lo que llegó a constituir, en una trayectoria que tiene muchos pasajes desconocidos, hitos clave en la historia del dictador.

Mientras, para Pisagua, la historia se volvería a repetir antes de 1973. Fue entre 1952 y 1958 durante el segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, que el viejo puerto, ya cargado de penurias, fue de nuevo campo de concentración por tres meses, exactamente en 1957, periodo en el que recibió a personajes como Luis Corvalán y Volodia Teitelboin. Este último inmortalizará esas experiencias en el libro “Pisagua, semilla en la arena”.

Pisagua luce hoy igual que ese día en que llegaron los prisioneros en 1947: desolada y casi desierta. Su arquitectura es la misma, donde sólo quedan las fachadas coloniales en la calle principal. Hoy los habitantes del puerto subsisten gracias a la recolección de pelillo, alga que exportan a Asia a muy buen precio, pero siguen siendo pocos los que viven en tan aislado lugar.

Los dos mundos de Freddy Taberna

Niño de mar y hombre político, mariscador y académico; en la vida del ejecutado político más emblemático de la ciudad se conjugaron mundos distintos, experiencia lo que lo llevó a ser un iquiqueño de los amigos, autoridad gubernamental en su tiempo y figura reconocida y recordada hasta nuestros días.

A las cuatro y media de la tarde del 20 de enero de 1943, nace en el barrio El Morro de Iquique, el mismo personaje que décadas más tarde legaría su nombre a la calle donde se ubica la casa en la que se crío: Freddy Marcelo Taberna Gallegos, *Pete* para los amigos.

Noemí –Nena- Gallegos Gallegos, su madre lo pare esa tarde de verano sin ser acompañada por el padre biológico, ni el niño reconocido por él. Es su posterior esposo, Eduardo Taberna, quien le hereda el apellido al menor que creció en la calle Bellavista, casa 114, junto a sus tíos y su abuela Justina Gallegos Gallegos, quien años atrás había pasado por la misma historia que su hija, cuando Mateo Rosic, conocido como “el yugoslavo errante”, tampoco reconoció a Óscar, Eduardo, José, Vicente, Maximiliano ni a Nena.

El niño se cría con su abuela Justina y sus tíos paternos en una humilde vivienda, mientras que su madre y sus tres hermanos Marjorie, María Inés y Héctor Mateo, también conocido como “pichón”, vivían junto a Eduardo y Nena. Como señala Lautaro Núñez en su libro *Freddy Taberna Gallegos: Desde El Morro a la leyenda iquiqueña*, pronto se suelta de la mano de su abuela Justina “y ya desde los siete años anda tras la *nombrá* del día,

preguntando por todo el barrio, buscando a alguien, siempre con un párpado medio caído y la sonrisa juguetona, dejando una peligrosa sensación de paz, algo así como un niño quieto que rápidamente se desvirtuaba por uno de los vozarrones más retumbadores entre todos los *pirihuiques* del Morro”; pero para eso faltarían muchos años.

Antes, la niñez de Freddy está enmarcada en uno de los barrios más antiguos de la ciudad, delimitado por la cercana playa Bellavista y el centro cívico, representado por la hermosa Plaza Prat. En medio de este Iquique de los cincuenta, Freddy camina hasta la Escuela N°3, “una de las más bravas”, donde fue inscrito para estudiar junto a los hijos de pescadores como él, quienes compartían su infancia con el estudio y el trabajo, entre ellos, el de vender los mariscos recolectados, “agarrar el saco y con todas esas <cosechas> salir pregonando a grito pelado por las calles, tirando la cabeza hacia atrás a raíz de esa mata porfiada de pelo delgadísimo que se le venía encima por delante con sus primeros gestos de rebeldía”.

Pero no sólo de labores estaba compuesta la vida del por entonces Freddy Gallegos. Como buen iquiqueño se desenvolvía en más de una rama deportiva, como recuerda un viejo amigo de la ciudad, Haroldo Quinteros, con quien se volvería a encontrar más adelante. “Freddy era conocido como buen futbolista y buen nadador. Incluso salvó personas en el mar. En el fútbol, como Iquique era chico, jugó en varios equipos”. Otro espacio de la vida del Pete, el “cabeza de mango *chupao*”, era el Baile Moreno, institución en la que promesaba y bailaba cada julio en el pueblo de La Tirana.

Años más tarde, el pequeño Freddy se transforma en un esbelto adolescente de aspecto “agringado” que llega hasta las dependencias del Liceo de Hombres, ubicado en la calle

Baquadano, para estudiar en las mismas salas por donde pasaron personajes ilustres como Jorge “Choro” Soria y Salvador Allende.

Es en esos años de juventud e infancia donde empieza a emerger futuro líder que sería desde su etapa universitaria, cuando por ejemplo, dirige el Club Deportivo Unión El Morro. Es también en esta época donde forja su personalidad, cargada según Lautaro Núñez, de una “desconcertante seguridad en sí mismo, capaz de vender, gritar y reírse a la vez”, sin importarle, por ejemplo, que su padre, que él conocía a lo lejos, lo viera haciendo trabajos para ganarse unos pesitos, o más bien, ganarse la vida, sin extenderle reconocimiento alguno.

Como señala su amigo de la etapa universitaria, Ariel Dorfman -quien el año 2002 realiza un viaje al norte de Chile, para, entre otras cosas, encontrarse con la vida de Freddy-, si desde esta etapa “no hubiera sentido la necesidad (...) de leer todos los libros que pudiera agenciarse”, “habría sufrido el destino, como la mayoría de los niños pobres que lo rodeaban en las calles de Iquique, de pasarse la vida sacando *mariscos* del mar”, labor que igualmente, a pesar de las mejorías en las condiciones de su vida, nunca dejó de hacer.

Freddy entonces comienza a manifestarse como un ser multifacético, capaz de moverse en dos mundos diferentes, y para algunos opuestos. Estos dos mundos de Freddy son destacados tanto por Dorfman como por Núñez, señalando el último de ellos que “este joven alto y de aspecto más bien exótico, de ancestros iquiqueño – peruano- croata, iba desplazándose entre los dos mitos que constituían su esencia, entre Hércules y Wiracocha, tironeándose ambos dentro de su propio ser”.

“Esos eran los mundos que siempre lo acompañaban: por un lado, el ámbito pendenciero de las luchas callejeras y los improperios y no el saber de dónde vendría la comida al día siguiente; y, por el otro, el reino elevado del intelecto y la revolución. Dos mundos que Freddy nunca tuvo problemas en reconciliar, o, por lo menos, yuxtaponer, desde que era niño”, agrega Dorfman.

Terminado el Bachillerato en 1960 fue parte de los casi sesenta estudiantes que rindieron el examen de selección para la universidad. Freddy Taberna Gallegos, “estas eran las palabras que él buscaba en la lista publicada en ese verano del año 1961, con el corazón apretado como en un buceo fondo hacia su futuro más pleno. Leía y leía rápidamente los nombres de los veintitrés de la fama, uno por uno”, hasta que “¡allí al final apareció el número 23 con Taberna Gallegos, Freddy!, el joven más desproveído de sustento pero el más lleno de fuerzas por la vida”, como relata Núñez. Por lo mismo, por este último factor, fue que los mismos vecinos de El Morro reunieron algunos fondos que complementaron lo entregado por la Sociedad Protectora de Estudiantes para que Freddy partiera a su primer año en la gran capital.

Si bien fue el último de esa lista, fue uno de los primeros niños de su barrio que logró ir a la universidad, por lo que, según recrea Dorfman en su libro *Memorias del Desierto*, “cada verano, cuando regresaba a su ciudad –para trabajar en oficios menores y continuar sus expediciones al mar en busca de alimento- un grupo de jóvenes esperaba siempre su tren, lo seguía a todas partes como si fuera un campeón de boxeo”, forjando así un reconocimiento, un perfil que se estaba cocinando a casi 1800 kilómetros, en los prados del Pedagógico de la Universidad de Chile, en los años sesenta y sesenta, en la época de la reforma universitaria y las primaveras revolucionarias en Europa.

Freddy llega a Santiago a estudiar Pedagogía en Historia, pero al año siguiente se cambia a la recién inaugurada carrera de Geografía, en 1962. En primera instancia vivió en casa de familiares, y luego en la residencia universitaria, destinada a los estudiantes becados de las afueras de la capital, la que estaba dentro del campus. Exactamente llega a vivir al Pabellón J, en las cercanías del copa de agua, edificio que hoy es parte de uno de los tantos departamentos de la UMCE. Pero antes, en esas residencias habitaban, según recuerda María Eugenia Horvitz, estudiante de esos años y hoy Vicedecana de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, al menos mil muchachos y muchachas. Santiago era, según ella, otra capital. “El antiguo Santiago, el de la antigua república como decimos, era más acogedor que hoy día para alguien que venía de lejos”.

“La época que conocí Freddy, a principios de los años sesenta, eran tiempos de militancia, cuando soñábamos con un orden social más equitativo y una verdadera independencia económica y cultural para nuestro país y nuestro continente”, describe Ariel Dorfman, destacando el rol de los jóvenes en el debate, en la configuración de discursos y en las manifestaciones en las que “la temeridad de Freddy en las incesantes escaramuzas y confrontaciones con la policía, me había llamado la atención”.

Y no sólo esa faceta era llamativa en Freddy. Su aspecto también lo era según recuerda Dorfman, quien al recordar a Taberna lo primero que recuerda eran sus clásicas alpargatas que usaba todos los días y que según él nunca cambió por otro tipo de calzado. Horvitz complementa este retrato, señalando que uno de los rasgos más destacables de su físico era su altura y “sus movimientos ágiles, siempre muy sonriente y para la estatura de la época bastante alto. Andaba con jeans siempre, con alguna camisa afuera, ya que se usaban menos poleras porque en ese tiempo eran muy caras”.

Es en este contexto en donde se genera esa amistad con Dorfman y otros estudiantes, se reencuentra con viejos amigos como Haroldo Quinteros, y se hace amigo de otros, como Manuel Fernández Canque, que venía del interior de Arica; todo, acordonado por la ideología compartida y debatida, pero que congregaba a ambas personalidades en sus “fervientes planes para la liberación de todos los oprimidos del mundo”. Compartían, según recuerda Dorfman, “el mismo sentido del humor, la manía de bailar rock and roll y una obsesión por la cultura latinoamericana reciente, pero quizá lo que más nos atraía del otro era el hecho de que proveníamos de extremos opuestos del espectro social”, por lo que Freddy “sin lastimarme se burlara del hecho de que yo intentara todo el tiempo ocultar lo que yo era, de donde venía”.

Es ahí, en los prados del Peda donde Jinny Arancibia se interesa por aquel personaje que ya resonaba y se hacía conocido por la comunidad universitaria. “No teníamos mucho en común, pero me fascinaba, así que me empecé a fijar en él. Me costó muchísimo que me diera pelota, pero a finales del 64 me invitó al cine por primera vez, pero parece que no le gusté mucho o me halló ‘niñita bien’, como latera, así que no pasó nada. Después ninguno de los dos se acordaba de cómo al tiempo empezamos a pololiar”, recuerda hoy su esposa.

Pero no sólo geografía aprende Freddy en su etapa universitaria, sino que también se integra y participa en el mundo de la política, a la Brigada Universitaria Socialista, instancia por la que irá como candidato a presidente del Centro de Estudiantes de Filosofía y Educación el año 1965, acumulando un montón de anécdotas en el ámbito. Todo, en un contexto político en el que las elecciones la habían ganado anteriormente, como cuenta Haroldo Quinteros, por los “beatos” o “demo cristianos”, militantes de la DC, con la excepción de un año en que ganaron los comunistas por pacto.

El periodo de campaña, en la que estuvo asesorado por compañeros de distintas carreras, entre ellos Haroldo Quinteros y Ariel Dorfman, este último relata que “Yo mismo lo vi, en la época de nuestras exitosas campañas del Centro de Estudiantes, atacar a sus adversarios con las más flagrantes vulgaridades y de pronto pasar a los más sofisticados argumentos filosóficos marxistas”.

Horvitz, quien recuerda haber sido ayudante de Freddy en el ramo de Historia, cuenta que “era una persona con gran espíritu de organización y gran llegada a los demás por su capacidad, entre otras cosas, de conversación democrática”, factor que fue crucial en las urnas en aquellas elecciones, considerando que, como relata Lautaro Núñez, fue necesaria una creativa y rústica campaña “para hacerle el peso a la aplastante abundancia de recursos del candidato de la Democracia Cristiana con sus enormes e impecables lienzos”.

Fue el ingenio, la creatividad y los slogans, seguramente pensados por el equipo en más de una salida a Il Bosco, centro bohemio de reunión de esos años al que asistían personas de diferentes espectros de la ciudad, tanto del mundo político y cultural.

“Fue maravilloso, esa campaña fue fantástica. Nosotros haciendo afiches y dibujos a mano; todo era artesanal. Lo pasamos bien poniendo slogans divertidos, además que fue una instancia muy simbólica. En esa época el Pedagógico era el centro de la actividad política universitaria por lo que la gente de todas las escuelas llegaba a los pastos a las discusiones y las conversaciones eternas, entonces esta campaña fue muy apoyada con mucho entusiasmo”, agrega Jinny emocionada.

Sigue Núñez: “Su discurso era inédito en el Pedagógico:<‘Mi nombre es Freddy Taberna Gallegos, hijo ilegítimo de familia de pescadores del glorioso barrio el Morro de Iquique.

Estudio Geografía en esta carrera recién abierta, porque quiero conocer bien a mi patria y el pueblo que la habita. No me pregunten cuál es mi pensamiento político sobre lo que sucede en Vietnam, simplemente no acepto las agresiones imperialistas...Pregúntenme sobre la tragedia del carbón, el fin inevitable de las salitreras, el hambre en las ciudades, la marginación radical de los pueblos indígenas, el alza del costo de la vida que aflige a los pobres de nuestra patria y la necesidad imperiosa de democratizar la universidad... ¡y el que no crea en las reformas, que se vaya a la mierda!™”.

Hoy, Haroldo Quinteros visita el Peda después de más de cuarenta años. Se acuerda de todo, especialmente de los debates previos a las elecciones, cuando en la gran casona morada que da la bienvenida en la puerta principal de la UMCE, Freddy protagonizó una candente disputa de propuestas que lo llevó al borde de los combos, como ya había pasado anteriormente, en cada movilización y toma, como en 1961 con la huelga del Magisterio, o en una marcha por avenida Irarrázaval, cuando un ocurrente Freddy convoca a cortar la fuente de energía de los Trolley que pasaban por esos años y es fotografiado por la prensa, imagen que llegará hasta Iquique, donde “las madres de Freddy y Haroldo, veían con preocupación las gracias de sus querubines universitarios”.

Como recuerda Quinteros cerca del ex Pabellón J, a pesar de que “los beatos decían que Freddy no era de Pedagogía, ganó igual”, con la compañía de muchos que ayudaron a preparar al morrino. “Cuando Freddy ganó fue una celebración eterna”, agrega Jinny.

Son años de intensos aprendizajes que culminan con su matrimonio con su compañera el 27 de abril de 1967, quien recuerda que su pololo no era aceptado por su familia, por lo que

“sólo avisé tres días antes que me casaba. Al final cuando conocieron a Freddy todos lo quisieron montones, sólo eran los prejuicios”.

Otro hito fue la obtención de la Licenciatura en Geografía Humana, sellada con la tesis “Los Andes y el Altiplano Tarapaqueños: una tentativa de evaluación geográfica”, trabajo publicado en 1971 por el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, sede Iquique, inaugurando una línea de trabajo investigativo de problemáticas regionales que permanece hasta nuestros días a través de otros esfuerzos académicos. El proyecto tuvo sentido gracias al trabajo que Freddy, acompañado por Lautaro Núñez, realiza recorriendo los pueblos del interior en sus últimos veranos universitarios.

Antes de retornar a Iquique y luego de graduarse, Freddy parte a Texas a un viaje de intercambio estudiantil y Dorfman a Berkeley a continuar sus estudios, justamente “¡Ambos desembocando en la tierra a la que culpábamos de la miseria y el subdesarrollo de Chile!”.

Luego de esa etapa de su formación, Freddy vuelve a su tierra natal, acompañado de su esposa, pero las cosas no han cambiado mucho. Recuerda Núñez haberlo visto “cargando cajas de cervezas en la bodega del amigo Sotomayor, siendo ya Licenciado en Ciencias Geográficas”. “De inmediato lo imaginé a cargo de un programa de desarrollo andino o, como decíamos en esos tiempos, <de los pueblos del interior>”. Por eso es que Freddy es presentado al ya por entonces alcalde “choro” Soria.

Tras una reunión y ya hecho el papeleo, al tercer día le entrega una Jeep Land Rover para comenzar sus labores. “El geógrafo”, como recuerda su amigo, “llega a los pueblos andinos no como un visita más, efímera y burocrática, ahora por fin arriba a las alturas ‘Taberna

Plan Andino´ como le decían los aymaras”, plan de desarrollo local sustentable y de la mano de la cultura de quienes vieron nacer estas tierras, los ancestros. “Me enamoré del altiplano”, recuerda Jinny, que señala que nunca se imaginó estar en esos paisajes. “Pasábamos en el interior con Lautaro y otras personas haciendo expediciones”.

Pero ya habían pasado tres años desde que Freddy y Jinny se casaron. “Fue planificado porque teníamos tantas cosas que hacer, y con un hijo no iba a ser posible partir con Freddy a cualquier parte, y esa no era una vida para un bebé”. Es el 15 de abril de 1970 que nace su primer hijo, Ignacio. Pasarían dos años para el nacimiento de su hija Daniela.

“Freddy fue un padre maravilloso. En esa época los hombres no solían hacerle nada a las guaguas, pero Freddy con el poco tiempo que tenía lavaba los pañales, hacía papa. Siempre fue un adelantado para todo”, rememora Jinny.

El trabajo continuaba. Salida tras salida a terreno, Taberna seguía acumulando experiencias y no se desliga del mundo político al asumir la presidencia provincial del Partido Socialista, etapa en la que colabora intensamente en la campaña de la UP. “Fue un trabajo arduo que no parábamos, que vivimos muy intensamente, no teníamos sábados y ni domingos, pero contábamos con la ilusión que estábamos construyendo algo”, detalla su esposa sobre este momento.

Tras la elección el gobierno de la Unidad Popular es nombrado Director Regional de la Oficina de Planificación Nacional, ODEPLAN, a los 27 años. Freddy no despidió a nadie de la unidad y continúa trabajando con funcionarios de la gestión anterior, la mayoría de ellos Demócratacristianos.

Un evento realizado en ese periodo fue el Primer Congreso del Hombre Andino, en el que participó como co organizador. En la instancia “no se hizo otra cosa que recoger nuestro común ‘descubrimiento’ de un mundo andino oculto en el sistema nacional”, como recuerda Núñez.

Otro hito que le ocurre al *Pete* en este tiempo es el reencuentro con un ausente. Una mañana de 1972 golpean su puerta. Abre Jinny quien reconoce de inmediato al personaje que está frente a su casa, aquel hombre que Freddy ya le había mostrado en la calle. Fue él, su padre biológico, quien esta vez le pide asistencia al hijo, que como autoridad local podía ayudarlo. El bloqueo económico programado hacía escasear de todo, entre esto, los repuestos para máquinas, las que el progenitor de Freddy requería como transportista. Hablaron, según señala Dorfman en su libro, como dos adultos desconocidos, “sin alusiones a las numerosas ocasiones en que el padre había visto al hijo limpiar botes de pesca, encerar pisos, limpiar ventanas”. Freddy termina la reunión diciéndole a su esposa que ayudará al hombre como lo haría con cualquier otro.

A estas alturas las historias de la vida de Freddy en ese Iquique de la pre dictadura son muchas, entre ellas los hostigamientos de sectores paramilitares de derecha que arrojaron pintura a la casa de los Taberna Arancibia y rayaron la camioneta de la familia. Hoy Jinny reflexiona sobre este periodo. “No nos preparamos, fuimos ingenuos, confiamos en la institucionalidad”.

Un montón de anécdotas han ayudado a mitificar la especial figura de Freddy, pero Dorfman ayuda con una advertencia de cuidarse de las idealizaciones de las personas luego de que éstas están muertas. Para él muchos puntos los separaban, por ejemplo, que éste

estuviera “excesivamente obsesionado con la idea de que la violencia armada era la única vía para que los pobres pudieran cambiar su situación”.

A pesar de esas diferencias, “así era Freddy: popular y cerebral, gracioso y analítico, enérgico y valiente, amable con la gente modesta y cómodo en el medio académico, siempre dispuesto a luchar con los puños y también con la boca”, hasta que el 17 de septiembre tuvo que entregarse para que soltaran a su esposa Jinny y lo llevaran a Pisagua para no dejarlo volver a casa nunca más, historia que sigue abierta hasta hoy.

Freddy al pelotón

Un nuevo régimen, una sentencia forzada y un destino algo escrito con antelación desembocaron en la desaparición total de su cuerpo delgado y alto, el que fue acribillado el 30 de octubre de 1973 en los roqueríos de Pisagua, dejando huellas en esas piedras que hasta el día de hoy no han sido borradas por el tiempo.

11 de septiembre de 1973. Se ha consumado lo que muchos ya presumían; las Fuerzas Armadas representan todo con el ataque a La Moneda y con ello a los cimientos de una sociedad que comenzaba a ver nuevos horizontes; deteniendo un proyecto nacional y personal para algunos.

Esa mañana los medios informan los comunicados oficiales de la Junta, llaman a los militantes de partidos políticos de izquierda a bajar las armas y simplemente entregarse, entre otras cosas.

Freddy Taberna, 27 años, geógrafo, esposo y padre de dos niños es por entonces un hombre de izquierda de conciencia guerrillera, funcionario del gobierno de Salvador Allende y secretario regional del Partido Socialista, tres condiciones que lo hacen parte de la convocatoria de los militares, la que por supuesto rechaza para pasar a la clandestinidad ese mismo día, dejando atrás a su familia e históricas amistades.

Uno de los principales desafíos de esta empresa es esconder su particular aspecto, reconocible a leguas, tarea a la que no bastaría sólo con recortar cabellos y barba y cambiar de aspecto a uno más formal, por lo que Freddy es refugiado en la casa de un sacerdote canadiense, quien luego de saberse que le tendió la mano a Taberna, fue tomado, llevado y abandonado en la frontera con Perú en un exilio mediado por su condición de cura.

A pesar de este intento, el perseguido debe entregarse. No son sólo los llamamientos públicos de las nuevas autoridades lo que hacen que éste se acerque a los recintos del terror: su esposa Jinny ha sido detenida y los militares han hecho correr el rumor de que está siendo abusada y que sus dos niños, Nacho de tres y Daniela de uno, están abandonados.

Freddy se entrega, a pesar de que ambas cosas no son verdad. Jinny sólo está detenida y es liberada luego de que él se ha entregado, situación que genera una disputa en los cuarteles. Ignacio de tres años está siendo cuidado por su gran amigo Óscar Varela y su esposa y Daniela de un año está a en casa de la niñera, mientras llegan desde La Serena familiares de su esposa para atenderlos.

La situación se vuelve insostenible. Todo ha cambiado, pero cambiado de verdad. Ya no son sólo amedrentamientos fallidos de los grupos paramilitares de derecha y de los militares. Ahora realmente tienen el poder y lo están usando. El cuerpo de Freddy es uno de los lienzos donde las torturas escribieron huellas de desazón y de una historia impensada.

Freddy está en el Regimiento Telecomunicaciones, ubicado al lado del Cementerio N° 3 de Iquique, a la salida de la ciudad a los pueblos del interior, en una avenida que en el siglo siguiente se llamaría Salvador Allende Gossens. Jinny sólo puede ir a dejarle ropa limpia, nada de comida ni menos una nota. Pasa días encerrado y sus familiares no han podido

verlo. Mientras esto pasa, muchas otras personas están siendo llevadas a Pisagua, como ocurriera con la Ley Maldita de Videla en 1948. La historia se repite.

Jinny es nuevamente detenida, acusada de estar haciendo activismo político en las poblaciones, ya que, como cuenta “vendía tomates y lechugas de una parcelita que teníamos en Alto Hospicio, pero la verdad es que sabían que iban a matar a Freddy y no querían que tuviera defensa alguna”. Pero antes de eso, en sus días de libertad a cambio de su esposo, sólo quiere verlo, por lo que se acerca arriesgadamente a la zona del Regimiento para tratar de divisarlo en uno de sus traslados a los interrogatorios, espacios de tormento donde las preguntas sobre armas y otros compañeros van y vienen, respondidas con negativas y contestadas con frías agresiones.

“Lo vi una vez, que lo llevaban, ahora después supe, a la sala de tortura. Lo vi y el también me vio a mi, esa fue la última vez que lo vi”, recuerda Jinny cuarenta años después.

Freddy es trasladado a Pisagua, lugar donde ya hay cientos de prisioneros. Es dejado en una celda, incomunicado del resto de las personas. Siguen los interrogatorios de él y de muchos otros, entre ellos su hermano Héctor –Pichón- Taberna y Óscar Varela, pescador sin afiliación política, detenido sólo por ser su amigo más cercano.

Se ha ido septiembre y la población se exalta ante los primeros fusilamientos injustificados, entre ellos, el del joven conscripto Miguel Nash, simpatizante del gobierno de la UP. Por ello, y para apearse fragmentariamente a la legalidad, las autoridades militares, encabezadas por el general Carlos Forestier y el comandante Larraín, han instituido, según la normativa institucional la creación de una instancia parcial de ajusticiamiento: Consejo de Guerra.

El primero de ellos es contra representantes del Partido Socialista y estuvo integrado por los militares Pedro Collado Martí, Sergio Espinoza Davies, Ricardo Ibarra Ceballos, Harold Williams Vega, Ciro Casanueva Águila, Manuel Vega Collao, José Higuera Barrientos, Arturo Rocco Véliz, Juan Aguirre Guaringa y Enrique Adones Zuloaga, quienes dirimen por el futuro de los presos, a los que sólo dejan enviar correspondencia en hojas formateadas que señalan el buen estado en que se encuentran y calman, al igual que Freddy a los suyos, a sus familiares, dejando espacios entre líneas intermitentes para que escriban qué enseres deben enviarles.

El fiscal a cargo del caso es nada menos que Mario Acuña, personaje con quien Freddy ya tenía una enemistad conocida por todos los iquiqueños y así lo recuerda su amigo, actual Premio Nacional de Historia 2002, Lautaro Núñez.

“En ese mismo año, que prelude los acontecimientos más cruciales del mes de septiembre de 1973, Freddy se envolvió en una polémica pública de extraordinaria consecuencia, que cada vez se hace más evidente, ya en esta época, que toda la primera región estaba infiltrada por un tráfico de cocaína a través de los pasos fronterizos chileno-bolivianos”, lo que Ariel Dorfman aclara agregando que “Mario Acuña, a quien Freddy había tachado públicamente de delincuente pocas semanas antes del golpe, un conocido traficante de drogas que también se dedicaba al contrabando y al mercado negro en esos tiempos de turbulencia económica”.

“Nadie podría olvidar su discurso en la Plaza Condell, cuando expuso una a una la participación de destacados juriconsultos en el negocio clandestino de las drogas”, entre los que estaba mencionado Mario Acuña, hecho que sin duda prelude y condiciona todo el

proceso. Lo anterior, como señala Núñez, “tendría relación con el insólito fusilamiento de andinos apolíticos”, acto que fue presenciado por Óscar Varela, quien por su experticia en la recolección de mariscos, era llevado al mar de Pisagua para sacar esos manjares para los altos cargos de la prisión. En una de esas salidas pudo presenciar “de pura casualidad al otro lado de la bahía la ejecución de cuatro presos, cuyo único pecado había sido ser cómplices de Acuña en el narcotráfico y testigos de sus crímenes”.

Pero hay otros antecedentes que prescriben esta historia de final conocido, o más bien, desaparecido. Ariel Dorfman logra recolectar en su recorrido por el norte una serie de pistas, algunas luces.

A pesar de todo lo bueno en la historia de Freddy, no se puede “suponer que él fuera dócil o amable con los enemigos de la revolución. En esos tiempo tensos y agresivos, cuando el golpe militar era inminente, Freddy se creó muchos enemigos y se lo consideraba uno de los militantes más temibles del gobierno local. De hecho, un amigo de Antofagasta – Eugenio Ruiz Tagle, que sufriría torturas y mutilaciones espantosas después del golpe- le había advertido que el ejército planeaba matarlo si tomaban el poder. Eugenio había escuchado, en un avión, al general Forestier, el comandante regional, mencionar a Freddy como el primero que tendrían que eliminar”. Un punto en contra.

Continúa Dorfman: “cuando oí esa historia, primero de boca de Jinny y más tarde por Lautaro Núñez, me pregunté si Pinochet no habría estado detrás de esa decisión, si no habría alguna prueba o rumor de la participación del dictador en la ejecución de Freddy, y tanto Jinny como Lautaro respondieron que lo único que tenían eran sospechas”. El general evidentemente lo conocía ya que compartieron la predilección por la misma ciudad, a la

que el dictador llegó en 1969, dos años después del retorno definitivo de Freddy, en calidad de General de División.

“Pero resultó cierto que Pinochet había dado la orden de asesinar a Freddy”, responsabilidad que Dorfman y su esposa descubrieron “por pura casualidad en este viaje”. Ariel Dorfman iba a Iquique no sólo tras la huella de Freddy, sino que también tras los rastros de la familia de su mujer, Angélica Malinarich, quien fuera sobrina de Laura Müller, jueza de la Corte de Apelaciones de Iquique y amiga de los Pinochet Ugarte, a quienes “visitaba con frecuencia y jugaba *brigde* con la esposa del futuro dictador.

“Más tarde, cuando Pinochet era el hombre más fuerte de Chile y viajaba a Iquique -¡su ciudad favorita en el mundo!-, a mediados de los setenta, Laura y el dictador se reunían, al parecer en términos cordiales”, según le contaron amigos de ella, a pesar de que el hijo de Laura, Fernando, había sido asesinado por los militares.

Fue en una de esas visitas, según les contaron a Ariel y a Angélica, en las que Laura le preguntó a Pinochet, en vez de por Fernando, por Freddy Taberna. “Aproveché la oportunidad para preguntarle otra cosa a Pinochet –dijo ella-. Le pregunté: ¿Por qué mató usted a Freddy Taberna?”, a lo que el dictador, quien no era “afecto a las sutilezas de interpretación respondió: ¿Y qué querías que hiciera, Laurita? ¿Esperar que se pusiera al frente de la resistencia, que se alzara en armas y dirigiera una revuelta contra mi? Tú sabes la clase de dirigente en la que se había transformado. *Tuve que matarlo*”.

Pero es preciso volver a Pisagua. De nada cuentan esas explicaciones cuando el destino estaba en mano de los militares y su vendetta. Freddy sigue preso y torturado en esa celda, en esa cárcel, la que décadas más tarde es transformada en el hotel de ese puerto muerto,

hasta el 2005, cuando el terremoto que afectó la zona terminó por lapidar la habitabilidad de aquel lugar.

“Taberna Plan Andino”, como lo llamaban los indígenas de los pueblos del interior, estaba en una situación muy diferente a la de meses atrás, estaba siendo enjuiciado. Según la reflexión de Lautaro Núñez, “cuando se inició el juicio de guerra conducido por el Fiscal Militar y después de un largo periodo de torturas sin esclarecerse la existencia de depósitos clandestinos de arma, sólo tenían entre manos al hombre más valiente, el único capaz de hacer público el tráfico de cocaína. Era sin duda el *chivo expiatorio* hacia quien todos los que se sintieron perseguidos, molestados y ajusticiados por el gobierno popular podían lanzar la gran *vendetta*”.

Dorfman en su recorrido por el puerto de Pisagua - glorioso en su tiempo, visitado incluso por personajes como Charles Darwin y el pirata mercenario Francis Drake; hoy sumido en una decadencia absoluta-, sale la primera noche a reflexionar y concentrarse en su amigo de los tiempos universitarios. “¿Cómo era posible que Freddy hubiera terminado aquí, escuchando este mismo mar en sus últimas horas, en este planeta que habíamos compartido con tanta alegría y esperanza?”.

Pero ahí estaba el Freddy Taberna de 1973, esperando la sentencia del consejo de guerra, el que había dirimido sólo diez años de presidio, sentencia que fue cambiada a fusilamiento tras las presiones de superiores, entre ellos, Acuña y Forestier, por lo que Freddy junto a nueve hombres más estaban condenados a muerte, esto, según lo corrobora la investigación que se lleva a cabo en tribunales, por la que el ex auditor del Ejército, capitán en retiro Enrique Sinn, “reveló que la noche del 29 de octubre de 1973, mandos superiores

obligaron, bajo amenaza, a los miembros de ese consejo de Guerra a cambiar la sentencia ya fallada”, como relata la misiva enviada a la Corte de Apelaciones por Adil Brkovic, abogado de la familia de Freddy.

Nada pudo hacer el abogado Enrique Sottile, enviado desde Santiago a Iquique por el padre de Jinny, y luego trasladado en avioneta a Pisagua para ser la contraparte en el proceso judicial. La instancia era sólo para tratar de darle sustento jurídico a una decisión que para Freddy y los otros fusilados de ese funesto 30 de octubre, Rodolfo Fuenzalida, Juan Ruz y José Sampson, ya estaba sellada. Sólo los otros procesados por el consejo, entre ellos Haroldo Quinteros y Jorge Soria, pudieron salir con vida de la prisión, pero sólo siendo trasladados a otros centros de reclusión, y Soria posteriormente relegado a Mulchén.

“El 29 de octubre de 1973, a las diez en punto el teniente coronel Ramón Larraín le habló a los prisioneros para leerle las sentencias tomadas por el Consejo de Guerra. Larraín gritó los nombres de los diez rehenes que serían ejecutados al día siguiente. Larraín luego de esto volvió a informar que había logrado conmutar seis de las sentencias a cadena perpetua”.

Un momento de esperanza, el que, como contó Óscar Varela a Ariel Dorfman, recibieron con emoción. Igualmente ese día llegó el capellán militar a Pisagua para rendir una misa en nombre de los cuatro que serían acribillados, entre los que más tarde, como volvió a informar Larraín, estaba Freddy.

Ya sabida la noticia, Óscar y Pichón Taberna recuerdan que esa noche se escuchó cantar a Freddy. En medio de toda una ritualidad, es el mismo Larraín quien les hace llegar a los condenados una hoja y un lápiz para que le escriban una carta a sus familiares, propuesta que Freddy no acepta: eso sería condenar a Jinny y a sus niños a aferrarse a un documento,

a leerlo locamente por el resto de su vida, por lo que más bien sólo quiso dejar un mensaje por medio de su hermano.

Pichón lo supo, tal como le contó a Ariel Dorfman, cuando un soldado fue por él hasta su celda. Héctor Taberna bajó corriendo las escaleras para aferrarse a los brazos de su hermano. Es Freddy quien nuevamente trata de reconfortar en vez de ser consolado. Pichón recuerda que cuando pudo separarse de ese estrecho abrazo, “le vi la cara y las marcas de las torturas, pero a él lo vi tan entero, tan lleno de dignidad, tan *íntegro*, y él me dijo que todo estaba bien, que la lucha continuaría”.

Desde otro punto de la cárcel un preso que escribía lo acontecido y que posteriormente logró recopilar esos recuerdos, señala “he visto a un condenado a muerte hablar mirando fijamente a su hermano, lo he visto mover los labios como aconsejando, los he visto abrazarse como despedida por un viaje larguísimo, los he visto besarse en ambas mejillas y al menor sollozar...”. Luego le dio un mensaje para Jinny, que supiera lo mucho que la amaba, y uno para su madre, para que supiera que no olvidaba su cumpleaños, que era justamente al día siguiente. Le regaló su reloj a su hermano menor y le dijo, pensando en el final: “ojalá que no me duela”.

Freddy sigue cantando toda esa noche. El mismo testigo relata: “he escuchado muy de madrugada el sonar de una cadena y el abrir de puertas..., ha llegado el cura a dar la misa para los condenados”. Luego es llevado al cementerio de Pisagua junto a sus otros tres compañeros de partido, lugar ubicado a unos kilómetros de la cárcel para enfrentarse a un pelotón de conscriptos, inexpertos tiradores. El observador vuelve a recordar: “he visto abrazarse a los condenados a muerte entre sí y con los otros...”. Sale de la prisión con un

nuevo gesto de insolencia, con su puño elevado en señal de rebeldía. Como relata Lautaro Núñez, “fue fusilado el 30 de octubre de 1973, atado a un *durmiente* con el poder de fuego concentrado en un disco de cartón y sus ojos libres y claros, gatillados atrás del último grito, lanzado con valentía pura, terminando por destruir a los que allí representaban a los vencedores de la guerra de los escorpiones: “¡que mueran los verdaderos traidores!”. Pero esa no es la única versión sobre lo último que dijo, otras coinciden en que las últimas palabras de Freddy fueron, según recolecta Dorfman, “*no nos acallarán. Venceremos*”.

El fusilamiento se realizó en un roquerío de espaldas al mar. Freddy, a pesar de que no aceptó tener los ojos vendados ni ser inyectado de una sustancia adormeciente, no pudo ver las olas. Sólo enfrentarse cara a cara con quienes siguieron al “¡Fuego!”.

Como recuerdan Pichón y Óscar, y seguro otros muchos presos, Larraín volvió luego de la misión, para hablar desde el patio central de la cárcel, desde donde lograba proyectar su voz a todas las celdas. En la ocasión les dijo, como relata Ariel Dorfman en “Memorias del desierto”, que “Freddy Taberna era el hombre más valiente que él había conocido y que todos los soldados chilenos deberían tener ese coraje”.

En Iquique, Jinny está nuevamente detenida en la cárcel de mujeres Buen Pastor. El militar a cargo de las presas tiene una noticia que darle. No llega solo. “Llegó con mi mamá y con un señor que no conocía, con el abogado Sottile. Ahí me dicen que lo habían matado, que lo fusilaron. Me acuerdo que me inyectaron algo, porque me tiré al cogote del milico. Me llevaron a dormir con mi mamá, no a mi celda y de ahí no me acuerdo más y me dijeron que en 48 horas tenía que salir de la ciudad. De ahí tengo borrado ocho meses de mi vida,

que por sanidad creo que no recuerdo”. Jinny viaja con sus niños y su madre a La Serena. Al año siguiente se instalan en Santiago.

Mucho se ha señalado sobre el paradero de su cuerpo. Hoy el caso se encuentra en un proceso judicial que se arrastra desde el retorno a la democracia. Hay versiones que hablan de que ese mismo día los cuatro cuerpos fueron lanzados a un pique el que posteriormente dinamitaron, otras que dicen que fueron tirados al mar y otras que señalan que fueron enterrados en los cementerios ya existentes en Pisagua. A pesar de eso hay algo que no ha logrado desaparecer y es que la memoria de Freddy se extralimita a todas esas barreras.

De las balas a hoy

Muchos años de silencio hoy gritan por anhelos de saber dónde yace el Freddy de los años de El Morro, del Peda y del Plan Andino, respuesta que comienza a escribirse en enormes archivos que tratan de llegar a una verdad que parece llevarnos al fondo del mar.

Pisagua ocultó tras sus farellones y roqueríos torturas y muertes desde 1973 a finales de 1974, periodo en el que de manera sistemática fueron fusilados grupos de personas en sesiones mortuorias que se realizaban en promedio cada fin de mes, dejando un total aproximado de treinta muertos. Fue posteriormente, en 1983 cuando fue utilizado como campo de relegación otra vez.

El tercer grupo de fusilados, en el que fue asesinado Freddy Taberna, está antecedido por otros dos episodios: uno el 29 de septiembre y otro el 10 de octubre. En el más urgente y temprano perdieron la vida dos funcionarios de Aduana, traídos en barco desde Valparaíso. Los militares justifican las primeras muertes como respuesta a un intento de fuga, lo que resulta casi imposible pensando en la geografía de Pisagua. La acción habría estado motivada más bien porque Jiménez y Calderón, militantes del Partido Socialista con preparación militar por haber sido Infantes de Marina, integraban una entidad de investigación del contrabando y tráfico de drogas, lo que apuntaba directamente a las nuevas autoridades de Iquique; además de que ambos habían participado en la resistencia

en un intento previo de golpe de Estado: eran peligrosos en una posición de poder con acceso a armamento y aparatos de comunicaciones.

Los siguientes, los del 10 de octubre, son Julio Cabezas, abogado del Fisco que había tenido problemas con el juez Mario Acuña, el mismo al que Freddy había acusado públicamente de narcotraficante, y que ahora era fiscal; y otros conflictos con el General Forestier por manejo de armas por parte de empresarios particulares. Junto a él son fusilados un grupo de funcionarios públicos que eran jefes de empresas estratégicas del Estado, además del soldado Miguel Nash, que se había negado a cumplir las órdenes de sus superiores luego del golpe. Por lo visto, según cuenta Adil Brkovic, abogado de varios de los casos de fusilados en Pisagua, “Mario Acuña como fiscal militar aprovecha y pasa cuentas”, y no sólo a Freddy.

Respecto a los asesinatos acontecidos en Pisagua, que los fusilamientos se hayan realizado de manera casi sistemática cada fin de mes, como señala Brkovic, “nos ha permitido ir identificando a los responsables dentro de esa misma sistematicidad”.

Otra clave en esta historia es lo que provocaron en Iquique los dos primeros fusilamientos, en los que fueron asesinadas personas que no tenían una evidente vinculación política ni razones para ser llevados al paredón. Como relata el abogado, “eso genera una tremenda repercusión por lo que los militares instauran una institucionalidad jurídica a través de un Consejo de Guerra”.

“La muerte de Freddy se produce en un contexto de justificación, o de intento de dar legalidad a las muertes porque las ocurridas anteriormente habían causado una preocupación en la ciudad sobre lo que estaba pasando en Pisagua, donde habían fusilado a

personas que no tenían motivos para ser asesinados. Por ello arman un Consejo de Guerra, el que incluso publicitan en los periódicos. Tratan de seguir lo que el código de justicia militar establece respecto a un Consejo, entonces aceptan abogados, incluso se producen algunos alegatos, pero finalmente igual falla con la condena a muerte”.

A pesar de esta nueva legalidad, el “Consejo de Guerra estuvo lleno de irregularidades, en el que sus integrantes fueron presionados, en el que los delitos por los que se acusaban no lo eran en ese momento, como pertenecer a un partido político marxista. La verdad es que ese juicio no tiene ninguna validez desde el punto de vista legal”, explica Brkovic, en función a las investigaciones que ha venido realizando oficialmente desde el retorno a la democracia, procedimientos acompañados por hitos como la aparición de fosas en Pisagua el 2 de junio de 1990, las declaraciones que deben hacer a la justicia y a los medios de comunicación piezas importantes del caso, entre ellos Forestier, que es constantemente interrogado en 1998 por el periodista Jorge Escalante para las páginas del aún con vida diario La Nación.

Cuando sesiona el Consejo de Guerra que falla en contra de Freddy, éste estaba presidido por el capitán de la unidad de inteligencia de la ciudad de Arica, Sergio Espinoza Davies, encargado por ese mes de Pisagua como lo hiciera Pinochet en 1948. Según el proceso de investigación y las declaraciones de procesados en el juicio, él fue quien incluso el día 30 de octubre dio la orden de disparar. En los noventa, Adil Brkovic estuvo con él en Pisagua, lugar donde fue interrogado por uno de los procesos judiciales que hoy se llevan a cabo, instancia en la que negó todo.

Que Espinoza Davies, ejecutor responsable de Freddy Taberna, haya pertenecido a facciones de inteligencia del Ejército no es casualidad. Es la investigación cursada por la justicia, tras la demanda presentada en 1990 por familiares en un juzgado de la comuna de Pozo Almonte, la que esclarece que las órdenes finales emanaban de funcionarios armados que pertenecían a dichas unidades.

Hoy, cuando el proceso ya tiene una larga historia, en la que incluso “la justicia militar lo sobreseyó y eso lo ratificó la Corte Suprema, y eso fue por prescripción, tenemos aclarado prácticamente el 99 por ciento de las muertes y quienes son los responsables de los cerca de treinta personas asesinadas en el lugar”, esto, tras la reapertura del caso en 1998 con el juez Guzmán.

Como señala Brkovic, “tenemos procesados a todos los implicados del 29 de septiembre, los del 10 de octubre y el caso de dos jóvenes en Iquique, Marín y Millar, asesinados en el Regimiento Telecomunicaciones. Tenemos procesados a los equipos de militares que estaban a cargo del campamento, que eran cambiados una vez al mes, a los fusileros, y a los oficiales de inteligencia, los que nos costó mucho descubrir. Ellos eran los que al final daban la orden de quien iba a vivir y quien iba a morir, decisión que no se tomaba en Pisagua, sino que en la VI División de Ejército sobre la base de los antecedentes que recolectaba Mario Acuña y su equipo de torturadores. El que decidía en última instancia era el General Forestier”.

Tras la apertura del caso, el abogado Brkovic vuelve a Pisagua para realizar las primeras investigaciones, acompañados del arqueólogo Olaf Olmos y el doctor Alberto Neuman, este último preso también en Pisagua traído desde Valparaíso, que por su condición de médico,

fue forzado a asistir los fusilamientos desde el punto de vista clínico, para la emisión de informes, entre otras cosas. Fue gracias a los recuerdos de Neuman que la investigación logra dar con la gran fosa en 1990, descubrimiento que causa un gran impacto en la sociedad chilena y en el mundo. Pero ese no fue el único hallazgo. Además de esa gran fosa donde estaban los cuerpos de casi todos los fusilados en el lugar, encontraron una más pequeña, pero vacía. Presumen, y así lo ha indicado la investigación, que en dicho lugar estuvieron los cuerpos de las personas que hoy no han encontrado, entre ellos, Freddy Taberna y el conscripto Miguel Nash.

“Tenemos claridad de la existencia de una operación de cambio de cuerpos ocurrida en 1979, de acuerdo al testimonio de un militar que venía desde Arica junto a maquinaria para sacar los cadáveres momificados por la sal. Según su relato, los extraen, los queman y los tiran al mar, eso es lo que habría ocurrido con esos cuerpos”.

Esa pista hace pensar que materialmente Freddy se encuentra no en un solo punto, sino que en muchas partes de ese mar de Iquique, el que vio cada mañana en sus jornadas de recolección de mariscos y al que seguramente extrañó cuando estuvo esos años de estudio en Santiago y Estados Unidos.

Para Jinny Arancibia, en vista de lo difícil que sería encontrar el cuerpo de Freddy y de los otros desaparecidos, señala: “ya da lo mismo donde estén sus restos, si los tiraron al mar, como me dijeron al principio. Bueno, como Freddy amaba tanto el mar, qué bueno que lo tiraron al mar. A mí lo que me duele, lo que nunca voy a perdonar es que él no esté, que no sea abuelo hoy día, que le faltó a mis hijos. Creo que nunca lo vamos a encontrar. El deseo era la desaparición total ya que para ellos Freddy era un peligro, por su liderazgo, que podía

conjugar estos dos ámbitos, el académico y lo popular. Él nunca se desvinculo de su origen, nunca se perdió de su barrio, era como ellos y por otro lado lo veías en el ámbito mas sofisticado. Freddy tenía esa capacidad. Yo creo que por eso tuvo también esa trascendencia y esa cosa con los jóvenes que nunca lo han olvidado”.

Consultado respecto a por qué hicieron desaparecer el cuerpo de Freddy y sus compañeros de fusilamiento, Adil responde que “a pesar de que ellos sabían que había cierta gente que deberían entregar, especialmente ellos, que fueron los condenados por un Consejo de Guerra y por los que incluso notificaron a las familias, no lo hicieron porque se podían volver un espacio de reencuentro político”.

Según ha ido contando el proceso, “no es extraño lo de las cartas y las notificaciones. Muchos de estos mecanismos fueron usados para engañar a familiares sobre el paradero de sus presos. Por ejemplo, mandaron telegramas en nombre de personas quienes avisaban que habían sido dejados en libertad, pero en la ciudad de Arica, y éstos nunca volvieron. Sólo fueron encontrados en la gran fosa el año 90”.

“Cuesta mucho aprender a vivir con el dolor, porque eso de que se supera, no es verdad”, evalúa Jinny después de casi cuarenta años. “A pesar de todo el dolor, nadie se arrepiente de lo que vivimos y de lo maravilloso que fue para nosotros la experiencia del gobierno de la Unidad Popular, las cosas que vivimos en esos años que nos hicieron sentir realizadas. A lo mejor, porque tuvimos eso, tuvimos la fortaleza para vivir, ni tan mal, porque hemos logrado armar familia, eso a mí me lo transmitió mucho, yo lo aprendí de él porque un hombre que disfrutaba la vida. Era un hombre como si hubiese sabido que iba a morir joven: todo lo disfrutaba, hasta las cosas más simples”.

Adil concluye señalando que “en general la investigación está resuelta, sólo que no nos ha tocado un buen ministro. En el caso específico de Freddy me denegó el procesamiento por considerar que había una sentencia que de alguna forma quitaba el dolo a los militares, cuestión súper discutible. Ellos tomaron la decisión de no procesar pero voy a volver a la carga con ese tema, esto no está cerrado”.

Iquique, tierra de campeones (y de maricones)

Pisagua, antiguo puerto salitrero ubicado a 160 kilómetros de Iquique, posee una historia caracterizada por el dolor, la privación de libertad y la muerte. Si bien durante la dictadura de Pinochet y el gobierno de González Videla sus celdas recibieron presos políticos, décadas antes éstas ya estuvieron habilitadas para recibir de forma exclusiva a la población penal homosexual.

Para todo iquiqueño es conocido que los compatriotas ariqueños, -con quienes se posee una rivalidad-, adjuntan al epíteto “Tierra de Campeones”, la siguiente frase: “y de maricones”. Aunque se vincule esta apreciación como una manifestación más de esas diferencias entre iquiqueños y ariqueños, esta puede tener que ver con otra cosa, con un episodio de la historia de Iquique.

Es el año 1942, cuando el 18 de marzo el Ministerio de Justicia decreta la habilitación de una sección de presidio especial para homosexuales en la cárcel de Pisagua. Por recomendación de la Dirección General de Prisiones, dirigida por Julio Olavarría Ávila, al ministro de la materia, la institución señala haber “realizado los estudios pertinentes” para que presos de dicha condición sean trasladados al lugar.

La historia de la cárcel de Pisagua tiene décadas de antelación a este episodio. Es el 11 de mayo de 1905 que “La Tesorería Fiscal de Santiago pondrá á disposición del Ministerio de

Industria i Obras Públicas la suma de cuarenta mil pesos (\$40,00) que se consulta en el ítem 207 partida 28 del Presupuesto de Justicia para la construcción del edificio destinado a la Cárcel de Pisagua”. Pero será sólo en 1909, el 15 de junio que el Ministerio de Justicia podrá aprobar los planos y el presupuesto para dicha construcción.

La cárcel de principios de siglo XX es la misma que está erguida hoy en el poblado, ya no gozando eso sí dicho rol ni ningún otro.

Las reacciones en Iquique no se hicieron esperar. El 16 de abril del 42 el diario El Tarapacá publicó: “El Ministro de Justicia ha determinado hacer las reparaciones necesarias en la cárcel del vecino puerto de Pisagua a fin de darle cabida a todos los homosexuales que existen en el país, agravados por ese mal que es lamentable dentro de algunos ciudadanos”.

Estas notas están recogidas en el trabajo del periodista Óscar Contardo, *Raro. Una historia gay de Chile* (2011). Como escribe sobre la noticia de El Tarapacá, ésta “contiene supuestos importantes. Óscar Checure, el autor del artículo, pensaba que todos los hombres homosexuales del país serían encerrados por el Estado. Esa al menos era la información que había llegado hasta sus oídos. Pero a Checure no le sorprendía la posibilidad que se recluyera a tal cantidad de gente sin haber cometido delito alguno, lo que de verdad le preocupaba era que esa reclusión tuviera lugar en Pisagua, usado ya como centro de confinamiento durante la dictadura de Ibáñez. Para él, hacer una cárcel que albergara reclusos homosexuales era una afrenta para la localidad, <que por sus tradiciones guerreras, con todas sus glorias nacionales, se merece el respeto de todo el país, como un sacrosanto lugar>”.

Como señala Contardo, Pisagua ya había contado antes con una experiencia como centro de reclusión para homosexuales. Este episodio está localizado entre 1927 y 1931, cuando durante su primera dictadura, Ibáñez organizó jornadas de captura a los que por entonces la salud pública llamara “invertidos”.

Óscar Contardo señala que en abril de 1927, en el puerto de Valparaíso se realizó un “operativo de limpieza”, preparado con un mes de anticipación, en el que cerraron prostíbulos y bares clandestinos. El 26 de abril de ese año “se puso en marcha el operativo para detener a los homosexuales del puerto”, el que dejó a veinte detenidos, encontrados travestidos o con elementos femeninos como prendas y maquillajes. Respecto a este operativo, la investigación del periodista dio como resultado la referencia en la prensa de la ciudad.

Para tras este suceso se aloja una historia más cruenta, calificada actualmente como mito. Óscar Contardo señala que “La leyenda de las detenciones y posteriores fondeos de hombres homosexuales durante la dictadura de Ibáñez entre 1927 y 1931 –un asunto sobre el que no se ha encontrado documentación- debe tener su raíz en este contexto. La relegación de personas por sus ideas políticas era habitual. La localidad de Pisagua fue utilizada para esos fines, inaugurando una tradición carcelaria que marcaría su historia”.

Otro componente de este mito histórico de la práctica de fondeos es la homofobia del dictador Carlos Ibáñez del Campo –no muy extraña para la época ni para la actual-, motivada, según distintas fuentes, por la homosexualidad de su hijo, llamado con el mismo nombre.

“Una operación para fondear invertidos era perfectamente posible en un ambiente salpicado de episodios de violencia, en el que la represión a la homosexualidad estaba culturalmente aceptada e ideológicamente justificada por las costumbres y la corriente higienista”, agrega al respecto.

Es esto último uno de los motivos por los que el autor explica el contexto en el que ocurrieron estos hechos y las relegaciones de homosexuales a Pisagua en los años cuarenta: la perspectiva higienista -y posteriormente la rehabilitadora-, que se proponía, como dice el término, limpiar la sociedad de componentes que la ensuciaran, tanto en lo moral como en lo real, materializado en enfermedades, plagas y adicciones, a propósito de la masividad de prácticas consideradas inmorales, la proliferación de casas de remolienda y de espacios de diversión, particularmente en el caso de clases populares.

Asimismo, el decreto de 1942 mencionado anteriormente se inscribe además en un año de diversas legislaciones en el ámbito carcelario, como la habilitación de la cárcel de Los Andes para los reclusos con tuberculosis, el decreto para expropiar terrenos para ampliar la cárcel de Santiago y la dictación de la orgánica de la Dirección General de Prisiones.

Volviendo a la nota de El Tarapacá, al día siguiente de su publicación, el periódico tuvo que publicar “una aclaración de la Dirección de Prisiones en la que se corregía el artículo de Checura. El proyecto real consideraba enviar a Pisagua a los reos homosexuales de otras cárceles, no a todos los homosexuales de Chile, como sugería Óscar Checura”.

Y es que este decreto parece coherente con lo sucedido en el periodo y las perspectivas que analiza Contardo: el eugenismo y el rol del Estado. La antigua postura de la higiene social, según Víctor Hugo Robles, conocido también como “el Che de los gays”, sólo se ha protocolizado en lo simbólico, no ha cambiado mayormente. Hoy, en cambio, “opera la discriminación en todos sus rostros”.

Sobre este hecho y la presunción de fondeamientos de homosexuales en los años veinte, Víctor Hugo Robles señala que “tiene que ver con la valoración que se ha hecho históricamente de las personas homosexuales, que no han sido valoradas en su condición ciudadana, política, cultural. Siempre han sido subvaloradas, se le ha hecho comparecer en la vida social, sólo a través de la crónica roja, la prostitución, el humor, entonces las personas que tenemos una sexualidad diferente, no hemos sido asumidos como ciudadanos. Esta omisión a estos hechos verídicos, graves y lamentables, no ha sido asumida porque las personas que están involucradas son personas que no han sido asumidas como personas desde siempre”.

¿Será por esto que la historia no se ha hecho responsable de lo ocurrido y lo ha mantenido en la condición de mito o es sólo la ausencia de documentación lo que ha hecho que el tema no sea investigado?

A esto el Che de los gays responde que en los noventa “en una marchas del MOVILH su cartel decía `somos una realidad humana`, lo que te delata que una de nuestras primeras demandas fue ser reconocidos como personas humanas, lo que me parece muy dramático y refleja por qué estos episodios de la historia siguen siendo mitos y no han sido asumidos como hechos reales por investigar”.

Explicaciones pueden haber aún más. Quizás el único intento masivo por dar a conocer este episodio fue la creación de la obra de teatro “La Huída”, del dramaturgo Andrés Pérez, escrita tras una investigación de la compañía Gran Circo Teatro el año 1974.

Sea como sea, según Víctor Hugo Robles, “hay una gran deuda de la historia de Chile, de los historiadores que no se han mostrado interesados en indagar en este episodio, especialmente el de los fondeamientos, ocurrido antes de 1973. Es además una deuda propia de las organizaciones de la diversidad sexual que sus propios historiadores no se han adentrado en estos temas y una deuda de las agrupaciones de derechos humanos que no se han involucrado no sólo en esta historia, sino que en muchas otras de persecución, muerte, desaparición y tortura de personas lesbianas, homosexuales y trans después del golpe”.

Arde la cárcel el 21 de mayo

En medio de anuncios sobre los cambios en el sistema penitenciario que traería la Reforma Procesal Penal, un Iquique que se prepara el 2001, como cada año, para celebrar las Glorias Navales que tanto enorgullecen a la ciudad, es despertado por las llamas y el caos que hicieron sucumbir 26 vidas tras las rejas de la antigua cárcel.

2001. Llega mayo y con ello el mes del mar, época del calendario dispuesta para la conmemoración de una batalla perdida en la rada del antiguo puerto peruano: el combate naval de Iquique y el abordaje de Arturo Prat, fecha significativa, aún más para los patriotas que incluso piden semanas antes en las páginas de la prensa local que el día de Iquique se nombre para tal fecha, abandonando su jornada original, el 25 de noviembre.

Las celebraciones oficiales contemplan recreaciones de la gesta, concursos de pintura infantil, desfiles militares y estudiantiles con sus respectivas bandas de guerra, la visita de la Escuadra Nacional, hasta un concurso de vitrinas de las tiendas del centro. Incluso desde los primeros días el diario La Estrella de Iquique, anuncia una edición especial para el 21 de mayo. Pero para eso queda el mes completo. Mientras tanto, las páginas del periódico ofrecen noticias sobre el alto número de desempleados que hay en la ciudad en esa fecha, al mismo tiempo que muestra imágenes en planas completas del dedo pulgar para arriba de la fastidiosa campaña “Piensa positivo”.

El mes comienza también con la noticia del adelanto de la aplicación de la Reforma Procesal Penal en la Región de Tarapacá para el 2002 en vez del 2003. El 7 de mayo, el por entonces Ministro de Justicia del gobierno de Ricardo Lagos, José Antonio Gómez, se encuentra en Iquique, invitado para la inauguración del año académico de la Escuela de Derecho de la Universidad Arturo Prat. En ese evento Gómez se refiere a este adelanto y a la construcción de la cárcel concesionada para la ciudad, la que hoy está ubicada en Alto Hospicio. Lo que no sabía Gómez era que tras despegar de Iquique, pocos días más estaría de vuelta por una tragedia.

Es domingo 20 de mayo y a todos les viene bien que el feriado, el 21, sea lunes. De seguro muchos ya hicieron compras para algún asado o comida especial, incluso adquirieron una tenida para la celebración, la que lucirán al día siguiente cuando se reúna la sociedad iquiqueña en el desfile militar que se realizará frente a la estatua a Prat, en la avenida del mismo nombre.

Las noticias ya terminaron hace rato, son casi las 23:00 horas pero un extra de los canales nacionales y de los medios locales alertan sobre una grave situación: un incendio afecta a la cárcel de Iquique, ubicada en el sector de La Puntilla, en medio de un barrio residencial donde se encuentran viviendas fiscales de funcionarios de las Fuerzas Armadas.

Se informa que se trata de un incendio y la incertidumbre reina en la ciudad. Se especula sobre lo acontecido y sobre las razones, pero para muchos el tema queda hasta ahí y se van a dormir. Ya mañana se sabrá más, pero esta larga noche recién comienza para otros.

Dentro del centro de detención, varios minutos antes, pasado las 22:30 horas, comienza un incendio en la habitación 1 del pabellón N° 5, ubicado en el primer piso del

establecimiento, diseñado originalmente para alojar a 900 presos en un edificio en el que al momento del siniestro lo habitan 1737 personas, número al que habrá que restar 26 unos minutos más tarde.

Existen varias versiones sobre lo que finalmente pasó en esa habitación y sobre el actuar de Gendarmería, pero lo que sí es una certeza es que para todos esos hombres sólo tres gendarmes estaban de custodios, además de los seis que estaban en las torres de vigilancia. Asimismo, los bomberos de la sexta compañía sólo fueron alertados a las 23:06 minutos, casi media hora después que el fuego comenzara y de seguro, de que los encerrados ya estuvieran muertos por el fuego y/o asfixia. Luego llegarían dos compañías más para apagar las llamas, lo que se conseguiría sólo una hora después.

Los bomberos se demoran tres minutos en llegar hasta la esquina de la cárcel que da a la calle Barros Arana, donde se encontraba el pabellón siniestrado. Pero no sólo llegan ellos. Son los familiares de los presos los que se acercan a la cárcel, posteriormente al hospital de Iquique y a las dependencias del Servicio Médico Legal. La ciudad se enfrenta a lo que para entonces era el peor accidente de la historia carcelaria del país, situación que cambió luego del incendio de la cárcel de San Miguel, donde murieron 81 presos el 2010.

Fuera de las noticias que se apagaron esa noche para encenderse sólo a la mañana siguiente, la desesperación por información sobre los presos hace que la situación se vuelva insostenible, tanto afuera como dentro de la cárcel. Las autoridades de acercan al lugar, entre ellos, el intendente Patricio Zapata, el general de Carabineros Álvaro Arriagada, el Jefe de la Zona de la Policía de Investigaciones José Henríquez y el juez del Segundo

Juzgado del Crimen, Jaime Arancibia, mientras los familiares son reprimidos con bombas lacrimógenas a las afueras del lugar.

Adentro de la cárcel la cosa no es muy distinta. Los presos del pabellón N°4 han logrado salir ya que se ubican en los pisos superiores al fuego. Presos de otros sectores también han logrado romper los candados. Son mayoría sin duda. Los gendarmes que trataron de abrir el pabellón N° 5 son violentados y son los mismos reclusos los que han sacado los cuerpos, ya sin vida y calcinados, de sus compañeros. Los presos toman el control del lugar. Luego de la llegada de las autoridades, es el intendente Zapata quien se ofrece a entrar para conversar con ellos. Sale con informaciones sólo a las dos de la mañana, señalando que ya estaba controlado “el motín”, lo que no hizo más que alarmar nuevamente los ánimos al interior debido a que si los presos organizaban una manifestación de esta naturaleza, era motivo de fuertes represalias por parte del sistema, como suspensión de visitas, celdas de castigo, entre otras cosas.

A las tres de la mañana salen a dar una especie de conferencia de prensa dos reos, Erwin, pastor evangélico y un joven, que según La Estrella lucía “una camiseta del Colo Colo y con sus brazos llenos de tatuajes”. El más adulto de los dos manifestó que “Gendarmería llegó tarde, cuando los cuerpos ya estaban calcinados. No se acudió en el momento oportuno a sofocar el incendio y ello provocó la muerte de 26 compañeros que eran unos mocosos, unos jóvenes entre 19 y 20 años. Solicitamos a las autoridades que los hechos sean clarificados a la brevedad, porque esto no es un motín, es una negligencia, y hay que calificar quienes son los responsables”.

Al día siguiente la ciudad amanece radiante, lista para el desfile. Algunos aún no se han enterado de lo ocurrido. Sólo lo saben después, por el boca a boca o por ver la portada de La Estrella, la que tituló el 21 de mayo “30 muertos en motín en cárcel. Sangrienta rebelión en centro carcelario de Iquique”. La información incluye además que 150 presos se encuentran heridos y algo más sobre lo acontecido, pero sólo versiones extraoficiales.

El Centro de Cumplimiento Penitenciario de Iquique (CCPI) es visitado al día siguiente por José Antonio Gómez, que llega desde Santiago junto a Hugo Espinoza, Director Nacional de Gendarmería, además de los diputados que integran en ese momento la Comisión de DD.HH.: Gabriel Vicencio, Andrés Palma, Eugenio Tuma, Sergio Ojeda y Enrique Krauss. El ministro señala a la prensa que lo ocurrido no fue un motín. Asimismo, se rectifica que no son 30, sino que 26 los fallecidos, todos ellos de entre 18 y 27 años.

Ellos son Álvaro Alfaro Vásquez, Gonzalo Álvarez Crisosto, Antonio Araya Pérez, Jorge Arellano Mathey, Jorge Béjar Barrios, César Bernal Oportus, Manuel Bugueño Heimpeller, Moisés Calderón Vega, Ricardo Campillay Cañas, Luis Castillo Torres, Jordán Cornejo Figueroa, Yerko Escobar Sánchez, Luis Guerra Leandro, Luis Guzmán Alvarado, Jesús Herrera Gallardo, Marcio Lama Vega, César Núñez Alfaro, Jonathan Quiñones Fa, Alejandro Saavedra Henríquez, Cristian Sánchez Crisosto, Mario Sepúlveda Cortés, Cristián Soto Sariego, Andrés Taucare Cifuentes, Miguel Tobar Quiroz, Pedro Trincado Barrientos y Sebastián Zuleta Varas, todos procesados por robos menores, tráfico, robo con intimidación y violación.

Dos reos de la misma habitación, Marco Araya y José Mancilla, salvaron del fuego y fueron tratados en el hospital y llevados nuevamente a la cárcel. Paradójicamente, uno de los difuntos, Jorge Béjar de 27 años, recuperaba su libertad el día 22 de mayo.

Gómez contó además que recorrió el lugar y conversó con los reclusos, buscando una explicación sobre lo ocurrido, a lo que habrían respondido que el incendio no se inició por alguna celebración, como señalaron algunos medios, sino que por un desperfecto eléctrico, lo que fue descartado por el superintendente de bomberos de Iquique, Federico Petrillo.

Pero comienzan a circular otras explicaciones. Otra de las versiones que maneja la prensa es que el incendio fue provocado cuando los reclusos en la habitación bloquearon su acceso con colchones y frazadas, las que encendieron como una manifestación por la muerte de la esposa de uno de los presos del pabellón, Janet Soto de 24 años. La mujer se quemó a lo bonzo en la cárcel de Acha, en Arica, el 23 de abril de ese año, para agonizar por semanas en el hospital Juan Noé de la ciudad fronterera, donde falleció finalmente el 18 de mayo. Su esposo, Juan Tapia, preso por narcotráfico al igual que ella, asistió al funeral y como señaló La Estrella, después de esta salida “se habría generado un clima de inestabilidad que derivó en una revuelta”.

Por su parte, el mandamás de Gendarmería, anunció la realización de un sumario administrativo, además del procedimiento judicial, para el que, según el intendente, sería solicitado un Ministro en visita. Hugo Espinoza no respondió a la prensa sobre otra investigación interna por un motín anterior ocurrido en Iquique, en 1999. Y es que esto de los muertos en los centros penitenciarios no era anormal para el momento. Seis meses antes

en la cárcel de San Miguel había ocurrido lo mismo con siete presos y con ocho presos en el Centro de Menores del Sename de Temuco.

Espinoza informó, además, que el encargado de este nuevo sumario sería un abogado de Santiago, no de la zona, y que “si existen funcionarios implicados como responsables en esa tragedia seremos inflexibles en la aplicación de sanciones”. Por su parte, representantes de los funcionarios de Gendarmería realizan una declaración pública sobre la escasez de personal, que en ese momento en Iquique sólo consta de 150 personas, incluido los administrativos.

La Municipalidad decreta tres días de duelo comunal a contar del 21 de mayo, mismo día en el que las autoridades se reúnen con los familiares de fallecidos y detenidos en una mesa de trabajo, dispuesta por Gómez. Ese mismo día es nombrado ministro en visita Jaime Chamorro, un juez de la ciudad.

Es el mismo 21 cuando comienzan además a entregar los cuerpos, reconocidos en el Servicio Médico Legal por un escaso equipo de peritos. Al día siguiente, La Estrella concita en su editorial que “en un día en que el alma iquiqueña debía dedicarse por completo a la tradicional celebración patriótica; la ciudad amaneció envuelta en la tristeza de una horrible tragedia”.

Los funerales comienzan el 22 de mayo, casi todos en el Cementerio 3 de la ciudad. Los sepelios de las víctimas son financiados por el Patronato Nacional de Reos.

Mientras escenas de inmenso dolor se ocurren cada media hora en dicho campo santo, en las páginas del diario los presos comienzan a publicar sus denuncias, enviadas mediante cartas al periódico. En ellas mencionaban que “los internos que se encontraban en el pabellón N°5 no recibieron ayuda oportuna” y que la mayor responsabilidad pasa por los gendarmes de las garitas que no habrían accionado la alarma oportunamente. Y es que avanzada la investigación se llegó incluso a señalar que esto no habría pasado por el estado de ebriedad de algunos funcionarios, situación que finalmente pudo ratificarse en el caso de un funcionario tras el informe emitido en agosto del 2001 por Chamorro, para el que entrevistó a cerca de cien funcionarios y a más de 30 reos.

En medio de la coyuntura las acciones del Estado fueron más bien proyectivas. El día 22 de agosto del mismo año, el ministro Gómez presentó en el Congreso un proyecto para modernizar Gendarmería e incluir un mayor número de funcionarios, además del reiterado anuncio de la construcción de las nuevas cárceles, medidas que al parecer no han dado resultados.

Seis años después, el 2007, y luego de que la investigación cursada por Jaime Chamorro fuera cerrada sin determinar responsabilidades en Gendarmería, ya que, como señaló en entrevista con La Estrella “si no se pudo determinar el origen del incendio no hay delito, pues puede ser casual o intencional”, el Consejo de Defensa del Estado entregó una indemnización total de 1.150 millones para los familiares, entre padres, hermanos, parejas e hijos.

Hoy frente al edificio del Centro Penitenciario de Iquique, actual cárcel de mujeres, se encuentra un modesto memorial con los nombres de los 26 jóvenes fallecidos.



Con el personal del Cuartel General de la VI División de Ejército en el año 1969.

*En: "Mi camino recorrido. Memorias de un soldado".
Augusto Pinochet.*



Vieja cárcel de Pisagua.



Mural político, Pisagua.



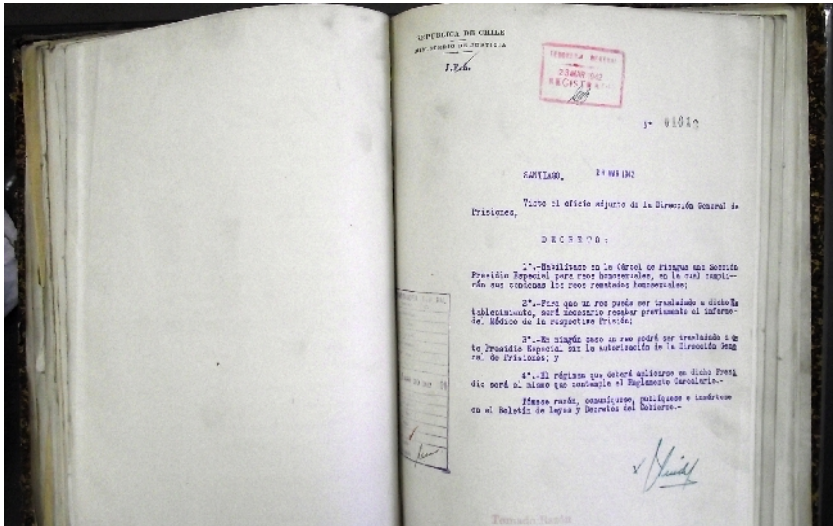
Pisagua en la actualidad.



Visita de Fidel Castro a Iquique. Arriba, a la izquierda, Freddy Taberna, abajo, Alejandro Soria Varas y a la derecha Fidel Castro. Fotografía de ampliación que se encuentra en bar El Democrático.



Mural en homenaje a Freddy Taberna Gallegos, ubicado en la Universidad Arturo Pratt, Iquique.



Fotografía al documento original del decreto N°1043 del Ministerio de Justicia, que habilita la cárcel de Pisagua para la población penal homosexual de la época.

Víctimas del incendio del 20 de mayo del 2001 en la cárcel de Iquique.

Foto: Canal 13.



Cárcel de Iquique en llamas. 2001..

Foto: Canal 13.

Iquique de Infancia

Tras las huellas de las niñas

Cualquier referencia sobre Alto Hospicio en otro lugar tiene como respuesta algún comentario o pregunta sobre la seguidilla de violaciones y asesinatos a adolescentes que ocurrieron este lugar del norte del país. A más de una década del episodio, marcado por la discriminación, la incompetencia de las autoridades y las malas prácticas de los medios de comunicación, un ejercicio de memoria.

Las primeras señales que enrarecieron la cotidianidad del lugar fueron la aparición de algunos papeles en las calles principales que solicitaban referencias sobre el paradero de jóvenes perdidas, menciones que de a poco comenzaron a proliferar en postes de luz, esquinas y negocios. Recuerdo particularmente uno que estaba en las inmediaciones del supermercado, a pocas cuadras de casa, que me llamó mucho la atención ya que los que había visto antes buscaban abuelos, nunca jóvenes. Ese correspondía a una niña morena de cabellos medios despeinados y de camisa escolar: era la foto de Macarena Sánchez.

Luego o al mismo tiempo, desde finales de 1999 , fueron los medios de comunicación local. En sus páginas comenzaron a aparecer fotografías pixeladas pero a color, de adolescentes vestidas de jumper azul y camisa blanca, las que habían salido de su casa al colegio y de las que no se sabía nada, pero sí se presumía mucho. Tesis de abandono voluntario del hogar, búsqueda de oportunidades y prostitución en los países vecinos llenaban los informes de las policías y autoridades y las notas de los medios, también los nacionales.

En ese tiempo Hospicio era un asentamiento urbano pequeño, pero en crecimiento, que poseía ya una historia que lo comprometía como base de la Fuerza Aérea y como el lugar donde la empresa de explosivos de Carlos Cardoen había estallado dejando 29 muertos y varios heridos en enero de 1986. Era territorio dependiente administrativamente de la ciudad de Iquique, a pesar de tener suficiente población y necesidades específicas como para ser una comuna. Contaba dentro de su mapa con varios colegios, algunos servicios básicos, un consultorio, un supermercado y una feria de frutas, verduras, insumos para el hogar y ropa americana. Todo lo demás estaba en la gran ciudad, ubicada a unos quince minutos de recorrido en auto y media hora en micro.

En medio de esa normalidad de pueblo chico, fueron apareciendo uno tras otra las fotos de las niñas y los carteles de “Se busca”; mensualmente, cada dos meses, incluso en vacaciones de verano, hasta que inevitablemente se comenzó a configurar un mapa socio territorial: todas coincidentemente vivían en los mismos sectores y las que estudiaban, asistían al mismo Liceo, el Eleuterio Ramírez.

Llegó el 2000 y no se acabó el mundo, aunque de seguro las familias de estas adolescentes ya se sentían terminadas, y no sólo por la pérdida, sino que por la discriminación y la poca atención de las autoridades, especialmente de Carabineros, entre ellos el suboficial Arriagada, que a mi mamá tanto le simpatizaba por la coincidencia de sus apellidos, pero que resultó ser el más mierda de todos, el que más mierda le lanzaba a las niñas y el que más teorizaba sobre la prostitución y el abandono del hogar.

De un momento a otro y no sé muy bien de qué forma, se comenzó a hablar de un auto blanco que perseguía a mujeres en el sector de La Pampa y La Negra, prefigurando la

posibilidad de lo que primero aparece al hablar de Alto Hospicio: un psicópata, asesino en serie, aficionado a las jovencitas.

A pesar de lo raro que parecía todo y de que se definieron estas desapariciones como accionar de un psicópata, nunca me sentí vulnerable a que algo nos ocurriera ni a mis amigas y compañeras, aunque cada cierto tiempo otra mujer era parte de una portada de La Estrella de Iquique y era mencionada como desaparecida en los breves de la prensa de circulación nacional. Y esto no era sólo porque no teníamos la edad de esas muchachas y nuestro escaso desarrollo físico de los once años nos hiciera lucir como zancudos de patas largas y silueta irrelevante, sino que no vivíamos en el sector donde pasaban esas cosas ni íbamos en ese colegio.

Recuerdo que en el colegio, formados una mañana de lunes luego del himno nacional nos habló a todos los estudiantes y profesores la Jefa de UTP o la directora, quien antes de dar su mensaje semanal hacía un ejercicio de “autocontrol” en el que contaba de uno a diez, para que cada uno mantuviera silencio y calma sin tener que ser reprimido. No sé dónde salió eso, pero resultaba. En una explanada silenciosa y atenta se refirió a la desaparición de las adolescentes y nos pidió tener cuidado, aunque, según ella en este sector de Hospicio no pasa nada, que nos teníamos que quedar tranquilas, aludiendo en su mensaje a una especie de protección simbólica, sectorial; no sé.

Una tarde, cuando ya la situación era evidentemente preocupante, llegaba a casa y el televisor estaba encendido sintonizando el canal local. En un pequeño set estaba una mujer portando uno de esos carteles que ya estaban hace casi un año en las calles. Ella era mayor y lucía un pelo cano con matices amarillos de una tintura pasada y su rostro expresaba una

desesperación que en ese momento no pude entender, pero que hoy, cuando vuelvo a ese recuerdo, puedo dimensionar. La entrevistadora (o entrevistador) le preguntaba datos y referencias, las que sólo fueron selladas con un llamado a la cámara por si alguien sabía algo de ella, Patricia Palma, su nieta. Meses más tarde esta mujer aparecería en casi todas las pantallas chilenas llorando frente en un vertedero clandestino al encontrar parte de las pertenencias de Patricia, a pesar de que las policías le habían dicho que su niña estaba postrituyéndose en Tacna, o en Papudo, o en Santiago...

Ya en esos meses del 2000 el caso de Alto Hospicio era conocido a nivel nacional y los medios masivos enviaban corresponsales a buscar información. De ahí que el imaginario que se tiene del lugar sea un peladero en medio del desierto interrumpido por casas vulnerables, hechas de material ligero donde eran parte del paisaje mallas plásticas de colores y cholguán, acompañadas por micro basurales que quitaban un poco la monotonía de la pampa. Efectivamente el lugar lucía así y seguramente en algunas partes aún sea de esa forma, pero era lo más llamativo: mostrar lo decadente, lo vinculable a factores de riesgo que hacían presumir que las niñas no estaban en una fosa o cadavéricamente tiradas en basureros, sino que en otras ciudades y países, dejando atrás y sin previo aviso a sus queridas familias. Por lo mismo y en la misma línea de esta teoría, fueron a buscarlas a Tacna Orlando Garay, padre de Viviana y Juan Sánchez, padre de Macarena, acompañados de los periodistas del programa “Contacto”, volviendo, evidentemente, sin resultado alguno.

Algunas de esas imágenes resultan imborrables, la recreación de una escena en la que un hombre en un auto blanco miraba desde el volante a unas adolescentes cruzando la calle, registro que aunque estaba en distorsión visual, no ocultaba que era una toma de una

avenida ubicada a unas cuadras de mi casa. Otras, los rostros de las madres y familiares de las niñas que constantemente podíamos ver en la feria o en la calle, haciendo lo suyo, mientras vivían su calvario.

A pesar de lo enrarecido que estaba todo, de lo gris que se me viene a la cabeza cuando pienso en esos años, como un invierno eterno, no entiendo ahora, desde el presente, cómo pudo estar todo funcionando normalmente, sabiendo que alguien circulaba por las mañanas buscando chicas con la excusa de acercarlas al colegio que quedaba a trasmano, atravesando la carretera A-16, en jornadas donde las micros pasaban escasamente. No entiendo tampoco cómo nadie hizo nada y como nadie puso una pequeña ficha en la posibilidad de que estas pérdidas no fueran voluntarias sino que violenta y mortalmente acontecidas; lo anterior estaba sellado sin duda con la indiferencia y las excusas que muchos pacos les dieron a esas madres, “no, tu niña debe haberse ido de la casa para estar mejor”.

La cosa siguió igual cuando ya fue ineludible y la presencia del auto blanco ya era real para todos. Recuerdo la visita de Ricardo Lagos el 2001 y las autoridades anunciando la creación de un equipo interdisciplinario de policías para la búsqueda, en un escenario en el que se desvanecían esas ideas ya dadas como verdad, en un contexto donde los familiares ya habían tocado todas las puertas, cerradas casi todas de antemano. Y el momento llegó: aparecieron unos cadáveres en un pique minero abandonado. El tema reapareció nuevamente en pantallas y páginas gracias a que una de las víctimas del psicópata sobrevivió a su ataque y fue encontrada en la carretera, llegando la policía finalmente a la casa de quien violó y asesinó a las muchachas.

Otra foto que aparece: la imagen de la madre de Macarena Sánchez al ser notificada del hallazgo del cuerpo de su hija en el Servicio Médico Legal de Iquique. Iba saliendo del lugar tras el reconocimiento del cadáver: era ella, eran sus ropas. En la toma realizada con zoom, es posible ver a la mujer de cabellos castaños y cortos, aferrarse a alguien, soltar un grito de dolor poderoso y desvanecerse entre los brazos de esa persona. Otra: una mujer, familiar de una de las niñas gritándole a los pacos que para qué se venían a preocupar ahora de las niñas, cuando ya estaban muertas, habiendo antes sólo golpeado periódicamente las puertas de sus casas para saber si habían tenido noticias de ellas y para llenar informes con palabras referidas a violencia familiar, drogadicción y problemas que las habrían ahuyentado de sus hogares.

A los pocos días se realizaron los funerales de las niñas. Esa mañana, al parecer de fin de semana, fuimos con mi familia caminando por el cerro La Tortuga hasta la carretera A- 16 donde informaron que pasaría la caravana con los ataúdes con destino al Cementerio 3 de Iquique. Recuerdo que muchas personas se congregaron en el lugar con pañuelos blancos que movieron cuando pasaron las carrozas, resguardadas ahora por la policía. Recuerdo también que antes de las caravanas o después de éstas venían unos cuantos perros molestando a los pacos en moto y recuerdo también que me afloró una pena tremenda acompañada por un par de lágrimas en medio de la conmoción general.

Las carrozas llegaron al Cementerio pero eso lo vi por televisión. Un mar humano se encontraba bajo el estrecho portal del lugar subiendo hacia una de las calles del camposanto donde habían dispuesto un pequeño mausoleo para ellas, las “Reinas de la Pampa” -como indica actualmente un cartel sobre los nichos-, lugar que luce hoy completamente adornado de flores, peluches, recuerdos y cuadernos de mensajes, aunque algunas de las tumbas sólo

tienen como referencia un papel plastificado con el nombre de cada difunta y no así una placa.

Luego, antes o al mismo tiempo, vino todo un proceso judicial. El súper equipo de policías que dio con la captura de un hombre, que según los medios, era el autor confeso de todos los crímenes. Su nombre era Julio Pérez Silva, procedente de Puchuncaví y fanático de la U, el hombre del auto blanco que vivía sumamente cerca de la mayoría de sus víctimas en el sector de La Pampa, junto a su pareja e hijos de ésta.

El caso avanzó, no recuerdo si rápido o lento, pero pasó. Se dictó la condena para Pérez Silva, que estuvo preso en la cárcel de Acha, en Arica, pero que hoy está más cerca, tras pedir ser trasladado a Colina 1 en Santiago, cambio que logró en enero del 2011. Este hombre no ha hecho más que dejar dudas sobre el caso tras una serie de cartas en las que se declara inocente y en entrevistas a programas de televisión en donde reitera que asumió responsabilidades sólo bajo presiones inhumanas en interrogatorios tras su detención en octubre del 2001. ¿Habría sido sólo él?, ¿habría sido el culpable de todos los asesinatos que se le inculpan, entre ellos, de mujeres mayores? Hoy la cosa está ahí, pendiente y presente, aunque ya nuevas generaciones sólo sepan de esto como parte de un anecdotario local, o porque aparezca en alguna conversación de quienes estuvieron en ese momento.

Luego de esto, el 2004, Alto Hospicio fue declarado comuna. Luce mejor, porta una institucionalidad, más servicios e incluso hay una comisaría más grande y remozada frente al otro costado del colegio de las niñas, hoy llamado “Juan Pablo II”, como queriendo borrar que se llamó Eleuterio Ramírez alguna vez.

Las niñas de Hospicio se van y vuelven en pequeñas cosas como encontrar al azar por las calles de Iquique a la mujer del psicópata tratando de hacer una vida normal, en un poemario dedicado a ellas vendido en las calles, en el visionado del documental “Santas Putas” de Verónica Quense, o en la celebración del Carnaval de Hospicio, cita en la que cada año es elegida una joven como la reina de la comuna, situación que este año no pudo más que recordarme que las que pasaban en traje de baño por el escenario, pudieron haber sido una de ellas, más aún cuando Orlando Garay, padre de una de las niñas y concejal de Hospicio, las felicitaba por su participación y estaba presente en la ceremonia de coronación de la reina, de la nueva reina de la pampa.

Una mujer, un barrio y un país loco

Primera mitad de los noventa. Iquique comienza a crecer aún más por la consolidación de la industria minera y el país va caminando directamente a la privatización de bienes vitales como los recursos naturales, todo esto, mientras en las calles de Iquique circula la Loca Charo, mujer en la edad y niña en su mente, la que de distintos modos simplemente se acerca a las personas para conversar.

La ubicación de la esquina de Arturo Pérez Canto con Tomás Bonilla permitía que caminando en veinte minutos se estuviera en Cavancha y en diez en el Terminal Agropecuario, brevedad que daba lugar de pasar a saludar a la Kenita, animita gigante y punto de procesión de quienes han pedido algún favor a Jaqueline Zurita, joven iquiqueña quien en noviembre de 1987 fue atropellada provocando su fatal deceso.

El barrio contaba con varios negocios, entre ellos una carnicería con pórtico de tiras plásticas multicolores para impedir el acceso de las moscas; el almacén de Rogelio, el más grande del lugar y uno de los pocos que vendía helados en verano; el bazar de Alejandra, donde íbamos a comprar las “monitas” de los álbumes de moda; y la botillería del Yuri, ubicada en Pasaje España, uno de los polos más pastabaceros del sector.

El ambiente no era muy amable visualmente: en cualquier lugar era posible detectar basuritas, envases de productos y colillas en las veredas, y en los casos más prudentes,

apegadas a las cunetas de las calles donde por ese entonces circulaban Ladas y otros modelos de autos que muchos iquiqueños estaban adquiriendo: la cosa andaba mejor porque las mineras estaban dando y creciendo.

El barrio, a pesar de muchas desconfianzas y malas prácticas conocidas por todos (y calladas también), era de puertas abiertas. Muchas casas no juntaban sus cerrojos hasta que sus habitantes iban a dormir. Una de ellas era la de los Ponce, familia de pescadores de calle Lincoyán, quienes se caracterizaban por ser alegres y acogedores con cualquier persona, entre ellos, mi padre, a quién le costó mucho hacer amistades en la ciudad, más allá de los “camaradas” de su trabajo.

En medio de este entorno vivía, o más bien, transitaba ella, la Loca Charo, personaje de la ciudad, que, a pesar de su corta edad en esos años de los noventa, terminó de manera abrupta y trágica.

La Loca Charo era uno de los personajes patibularios de la ciudad, junto a otros como “el Pluto”, la materialización del mito del viejo del saco que pasaba unas cuantas veces al día a comprarse cañonazos de vino en la botillería del Yuri, alcoholismo por el que Tercilio, su verdadero nombre, dejó su casa y su antigua vida de marino mercante. Estos personajes de los noventa sucedieron a los viejos paseantes, como el “Parchi parchi”, la loca de los gatos, entre otros.

La Charo, recuerdo, era gorda, baja, morena y de pelo corto y por su comportamiento se subentendía que tenía problemas mentales. Para mí, que tan sólo tenía cuatro o cinco años, era una señora más del lugar, a la que a veces veía, generalmente acompañada de una bolsa de rafia bajando por las calles desde el Agro.

Tengo en mente una conversación con ella alguna vez a la salida del negocio de don Rogelio, veterano ya en esos años, y luego, la imagen de mi mamá agarrándome del brazo para acercarme a su cara a decirme algo, una represalia y advertencia respecto a la Charo, la Loca Charo.

Se grabó en ese entonces en Iquique la teleserie “Playa Salvaje”; fue reelecto el Choro Soria como alcalde de la ciudad; se cayó en el océano Pacífico el vuelo 603 de Aeroperú en el que murieron 70 personas; cuatro integrantes del FPMR fueron rescatados de la cárcel en helicóptero y en el sur hizo el peor frío de cuatro décadas, todo esto mientras que la Charo recorría sin parar la ciudad con sus hawaianas, amaneciendo en distintos puntos de ésta.

Otra foto del pasado: su sonrisa vehemente y su mirada infantil, incoherente con su edad que de seguro bordeaba los cuarenta años, incongruencia que nunca me provocó desconfianza, sino que por el contrario, parecía llamarme la atención.

La Charo iba y venía, se la veía varios días en esa esquina y en las de más arriba y abajo, pero a veces se perdía por semanas, hasta que no volvió más. Recuerdo haber estado presente en una conversación justo a las afueras del negocio de Rogelio con mi mamá y alguien a la que ella le hablaba. Comentaban la portada de La Estrella de Iquique, donde yacía la foto de una mujer y la continuación de la crónica policial en la contratapa.

Pregunté quién era y no me quisieron responder. Luego escuché algo de “quemar”. –“¿Qué es a lo bonzo?”-, pregunté sin contestación sobre este concepto que vine a conocer después de muchos años por otros motivos. La loca Charo desapareció, se ocultó para siempre y también desapareció de mi memoria y mi presente, hasta ahora.

Hace poco me reencontré con ella, pero en internet, en un grupo de *facebook* que se llamaba “Yo le tenía miedo a la " LOCA CHARO " Q.E.P.D”, nombre que me produjo contradicciones ya que esa descripción se aleja de mi imaginario de la Charo, para mí, una mujer alegre y buena para conversar.

Hoy, cuando escribo sobre ella, en mi mente las imágenes de la loca Charo son escenas espaciadas, algunas nítidas y otras borrosas, casi indescifrables que quizás pertenecen a otros recuerdos, o a conciencias que se van creando a la medida que escucho hablar de ella, cuando otros recuerdan, por ejemplo, que “no era atrevida y le gustaba hacerle cariño a la gente”, ratificando el concepto que tengo de ella, acompañado de la figura de un día cualquiera en este entorno, cuando atrevidamente me regaló una naranja.

¿Por qué se habrá matado la Loca Charo?, ¿por amor, por locura, por no tener un destino como los demás? No sé si alguien sepa algo más de ella pero me gustaría conocer qué pasó ese día en la Plaza Brasil, cuando la Charo ardió en sus últimos momentos.

Familia de puertas abiertas

Pescadores aficionados al fútbol, a la buena mesa y a los gratos momentos. Esta familia iquiqueña abre los brazos para recibir a los visitantes, amigos de toda la vida, compañeros del barrio y recién conocidos, en su casa, la de las puertas abiertas.

Desde las ventanas de la casa sale una inconfundible melodía que es posible escuchar desde la esquina de Lincoyán con Tomás Bonilla. “*No crees que es un falta, no crees que es un descaro, picara, picarona, ya me olvidé de ti*”. Es la Malecón con una de las canciones de la banda sonora de esta casa y de esta familia: los Ponce, grupo numeroso integrado por hermanos y hermanas de mar, pescadores artesanales y comerciantes de los salados frutos de la rada de Iquique.

Hoy hay fiesta: uno de los del clan está de cumpleaños. Sin saber muy bien cuál de ellos es el festejado, somos invitados. Nos aproximamos a eso de las dos de la tarde, hora prudente para llegar a compartir con ellos -ahora grandes amigos de la familia- localizados a pocos pasos del segundo piso que arrendamos mientras nos mudamos a la añorada casa propia.

Saliendo de casa ya se siente el ambiente de fiestoca. La Malecón suena mínima, pero suena, incluso en nuestra casa y ha venido sonando así desde el mediodía, momento en el que se picaban las cebollas, se echaban a cocer las cabezas de pescado y se marinaban los filetes de corvina con sal y orégano.

Llegamos. Como siempre, la bienvenida es cordial. –“Hola, hola, ¿cómo está la Reinaldita?”-me dice uno de los amigos del barrio, invitado también a esta importante cita, sonriendo y dejando al descubierto unos remaches de oro de su dentadura. Me sonrojo y no sé qué decir, sólo camino al interior de la casa tras el resto de mi familia, que llega con una fuente con ensalada para la mesa, la que ya tiene de todo lo necesario para la comilona: los vasos alzados y los platos puestos.

Preguntamos por el Pelao, hermano menor con síndrome de Down de los Ponce. Alguien le grita al segundo piso. Este baja corriendo y se lanza a los brazos de mi papá. “*Milico, milico*”, le dice, dándole besos en la cara, quedándose con él y caminando abrazados hacia el living, donde están casi todos los hombres hablando a todo tarro por el fuerte volumen de la música.

Nosotros, mi mamá, mi hermano y yo, nos quedamos en la cocina. Esta parte de la casa es algo oscura, como verdosa, pero nadie prende la luz y a nadie parece joderle eso. Lo que sí parece relevante es el olor a caldillo de pescado en el que flotan las cebollas en pluma que ya están bullendo para ser servidas. Para esto no hay protocolo, quien quiere comer agarra un plato y se sirve de la olla, se sienta o come parado. Mi hermano y mi mamá parten por esta sopa, sentados en la mesa con algunas de las mujeres de la casa, mientras que como pescado escabechado con arroz.

Todos conversan, tiran la talla y hablan de los partidos de fútbol del día siguiente en la liga de *viejos cracks* en la que los Ponce y los Azargado, la otra familia con la que se han emparentado, juegan cada domingo, encuentros que sagradamente vamos a ver a la cancha

“El hoyo”. Mi mamá se suelta cada vez más entre las mujeres, hablan de los niños, de la comida y del futuro, pero no deja de decirles “señora Dora, esto, señora Tila, esto otro”. - “No me diga señora, cuando me dicen así pareciera que me dijeran vieja *culiá*”, le responde juguetonamente Dora Ponce, causando la risa de todos los presentes, incluidos los cabros chicos. Mientras eso pasa, llega otra invitada con una fuente con pollo a la naranja, rompiendo así la hegemonía de los productos del mar. Nos entusiasamos, pedimos un poco y seguimos hincando diente.

Ya ha pasado un buen rato y en el living sigue sonando el cassette de la Malecón, que por supuesto, ha sido dado vuelta por enésima vez. Este es el sector de los hombres, que por gotera han ido llegando a la cocina por su ración, pero que al verse satisfechos han retornado al lugar. Están sentados en grupos o parados en los rincones de la casa, acompañados de jabs de cerveza, cajones plásticos amarillos con botellas llenas –o ya vacías a esta hora de la tarde-.

Alguien saca una cámara de fotos con rollo y los más pelusones se agrupan para el registro, haciéndose cachos y bromas hasta la salida del flash. De izquierda a derecha aparecen el finado Tito, esposo de Dora; “Chapulín”, Freddy Ponce, el que fuera más amigo de mi papá, fallecido a fines de los noventa a causa de un cáncer; unos jóvenes, hijos de Chamaco y Mary, otra de los hermanos Ponce; y Mariote, el de los dientes de oro, con toda la ponchera al aire y la guayabera abierta.

Mariote está por suerte en esta fiesta. Él, otro personaje del barrio también vinculado al mar, falleció hace unos cuantos años, cuando ya estábamos en Alto Hospicio. Tripulante

pesquero retirado y oficial de reserva de la Armada, era difícil pillarlo seguido en su casa. Periódicamente se iba “y andaba en las tomateras” por semanas enteras antes de chantarse y regresar al pasaje Lincoyán, sin ni uno y sin zapatos, para volver a salir después de unos días y cruzar la calle a la casa de los Ponce en busca de una buena conversación acompañada de una que otra cerveza, o para asistir con su mejor camisa, su pelo crespo mojadito y los zapatos de charol lustrados a algún evento fiestero.

Entre borracheras y tallas la tarde se va cerrando, pero la fiesta continúa. El pelao no se despegaba de mi papá, que al fin vino a comer algo, felicitando luego de dejar el tenedor y cuchillo a la señora del pollo a la naranja. Nosotros nos vamos, pero él se queda y la fiesta continúa en el living, en el que se ubican sillas dispersas sin estructura alguna, junto a unos sillones bajos de madera con cojines de cuadros rojos y negros, y las jabas de cerveza, para ese entonces dadas vuelta como asientos.

Al día siguiente nos enteramos en el desayuno que ya en la noche llegó a la fiesta Félix Muñoz, cantante de *sound* y amigo de la familia. Uno de los Ponce tocaba el huero en su banda cuando éste era una especie de Américo, un artista local que tenía mucho potencial en la movida tropical, pero que nunca llegó a la popularidad nacional por diversos motivos, entre ellos, la “estrellita del norte”, una de las mujeres de Muñoz y la pasta base del barrio. Hoy es cantante cristiano y tiene uno que otro video en *youtube* interpretando alabanzas.

Pero no sólo veíamos a Los Ponce cuando nos invitaban a sus festejos. Siempre estábamos cerca, cuando los veíamos camino al Terminal Agropecuario, cuando escuchábamos la música que salía de su casa o cuando nos encontrábamos en el Mercado Centenario en sus

puestos de pescados y mariscos. También nos encontrábamos con ellos cada fin de semana en la cancha “El hoyo”, cuando íbamos a ver a “Sport Cóndor”, equipo de la liga de los viejos *cracks*, de personas sobre treinta y cinco años, en la que los Ponce, los Azargado y otras familias de mar se ponían las camisetas verde amarillo del equipo, como las de la selección brasileña de fútbol para jugar entre risas y chuchadas de las graderías, especialmente las de la Dora en contra de los árbitros.

Veíamos también a los Ponce cuando el Pelao llegaba a visitar a mi papá vez que lo avistaba llegar de uniforme a eso de las siete de la tarde. Se le acercaba efusivamente con entrañable cariño. A veces subía a la casa a tomar once, eso sí, siempre alejado de los gatos, a los que les temía.

Hoy el Pelao está igual. Lo vi al volver luego de más de diez años al barrio, más de diez años de esa inolvidable fiesta, en busca de los Ponce. Al llegar al lugar no estoy segura de cuál de todas es la casa, pero al consultarle a alguien en la botillería de la esquina, que antes era el negocio de Don Rogelio, aparece una cara conocida. Es el Milo, pescador del sector que sale amablemente a responder mi requerimiento. Le cuento que soy la hija de Reinaldo, que vivíamos en la esquina. Él se acuerda perfectamente de todo, me comenta lo grande que estoy y me dice que vaya a tal puerta, pero que es posible que no haya nadie; que mejor vuelva a la segura el domingo a la cuadra de arriba, a la casa del Roly Ponce, donde junto a su señora venden empanadas de mariscos.

Y así lo hago. Bajo desde el Terminal Agropecuario hasta el viejo barrio. En ese trayecto veo en la vereda del frente al Pelao. Lo único distinto que tiene son algunas arrugas en la

cara, mal que mal es un hombre de unos cincuenta años. Él no me ve, así que sigo más abajo en busca de la botillería, de la que nuevamente sale el Milo, disculpándose eso sí por la borrachera que le viene durando de anoche. Con unos ojos rojos y un caminar tambaleante me lleva hasta la calle de arriba, a la casa a la que se le asoma el cartel de las empanadas y se va.

Parada allí no sé muy bien qué decirle a don Rolando ni a su señora, pero me animo a gritar, ya que como era de esperarse, la puerta estaba abierta y ellos se veían al final del pasillo. Se asoma Roly y le pregunto qué empanadas tiene. Me cuenta que jaiba queso, que cuántas quiero. Para no perder el chance de seguir conversando, me presento. Por supuesto se acuerda de mi familia y de inmediato me hace pasar a la cocina, donde está su señora preparando los productos en la sartén fritanguera. “Es la hija de Reinaldo”, le dice a los presentes. Todos se sonríen y se paran a saludarme, todos se acuerdan, entre ellos el Pelao que está instalado comiéndose una de jaiba queso. Me dan una empanada y nos ponemos a conversar de esos años noventa, de las fiestas, de los personajes, de los que se murieron, de los que viven y de los que han nacido. Vivimos una cápsula de nostalgia por los que ya no están, especialmente por mi mamá, de la que me hablan con cariño. A pesar de esto la mayoría de los recuerdos son alegrías compartidas.

Me preguntan a quién más he visto. Les cuento que no he tenido mucha suerte con encontrarlos, así que el Roly me dice que me lleva a la casa antigua, que justo tiene que ir a dejar unas empanadas a donde Doña Tila, en la casa de al lado de la de los Ponce. Mientras caminamos me cuenta que el barrio sigue igual y así se ve. Llegamos. Como era de esperar, la puerta está abierta, a pesar de que la familia de Tila está en plena previa del almuerzo,

friendo pescado. Me saludan y continuamos con los recuerdos, entre ellos, con el Lalo Azargado, entrenador de Johnny Herrera de la Universidad de Chile, equipo que acababa de jugar con Iquique el día anterior, por lo que estaba de visita en la ciudad.

Las personas de esa casa están igual, como si se hubiesen pasado de la fiesta de la casa de los Ponce de ese día de 1994 a aquel almuerzo dominical. Pero no ha sido así. Las emociones afloran y la cordialidad de siempre se siente, dejando promesas de nuevas visitas, ya que como ellos mismos me dicen, “las puertas siempre están abiertas”.



Parte del memorial a las llamadas "Niñas de Hospicio", ubicado en el Cementerio 3 de Iquique.



Interior del memorial.

Bibliografía consultada

Libros

- Azócar, P. (2009). “Pinochet: epitafio para un tirano”. Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile.
- Castillo, S. (1998). “Muriendo por la dulce patria”. Editorial Planeta, Santiago de Chile.
- Contardo, O. (2011). “Raro. Una historia gay de Chile”. Editorial Planeta. Santiago de Chile.
- Dorfmann, A. (2005). “Memorias del Desierto”. Editorial de Nuevo Extremo. Buenos Aires, Argentina.
- Galeano, E. (2006). “Memorias del fuego (II). Las caras y las máscaras”. Ediciones del Chanchito. Montevideo, Uruguay.
- Guerrero, B. (1992). “El libro de los campeones”. Ediciones el Jote Errante. Iquique, Chile.
- Guerrero, B. (1996), editor. “Homenaje a Freddy Taberna G. Escritos sobre la sociedad aymara del norte grande de Chile”. Ediciones el Jote Errante y Centro de Investigación de la realidad del norte (CREAR). Iquique, Chile.
- Guerrero, B. (1999). “Del chumbeque a la Zofri; los aromas de nuestra identidad cultural”. Ediciones el Jote Errante. Iquique, Chile.
- Guerrero, B. (2002). “Están reventando las rosas: sociedad y literatura en el norte grande de Chile”. Ediciones Universidad Arturo Prat. Iquique, Chile.
- Guerrero, B. (2004). “Las venas de mi ira. Jorge Soria Quiroga: religiosidad popular, identidad cultural y mesianismo político en el norte grande de Chile”. Ediciones Campvs. Iquique, Chile.
- González, S. (2004). “El dios cautivo. Las ligas patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá. 1910- 1922”. Lom Ediciones. Santiago, Chile.

- Núñez, L. (1996). “Avísale Freddy. Freddy Taberna Gallegos: Desde El Morro a la leyenda iquiqueña”. Ediciones Iquiqueñas. Iquique, Chile.
- Pinochet, A. (1990). “Camino recorrido. Memorias de un soldado. Tomo I”. Autoedición. Santiago, Chile.
- Torres, F. (2009). “La presencia China en Tarapacá 1850 - 2000”. F&M Producciones, Iquique, Chile.
- Van Kessel. (1988). “Los aymaras contemporáneos de Chile (1879 – 1985)”. Cuaderno de investigación social N°16, CREAR. Iquique, Chile.
- Vial, G. (2002). “Pinochet. La biografía. Tomo I”. Aguilar ediciones. Santiago, Chile.

Revistas

- Graña, C. (2007). “Escuela Santa María de Iquique”. Dirección de Relaciones Públicas de la Ilustre Municipalidad de Iquique.
- Ortiz, E. (1990). “La experiencia de Pisagua”. Documento de trabajo. Ediciones FASIC.
- Sin autor. (1983). “Pisagua. Antecedentes y testimonios de los campos de concentración. Documento de trabajo. Ediciones FASIC.

Audiovisual

- Sanhueza, C. (2006). “Navidad a la Iquiqueña”. Trailer documental. Productora Siete Magias. Disponible en <http://www.youtube.com/watch?v=HHsmh-jWRwo>

Artículos

- Barros, A. (2010). “Tsunami en Bolivia y Perú: el terremoto y salida de mar del 9 de mayo de 1877 (Norte grande, Chile). Revista de Ciencias Sociales, N°24. Universidad Arturo Prat. Disponible en <http://www.revistacienciasociales.cl/archivos/revista24/pdf/revista24-art4.pdf>
- Díaz, A., Mondaca, C., Aguirre, C., Said, J. Nación y ritualidad en el desierto chileno. Representaciones y discursos nacionales en Iquique (1900 – 1930).

- Donoso, C. (2008). “1868: Un annus horribilis en la historia de Iquique”. Revista de Ciencias Sociales, N°20. Universidad Arturo Prat. Disponible en http://www.revistacienciasociales.cl/archivos/revista20/pdf/rcs_20_2.pdf
- Calle, R. (2004) “Inmigrantes italianos en Tarapacá 1880-1910. Una aproximación histórico –demográfica”. Revista tiempo y espacio N° 14, Universidad del Bío Bío. Disponible en <http://www.ubiobio.cl/miweb/webfile/media/222/Tiempo/2004/Art%2011.pdf>
- Calle, R. (2008). “Peruanos, bolivianos y argentinos en Tarapacá según sus pautas matrimoniales: ¿pluralismo cultural o crisol de razas? 1885 – 1910”. Revista de Ciencias Sociales, N°21. Universidad Arturo Prat. Disponible en http://www.revistacienciasociales.cl/archivos/revista21/pdf/rcs_21_2.pdf
- Castro, L. (2008). “El Estado chileno, los agentes fiscales y el temprano ordenamiento administrativo del espacio andino de la Provincia de Tarapacá (1880 – 1930)”. Revista antropológica “Chungará”. Volumen 40, N°2. Disponible en <http://www.scielo.cl/pdf/chungara/v40n2/art09.pdf>
- González, S. (1997). “Tarapacá: región en conflicto (1911- 1929). Revista de Ciencias Sociales, N°7. Universidad Arturo Prat. Disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/708/70800704.pdf>
- González, S. (1995). “El poder del Símbolo en la Chilenización de Tarapacá. Violencia y nacionalismo entre 1907 y 1950”. Revista de Ciencias Sociales, N°5. Universidad Arturo Prat.
- Guerrero, B. (2009). “Acerca de llamos y maricones. Identidades y conflictos entre Arica e Iquique”. Revista UNIVERSITUM N°24. Universidad de Talca.
- La Torre, R. (1992). “La inmigración China en el Perú 1850- 1890”. En Boletín de la Sociedad Peruana de Medicina Interna, Volumen 5. Disponible en <http://sisbib.unmsm.edu.pe/bvrevistas/spmi/v05n3/inmigraci%C3%B3n.htm>
- Podestá, J. (1998). “Ocho hipótesis sobre el desarrollo de Iquique”. Revista Ciencias Sociales, N° 8. Universidad Arturo Pratt. Disponible en http://www.revistacienciasociales.cl/archivos/revista8/pdf/rcs8_1.pdf
- (Sin autor) “La historia del box iquiqueño: 1880 – 1926”. En Memorianortina.cl. Disponible en http://memorianortina.cl/?page_id=122

Entrevistas

- Esteban Torres y Rolando Rivera, pescadores del Caleta Riquelme. 20 de febrero del 2012. En: Muelle de Pasajeros, Iquique.
- Víctor Hugo Robles, el Che de los Gays, editorial ARCIS. 27 de abril del 2012. En: Universidad ARCIS, Santiago.
- María Eugenia Horvitz, Vicedecana Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. 16 de junio del 2012. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.
- Adil Brkovic, abogado de casos de violaciones a los DD HH en Pisagua. 19 de junio del 2012. Despacho de abogados, Santiago.
- Héctor Caviedes, académico Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. 26 de junio del 2012. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.
- Haroldo Quinteros, profesor jubilado Universidad Arturo Prat y amigo de Freddy Taberna. 3 de julio del 2012. UMCE, Santiago.
- Sergio González, investigador y académico. 9 de julio de 2012. Santiago.
- Bernardo Guerrero, investigador, académico Universidad Arturo Prat y director de la Fundación Centro de Investigación de la Realidad del Norte. 17 de julio del 2012. CREAR, Iquique.
- Guillermo Ross- Murray, investigador, poeta y encargado del archivo periodístico regional. 19 y 21 de julio del 2012. Museo Regional de Tarapacá, Iquique.
- Jinny Arancibia, esposa de Freddy Taberna Gallegos. 11 de enero del 2012. Residencia, Santiago.